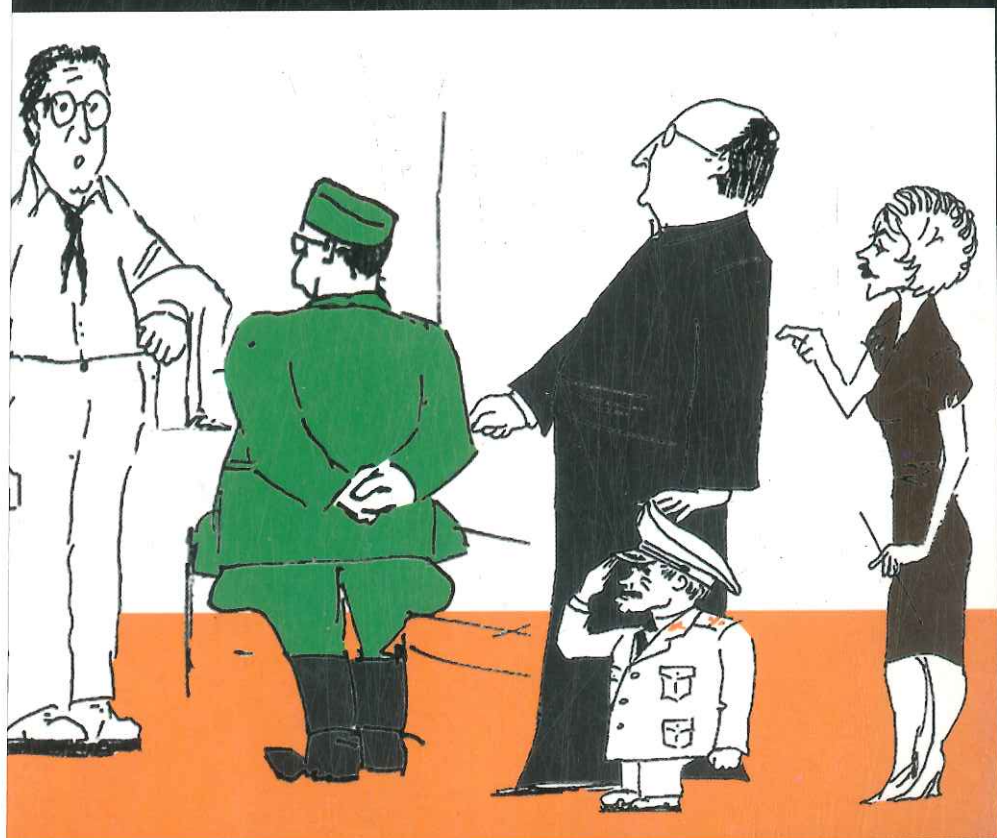


ANECDOTAS ARTILLERAS

Recopilador

General (r) Luis Eduardo Roca Maichel



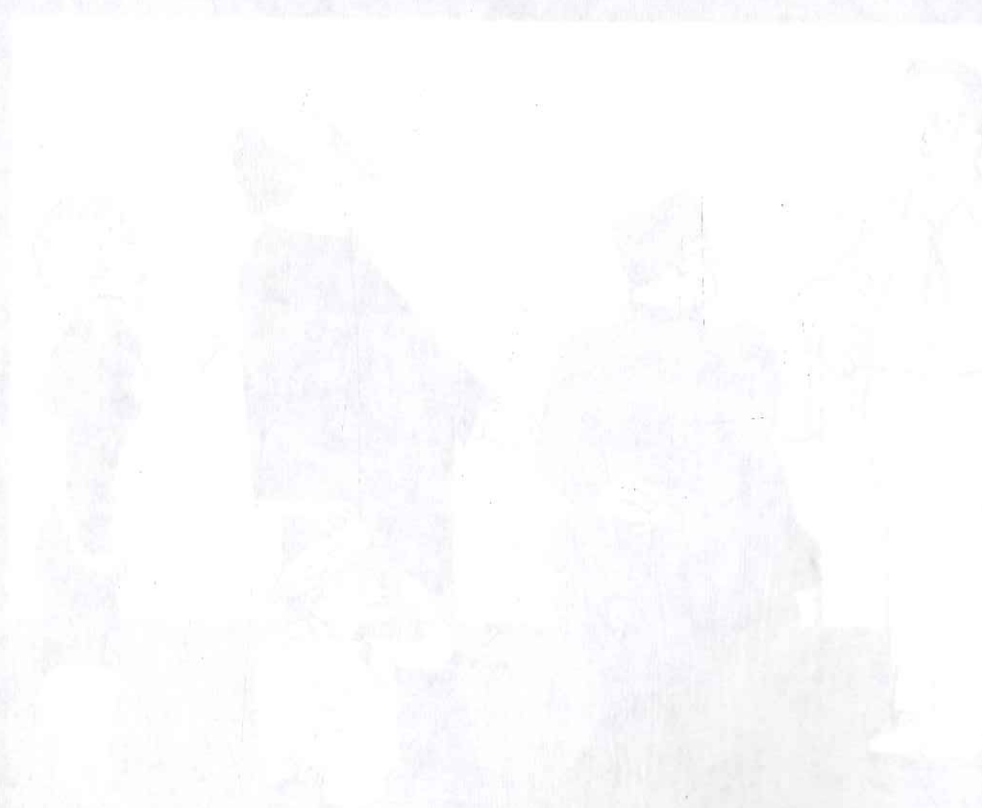
GRUPO DE ARTILLERIA
"SANTA BARBARA"
1999

ANECDOTAS ARTILLERAS

Recopilador
General (r) Luis Eduardo Roca Maichel



GRUPO DE ARTILLERIA
"SANTA BARBARA"
1999

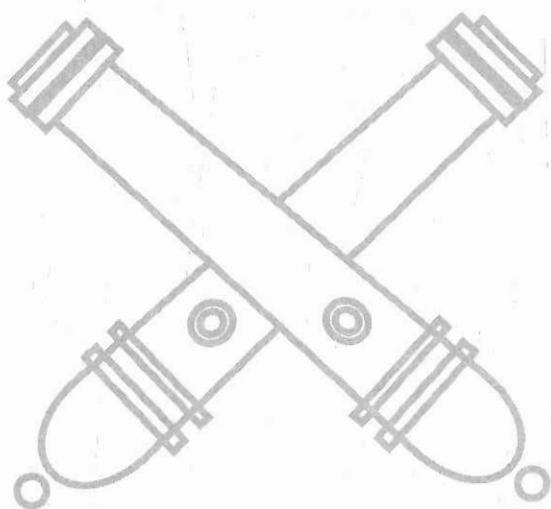


Grupo de Artillería "Santa Bárbara"
Anécdotas Artilleras

Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares
Santafé de Bogotá, D.C., octubre de 1999 — Colombia

ANECDOTAS ARTILLERAS

Grupo de Artillería "Santa Bárbara"



A manera de prólogo

Nace la idea de este libro, que es la recopilación de anécdotas escritas por varios colaboradores y distinguidos oficiales de artillería de una iniciativa que nos dio un gran jefe y amigo, el señor Mayor General (r) José María Rivas Forero a quien los subalternos en nuestra época llamábamos afectuosamente "Pepe Rabias", por su temperamento, pero quien sin embargo, dadas sus características personales y profesionales influyó positivamente en muchos de nosotros con sus conocimientos artilleros y especialmente en los de orden público, del cual era un excelente maestro para los que estábamos en esa época en los departamentos del Tolima y del Huila en donde transcurrió buena parte de su actividad militar.

Esta idea la acogí con gratitud y aprecio por varias razones, primero por venir de un artillero, segundo porque de inmediato se me vino a la mente el recuerdo de ese insigne militar y hombre de letras que fue el señor General Ricardo Bayona Posada y que hace algunos años escribiera un libro que aún recordamos con cariño y que se titula "Recuerdos de un viejo ochentón", donde relata con su pluma estilizada, épocas y reminiscencias de la artillería, algunas incluidas en este libro. Lo único que le pedí al señor General Rivas, fue incluir, como en efecto se hace, la anécdota cuyo tema es el "Embajador de la India", pasaje histórico del cual fuéramos testigos.

Todo lo anterior, me indujo, como se dice en el Arma de Artillería a ordenar "misión de fuego", para realizar esta nueva tarea que de inmediato fue respaldada por el señor Brigadier General (r) Armando Vanegas Maldonado, segundo comandante del grupo, quien en forma entusiasta y con espíritu altruista contribuyó a fortalecer esta tarea. Igualmente, el señor Mayor General (r) Juan Salcedo Lora, distinguido artillero, caricaturista y amigo de toda una vida, a quien conozco por su espíritu, su don de gentes y por su deseo permanente de colaboración y asesoría, en igual forma, el señor Coronel (r) Orlando Zafra Galvis, quien por sus múltiples quehaceres no pudo participar en forma permanente y, finalmente, otro sobresaliente artillero y caricaturista el señor Coronel Guillermo García Valdebenítez.

Espero que esta nueva obra que edita el Grupo de Artillería "Santa Bárbara", sirva en el presente y en el futuro para mantener nuestras tradiciones, nuestro espíritu de arma y especialmente nuestros nexos de amistad y compañerismo, para que nuestra arma siga siendo adalid de la hermandad, de unión, de confraternidad, de armonía y de compañerismo cobijadas siempre por nuestro lema "Deber antes que vida" y protegidos por nuestra patrona Santa Bárbara y con la inteligente frase pronunciada por un distinguido jefe el señor Mayor General (r) Jaime Durán Pombo: "La artillería es la forma elegante de servirle a la Patria".

General (r) Luis Eduardo Roca Maichel



Reconocimiento

El Comandante del Grupo de Artillería "Santa Bárbara", desea hacer merecido reconocimiento a los Artilleros de la Cuarta Batería y de Primera Línea, que aceptaron la invitación y escribieron anécdotas que hicieron posible la publicación de esta edición, que se constituye en la primera obra de su género a nivel latinoamericano que recopila vivencias reales en diferentes épocas, que sin lugar a duda les servirá a los oficiales para recrearse e informarse sobre hechos curiosos que contienen enseñanzas de sus comandantes, compañeros y/o subalternos.

Invito a todos los artilleros para que empiecen sin temor a escribir para motivar y crear la necesidad de hacer la segunda edición. Recordemos que al igual que los Profetas de la Biblia es un compromiso y deber ineludible de los artilleros, dejarle a las nuevas generaciones, nuestras vivencias y experiencias que les deberán servir para hacer que cada día seamos más dignos de llamarnos "Artilleros de Colombia".



Socorro

Más pegado que chingue de lavandera
¡Pingo! lo sacaron a tisión ventiao

Buga

¡Mirame ve!
¡Y me mataron la gallina!

Neiva

Campoalegre es un pueblo triste
los taxis verdes no son verdes
El gas del norte queda en el sur
Gigante es un pueblo pequeño
La plata no tiene plata
El río Neiva
Chai...
El acueducto de agua
El Batallón Levante se convirtió en Bloque de Búsqueda

Sogamoso

¡Uste sumerce!
Las boyacenses como las gallinas las crían en el campo
y se las comen en la ciudad.

1920

PRIMER CONSEJO DE GUERRA

Era el primer semestre de 1920, los Cadetes: Virgilio Barco Céspedes, José María Chiari y yo, éramos de la misma reclutada del año anterior y estábamos entonces en segundo año de escuela. Barco, desde su ingreso a la militar, se había caracterizado por su espíritu jocosos Y Chiari, o mejor "Pepe" como le decíamos todos, tenía y a fe de con justicia, una fama de muy macho. Su contextura física y su gran fuerza muscular le servían de escudo para imponerse; vivía en Chapinero, cuyo único medio de transporte era el tranvía y por haber puesto nokauts a varios conductores o cobradores de tal empresa, gozaba entre dicho gremio de una gran fama, tanto que cuando lo veían paraban el tranvía en cualquier sitio para que montara; lo saludaban respetuosamente con un don Pepe y no le cobraban los cinco centavos del pasaje.

Una tarde del mes de mayo de ese año, en la clase de química, el profesor doctor Manuel Piquero, ordenó a sus alumnos que se acercaran a una mesa en donde se estaba practicando un experimento. En el momento de acercarnos al lugar indicado, Barco pisó inconscientemente a Chiari, quien por estar ese día de cadete de dormitorios, usaba yatagán. Chiari reaccionó fuertemente. Barco le dijo que lo había pisado sin intención, pero que dejara de

ser matón, pues a él no lo matoneaba. Chiari lo amenazó y finalmente convinieron que a la terminación de la clase, se encontraban en el picadero.

En ese entonces, y por mucho tiempo después, cuando dos cadetes tenían un disgusto, de común acuerdo le pedían permiso al oficial de servicio para ir al picadero; el permiso, por lo general era concedido y el mismo oficial de servicio los conducía a tal lugar y les servía de réferee para la pelea, la cual terminaba cuando uno de los dos contendores, quedaba o se daba por vencido y generalmente, después de las trompadas, los protagonistas hacían las paces.

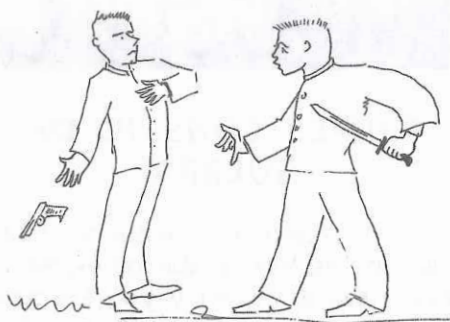
Antes de terminar la clase de química, el cadete santandereano, Ciro Conde pidió permiso al profesor para salir por un momento del salón so pretexto de estar enfermo y a su regreso le entregó algo muy disimuladamente al Cadete Barco. Terminada la clase, Chiari y Barco se dirigieron rápidamente al picadero que quedaba no muy lejos del gabinete de química.

Los alumnos del segundo año y otros de distintos cursos que se dieron cuenta de lo que ocurría, se fueron acercando al lugar de la pelea, con el ánimo de presenciarla.

Chiari le tiró el primer golpe a Barco; este lo escapó y sacando del bolsillo una pistola le hizo el primer disparo. El tiro no hizo blanco. Barco volvió a disparar sin herir a su contendor y entonces

Chiari, ante los dos disparos, sacó el yatagán que tenía al cinto y se vino contra Barco como una fiera; este martilló fuertemente la pistola, pero tal arma se había trabado, entonces esquivó, a Chiari, votó la pistola y dijo: "máteme". Chiari entonces, con mucha tranquilidad, guardó el yatagán entre su vaina. Ese momento fue aprovechado por algunos de los espectadores, especialmente por parte del corpulento y ágil Cadete Alberto Duque para sujetar a los contendores. Juan Lozano y Lozano, quien por esa época era cadete recluta, ya que ni siquiera había jurado bandera, ni había presentado revista individual, se emocionó tanto viendo el valor de Alberto Duque, que levantando los brazos, como cuando se dice un discurso, gritó: "Duque no debe seguir de cadete, pues por su distinguida acción de valor, hoy mismo debe ser ascendido a subteniente".

Agarrados por varios compañeros, Chiari y Barco fueron sacados del picadero. Cuando en un minuto de descuido Barco se soltó, se le acercó a Chiari que estaba sujetado, le sacó el yatagán y lo atacó. La intervención oportuna de los compañeros hizo que Chiari tan solo recibiera una pequeña herida en el abdomen. El herido fue conducido a la enfermería, el heridor, al calabozo. Desde ese mismo día se dio principio al levantamiento del sumario y una vez perfeccionado este, se convocó para un consejo de guerra en los primeros días del mes de julio de 1920.



Los pocos consejos de guerra que se llevaban a cabo en ese entonces, tenían gran solemnidad. No sólo el fiscal, el secretario y el defensor sino los jurados, tenían que ejercer sus funciones vestidos con el traje número uno. Además, los que iban a juzgar al cadete, o al sindicado, como también los asistentes, debían llevar el mencionado uniforme, de tal suerte, que era espectacular ver a los generales portando el casco con penacho de plumas blancas, que era parte del uniforme de los generales en esa época.

En todos los círculos militares, el tema principal de los comentarios, era el consejo de guerra del cadete. Al fin se llegó el día fijado para llevarlo a cabo. El casino de la escuela, el comedor de la misma, unidos entre sí, fueron insuficientes para dar cabida al gran número de asistentes. El General Ernesto Borrero, director de la Escuela Militar y presidente del consejo, lo instaló y el entonces Teniente Luis A. Flórez, secretario del mismo, leyó el acta de convocatoria e instalación.

Una vez cumplidas las anteriores diligencias, el doctor Constantino Barco, tío del cadete y abogado

de gran prestigio, como vocero del sindicato, pidió que antes de comenzar la lectura del expediente, se leyera la pena que el código señalaba para el caso en que su defendido fuera culpable. El secretario leyó el artículo y se constató que al ser condenado le correspondían, según el código que regía entonces, tres años de prisión. Enseguida el mismo doctor Barco hizo leer un artículo del mismo código, en el cual señalaba que un consejo de guerra no podía llevarse a cabo sino cuando hubiera necesidad de imponer penas mayores de tres años y medio de prisión. Consecuencia, sacada por el vocero, el consejo que iba a comenzar no tenía razón de ser y por lo tanto, debía terminarse sin haber empezado. Conocido el concepto del asesor jurídico, el general presidente dio por terminado lo que legalmente no había comenzado.

General (r) Ricardo Bayona Posada

Tomado del libro "Recuerdos de un Ochentón"

1924

BREVE RESEÑA DE LA VIDA MILITAR DEL PADRE PEDRO PABLO GALINDO

Primera parte

Corrían los primeros meses del año de 1924; la División Primera del Ejército con sede en la capital de la República resolvió efectuar

una pequeña maniobra militar y para ello formó con las tropas de la guarnición dos agrupaciones. La número uno compuesta por el Regimiento de Infantería "Bolívar", reforzado con un Grupo de Caballería del Regimiento "Páez" y con un Grupo de Artillería del Regimiento "Bogotá" al mando del entonces Coronel Amadeo Rodríguez. Esta agrupación debería atacar a la capital. La segunda agrupación estaba formada por el Regimiento de Infantería "Sucre", reforzado con un Grupo de Caballería del Regimiento "Páez" y con un Grupo de Artillería del Regimiento "Bogotá". Esta agrupación estaba al mando del Coronel Manuel Tiberio Quiñones y tenía por misión la defensa de la ciudad de Bogotá.

Yo, era subteniente recién salido de la Escuela Militar y pertenecía a una de las baterías del destacamento atacante. A pie, como eran todos los movimientos militares de ese entonces, marchamos al amanecer de un veranoso día, hasta un sitio distante dos leguas al sur de la localidad de Usme. En ese lugar almorzamos y bien pasado el medio día recibimos primera orden de avanzar hacia la ciudad capital, debiendo vivaquear y dormir en los alrededores del pueblo de Usme, con el fin de cumplir nuestra misión en las primeras horas del día siguiente.

Una vez establecido el servicio de seguridad y armadas las carpas en la plaza del pueblo y recibidas las instrucciones respectivas para el mejor cumplimiento de nuestra misión; nos entregamos al descanso, dentro de la situación de guerra en que nos encontrábamos; pero,

desde el momento en que las tropas hicieron su entrada a la población, el cura de dicho pueblo se puso a las órdenes de los militares y se dedicó personalmente a ayudar a solucionar todos y cada uno de los pequeños y numerosos problemas de carácter civil, propios de una campaña. A las pocas horas de nuestro arribo al poblado, el cura era ya tan amigo de nosotros, como si hubiera estado viviendo en algún cuartel; su atrayente personalidad y su gran simpatía conquistaron en pocas horas nuestra estimación y nuestro afecto; pero me atrevo a creer que ninguno de los que vivaqueamos aquella noche en Usme, pudimos imaginarnos en algún momento lo que sería para nosotros ese curita al cabo del tiempo.

Segunda parte

En esa época de los años 20, en la Iglesia de La Enseñanza de Bogotá, situada en la calle 11 entre las carreras 5a. y 6a., se llevaban a cabo en los primeros días de semana santa, unos ejercicios espirituales para caballeros. La plática de la mañana a la hora de la misa, era de Monseñor León Ortiz; la de fondo que tenía lugar a las seis y media de la tarde, estaba a cargo del presbítero doctor Carlos Alberto Lleras Acosta y la del medio día a las 11:30 a.m., la predicaba un sacerdote distinto cada día. A estas reuniones religiosas asistían generalmente, el presidente de la República, la mayoría de sus ministros, si no todos; los gerentes de empresas, altos empleados y particulares, lo más selecto de los

cachacos bogotanos y muchos del Ejército.

Al terminar una de las pláticas del medio día, ya en la calle y al frente de la puerta de la iglesia, algunos que habíamos asistido a ella, comentábamos cómo el orador nos había emocionado, no sólo con sus argumentos, sino con su elocuencia; cuando el entonces Teniente Germán Ocampo nos hizo caer en la cuenta que ese maravilloso orador a quien aludíamos, era nada menos que el curita que con nosotros había pernoctado en una de nuestras carpas, en lo que llamábamos la guerra de Usme. Sí, el curita de Usme que coincidentalmente en ese momento salía de la iglesia, se acercó a nuestro grupo, saludó a los que habíamos estado con él en el pueblo durante el ataque a Bogotá, nos manifestó su admiración y cariño por el Ejército y nos ofreció visitarnos en nuestros cuarteles; el curita era Pedro Pablo Galindo.

Tercera parte

Por los años de 1925, a fines de 1927, ejerció la dirección de la Escuela Militar de Cadetes, el Teniente Coronel del Ejército de Suiza, Hans Von Wert. Entre las innovaciones que implantó en el instituto el nuevo director, estableció, que el oficialato de servicio fuera prestado, no sólo por los de planta en servicio activo, sino por personal de la escuela con categoría de esa; y fue así como al presbítero doctor Pedro Silva Gómez, capellán de la misma, le tocaba prestar el oficialato de servicio con las mismas obligaciones y con las mismas garantías

de cualquier oficial; y entre paréntesis, se decía que dicho sacerdote era quien prestaba con mayor severidad las obligaciones dentro del servicio. Al padre Silva Gómez, quien se retiró por motivos de salud, lo reemplazó en su puesto y cuando ya el capellán prestaba solamente las funciones religiosas, el presbítero doctor Carlos A. Rodríguez Plata.

El nuevo capellán era un excelente deportista, de gran simpatía, amplio y generoso pero no tenía facilidades para la oratoria. Era costumbre en la Escuela Militar, que todos los años entre el Viernes de Dolores y el Miércoles Santo, se llevaran a cabo unos ejercicios espirituales para el personal de alumnos; como era lógico, el capellán era el encargado de dirigirlos y para el efecto, le tocaba ser el orador en la mayor parte de las pláticas religiosas. El doctor Rodríguez Plata, condecorado de sus pocas dotes oratorias, y para darles una grata sorpresa a los cadetes, consiguió que su muy buen amigo, el doctor Pedro Pablo Galindo, le cooperara durante los retiros espirituales, predicando durante ellos, el mayor número de veces posible.

Al doctor Galindo le quedaba fácil llegar a la Escuela Militar pues hacia algunos días que desempeñaba la capellanía del Panóptico. La escuela, en ese entonces estaba en la calle 26 y el Panóptico en la calle 28. El Coronel Carlos J. Villar era el subdirector del instituto siendo un buen amigo del doctor Galindo, ya que ambos habían nacido en la ciudad de Facatativá; y como algunos de los de planta éramos conocidos del levita; al

final de las pláticas nos reuníamos con él en el casino, nos tomábamos un tinto, a veces jugábamos una corta partida de billar y charlábamos alegremente aprovechando la simpatía, conocimientos y gran atracción del antiguo curita de Usme.

Esos ejercicios espirituales, fueron prácticamente el motivo para que entre los de planta de la escuela y el capellán del Panóptico empezara una gran amistad. El capellán llegaba con bastante frecuencia al Instituto Militar, en donde era recibido por los profesores con alegría, y estos a su vez, eran atendidos con cariño y gentileza por el ilustre capellán en su apartamento privado del Panóptico de Bogotá.

Cuarta parte

A mediados del año de 1930, falleció en Bogotá el ilustre doctor Monseñor Rafael María Carrasquilla, quien había estado vinculado al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario como su rector por espacio de muchísimos años. Para reemplazar a Monseñor Carrasquilla en la rectoría del Rosario, fue escogido el también ilustre Monseñor José Vicente Castro Silva, el cual al hacerse cargo de la rectoría del plantel fundado por Fray Cristóbal de Torres, nombró como vicerrector del colegio al doctor Carlos Rodríguez Plata; el que al entrar a desempeñar su nuevo cargo, dejó vacante la capellanía de la Escuela Militar de Cadetes.

Por ese entonces hacía parte de la Casa Militar de Palacio el señor Teniente Ernesto Buenaventura, distinguidísimo oficial, el cual se

alojaba en la Escuela Militar. Como era lógico y natural, en los pocos ratos que le dejaban libre las ocupaciones de su puesto en palacio, el Teniente Buenaventura se reunía con sus compañeros, los de la escuela, en el casino de la misma, en donde se distraían estos con las charlas, con música o con juegos de billar o parqués. A estas familiares reuniones asistían en ocasiones dos jóvenes, excelentes compañeros, de gran simpatía y de mejor porvenir, Guillermo Nanneti y Castaño Castillo, quienes por ser secretarios de la Presidencia de la República tenían continuo contacto con el Teniente Buenaventura y por lo mismo, al salir de las oficinas o al ir hacia ellas, dejaban o recogían a Buenaventura en la Escuela Militar y muchas veces entraban a ella en donde eran estimadísimos por los de planta.

El capellán del Panóptico ya prácticamente hacía parte del grupo de la escuela. Al quedar vacante la capellanía de la Escuela Militar de Cadetes el capellán general del Ejército pasó como candidato para ejercerla al levita, claro está de la misma comunidad religiosa de Loyola a la cual pertenecía el capellán general. Pero, sabedores de tal cosa por arte de brujas, los de la escuela logramos fácilmente que el señor General José Joaquín Villamizar y el Coronel Villar, director y subdirector del instituto respectivamente, le dieran el visto bueno al padre Galindo y pidieran oficialmente su nombramiento como capellán.

Igualmente y al mismo tiempo, después de reuniones entre los de planta; Buenaventura, Castaño

y Nanneti, hicieron el trabajo con el doctor Morales Olaya y con el Presidente Olaya Herrera y cuando algunos esperaban el nombramiento para el candidato propuesto por el capellán general, fueron sorprendidos con el aplaudido y excelentemente recibido nombramiento del padre Pedro Pablo Galindo como capellán para la Escuela Militar de Cadetes.

Días más tarde y ya como capellán



en uso de sus funciones, el capellán Galindo nos acompañó a Santa Marta con motivo de la conmemoración del primer centenario de la muerte del Libertador y entre las varias anécdotas de la grata compañía del ilustre sacerdote, me acuerdo que cuando llegamos a Santa Marta, el día 15 de diciembre, nos dieron unas horas libres y entonces resolvimos dos o tres cosas, luego abordamos un vehículo para ir a conocer o a visitar la Quinta de San Pedro Alejandrino. Apenas montamos en el carro y salimos para la Quinta, el chofer tomó la palabra y aumentando o disminuyendo el tono de la voz, pero sin dejar

de hablar un solo momento, nos mezclaba pormenores de la vida de Bolívar con relatos de la huelga de las bananeras o con costumbres de los habitantes de la costa; por fin, en un momento propicio, el capellán logró interrumpirlo y con ademán severo le dijo: "¿caballero, por casualidad usted no se ha comido una vitrola?" No sobra decir, que en el viaje de regreso de la Quinta a Santa Marta, el chofer permaneció silencioso.

Del año 1930 hasta mediados de 1944, el doctor Galindo se dedicó de lleno al servicio, no solo de la escuela en sí, sino de todo el Ejército, ya que en el instituto era el profesor de religión, el guía espiritual de los alumnos y el compañero y el amigo de todos.

Cada año salían una o dos promociones de oficiales y como los nuevos subtenientes habían sido los discípulos de Galindo, lógicamente sus buenos amigos se iban aumentando periódicamente en cada una de las armas del Ejército.

Entre los muchos detalles que hacen honor al Capellán Galindo en su primera época de su vida militar, merece citarse lo siguiente:

El doctor Galindo, si bien no era una persona rica, sí tenía algunas propiedades patrimoniales de familia y por lo tanto con sus haberes y con los dineros que recibía por sus clases y por la capellanía, vivía relativamente bien; tenía su automóvil y se daba gusto en atender a los muchos y destacados amigos con los cuales mantenía muy buenas relaciones; pues bien, cuando estalló

el conflicto de Leticia, todo lo abandonó y gustoso partió con la expedición punitiva, al mando del General Vásquez Cobo, para la Amazonia, aún dejando enferma de gravedad a su anciana madre; distinguidísima señora que falleció, sin que su querido hijo le hubiera podido aplicar los últimos consuelos de la religión católica, ya que el ausente sacerdote se encontraba, cuando ella murió, en las selvas o en el río Putumayo cumpliendo con sus deberes de capellán y de patriota. No sólo las funciones propias del capellán desempeñó el doctor Galindo en el sur, durante su permanencia en la expedición punitiva, ayudaba en muchas otras actividades propias de una guerra, siendo una de las principales, la descifrada de cables, telegramas, radios y noticias que se transmitían, recibían o se interceptaban en clave. Querido por todos, sirvió desinteresada y honestamente hasta mediados del año de 1944 a raíz del golpe de Pasto, en donde por intrigas fue declarado insubsistente, no solo sin darle algún aviso o habiéndosele por lo menos exigido su renuncia, sino que su intempestiva baja se decretó con retroactividad.

Quinta parte

Quizá sin lugar a dudas, el golpe moral más duro que recibió el doctor Galindo durante toda su vida militar, fue la súbita y poco decente destitución de la capellanía de la Escuela Militar.

Uno no puede adivinar, ni valorar los sentimientos íntimos de una persona, pero la destitución del

capellán Galindo produjo en su espíritu algo difícil de comprender; las puertas de su hogar tan abiertas para los que portaban el uniforme militar, se cerraron para los mismos, de tal manera que los que no recibían el rechazo seco de Elvira, su fiel ama de llaves, nos podíamos contar en los dedos de una mano con la seguridad de que al hacer la cuenta sobraban dedos; el uniforme militar que tanto quiso y que llevó con valor y orgullo en la guerra contra el Perú, se convirtió para él en algo molesto; hasta tal punto que bien recuerdo que una vez, estando yo en uso de vacaciones en traje de civil me encontré con él y no pudo menos, que manifestarme que sentía gusto viéndome sin uniforme, ya él que me tenía gran estimación, y me insinuó, que me retirara del servicio activo, pues yo tenía bastantes cualidades y que por lo tanto no debería estar sujeto a las intrigas, a los desprecios y a las ingratitudes del Ejército.

Pasaron los años y como era natural sus resentimientos se fueron aplacando y su espíritu militar empezó a imponerse sobre ellos. En el año de 1947 era director de la Escuela Militar el entonces Coronel Miguel Angel Hoyos, uno de los pocos con quien Pedro Pablo Galindo había mantenido y mantenía muy buenas relaciones; el Coronel Hoyos le ofreció una clase en la escuela al ex capellán con el deseo de atraerlo, Galindo al principio rechazó de lleno el ofrecimiento, pero ante la insistencia de Hoyos estaba a punto de ceder.

En esos días fue nombrado Ministro de Guerra el doctor Carlos

Sanz de Santamaría; yo estaba encargado de la Dirección General del Ejército por ausencia del comandante titular y como tal hice parte de la comitiva que estuvo presente con el doctor Sanz de Santamaría en su reconocimiento como ministro por parte de las tropas. En el trayecto entre la casa particular del doctor Sanz de Santamaría y la Escuela Militar, los Generales Germán Ocampo, como jefe de estado mayor; San Juan, como secretario del ministerio; Sánchez Amaya, como comandante de la Brigada de Institutos Militares y yo, como compañero del nuevo ministro, en dicho recorrido; hablamos del doctor Galindo por el hecho de que algunos días antes Sanz de Santamaría y Sánchez Amaya habían estado en Quito con el levita en comisión de una academia cultural, y el mencionado sacerdote en tal capital, había pronunciado una oración que había sido un éxito en la hermana República del Ecuador. Sánchez Amaya insinuó lo grato que sería para su brigada el que se nombrara nuevamente a Galindo como capellán de la Escuela Militar y el titular de la cartera de guerra, aceptó gustoso la insinuación, pero advirtió que él tenía motivos para creer que el ilustre sacerdote no aceptaría; entonces alguno propuso que lo natural sería que se tomara algún contacto con el doctor Galindo y que así se podía saber a ciencia cierta si estaba en condiciones de aceptar en el caso de que se le nombrara; la propuesta fue unánimemente aceptada.

Cuando llegamos a la escuela, el Coronel Hoyos nos esperaba en la puerta para recibirnos; ese

momento lo aproveché yo para decirle: "tan pronto pase el reconocimiento del ministro, no nos dejes ir sin que nos tomemos un tinto, pues me urge hablar contigo". Evidentemente, pasada la ceremonia oficial, nos dirigimos al casino, circunstancia que yo aproveché para poner a Hoyos al corriente de lo que habíamos hablado en el camino respecto al capellán, y para pedirle que, retirados nosotros se pusiera al habla con Galindo y lo convenciera. Yo tenía ese día una cita oficial con el nuevo ministro a las cuatro de la tarde, por lo tanto convinimos que antes de esa hora, el director de la Escuela me enteraría del resultado de la entrevista con el curita. La simpatía, el don de gentes, la autoridad moral y las múltiples cualidades de que era poseedor el Coronel Hoyos triunfaron y el padre Galindo manifestó que él no hacía nada por volver a la capellanía, pero que si lo nombraban, aceptaba. Esa tarde puse en conocimiento del ministro la aceptación por parte del antiguo capellán; Sanz de Santamaría se mostró muy satisfecho con la noticia y me dijo: "El nombramiento no se hará inmediatamente pero se hará". No pasó mucho tiempo sin que el ilustre sacerdote, con el beneplácito de todos, volviera a su antigua familia militar.

Sexta parte

Es muy conocida la triunfal carrera militar del que, a los pocos tiempos de volver a ser nombrado capellán de un instituto, pasó a ser el capellán general de las Fuerzas

Militares. En tal cargo, y entre las varias iniciativas importantes que llevó a cabo, logró la militarización de los capellanes con la creación del clero castrense. El mismo, como capellán general, fue ascendido dentro de los servicios a coronel. Por más de veinticinco años sirvió a las Fuerzas Militares, gozando del respeto y del cariño de todos los militares, pero ya desde fines de la década del 60, su edad y sus enfermedades hicieron que tuviera que hospitalizarse varias veces y someterse a una serie de operaciones en el Hospital Militar Central.

En una de las veces que estaba hospitalizado llegué a visitarlo, las visitas estaban prohibidas, sin embargo, el subdirector del hospital, doctor Rubiano Groot, me llevó hasta el piso en donde estaba la pieza del enfermo y me dijo: "acércate y contempla un rato al curita y luego me das tu opinión, desgraciadamente está muy grave, ya no conoce, que lástima".

Llegué hasta el lado del enfermo, se encontraba semidormido, atendido por Elvira, su fiel ama de llaves. Yo lo contemplaba apesadumbrado, cuando de pronto abrió los ojos, me miró, y me dijo: "Acércate Bayonita", me cogió una mano, me la apretó y con clara entonación me preguntó por Marina, mi esposa. El nos había casado y nos había bautizado a nuestros seis hijos. Luego me fue diciendo: "esta mañana sí creí que mi Dios me llamaba. Yo que prediqué toda una vida a los demás sobre la misericordia

de Dios, hoy debo aplicarme para mí eso mismo que he predicado". Unos minutos más, me despedí y fui a contarle al doctor Rubiano todo lo anterior. El médico no pudo ocultar su satisfacción y alegría por lo que yo le relataba.

Tres días después me encontré con el Coronel Santoyo: "mi general, me dijo, el curita está extrañado con usted por su ausencia; ayer fuimos a visitarlo Londoño, Ocampo y yo, lo encontramos muy recuperado y al agradecernos nuestra visita nos dijo: "todos mis amigos se han portado admirablemente, han venido a verme, con el que si estoy muy extrañado es con Bayonita, pues es el único que no ha venido". Santoyo se rió con gana cuando yo le relaté pormenores de mi visita de hacía tres días.

El 13 de diciembre de 1973, ya bastante achacoso, recibió del General Currea, Ministro de Defensa, los soles y el bastón de mando por haber sido ascendido a General Honorario dentro de los servicios castrenses. Sencilla e impresionante ceremonia, en la cual el capellán, sentado en su silla, pues ya le costaba trabajo permanecer de pie, pronunció, tal vez el último de sus sentidos y bellos discursos. Después de esta reunión no alcanzó a vivir cuatro meses, pues en los primeros días del mes de abril de 1974, cumplió con aquello de que, la muerte es lo único cierto de esta vida incierta.

General (r) Ricardo Bayona Posada

Tomado del libro "Recuerdos de un Ochentón"

PARA TODOS LOS TIEMPOS O MI REINO POR UN CABALLO

Cuando de escribir sobre hechos castrenses, se trata, es lo usual remitirse a aquellas situaciones donde afloran y se destacan realizaciones y hazañas signadas por el coraje, el patriotismo, la abnegación y todos aquellos valores que conforman el legado espiritual y el código de honor de la artillería, del Ejército y universalmente de los profesionales de las armas.

Por ello, para no reincidir en la temática de suyo tan valiosa como necesaria, me aparto un tanto de la línea y del estilo tradicional y traigo a cuento un evento que a pesar de su sencillez, también se acomoda a la calificación de anécdota, la que en buena hora quiere rescatar y difundir el Comandante del Grupo de Artillería "Santa Bárbara".

Entremos, pues, en materia, retrocediendo unos cuantos calendarios. La instrucción práctica, cimentación básica en la formación del futuro subteniente, exigía semanal de la Escuela Militar al "terreno", práctica que se cumplía indefectiblemente desde el mediodía de cada viernes hasta las últimas horas del sábado, a veces sustrayéndole un par de horas al esperado domingo, festivo engalanado por el aliciente del turno de salida de los familiares.

Las experiencias cosechadas en los campos de batalla de Corea por el Batallón "Colombia" ya empezaban a percibirse y a influir

en los programas de entrenamiento; del repetitivo terreno con énfasis en largas y agotadoras marchas, interminables y gélidas noches en vela bajo las carpas que filtraban aguaceros e intensas cesiones de gimnasia aplicada especie de cross-country doméstico y extenuante con toda suerte de obstáculos de dimensiones casi infranqueables, justificada tal vez por aquello de estar integrada la escuela por su fauna de "ovejos", "chivos" y "cabros", se daba paso a la realización de tareas enmarcadas en una hipotética situación táctica, ceñidas a un procedimiento lógico de comando y revisados y actualizados en el conflicto del lejano oriente.

Dentro de tal contexto, el programa del Ejército para el fin de semana que nos ocupa contenía una operación ofensiva que tenía por objetivo final capturar un terreno prominente que había ocupado el enemigo (estribaciones de los cerros de Monserrate y Guadalupe) y desde el cual amenazaba proseguir su ataque hacia la capital. La unidad que cumpliría tal misión, conformada por elementos de infantería y caballería, con la presencia de los ingenieros de combate, debería contar con la ayuda de fuegos de Artillería, para lo cual se había colocado en apoyo directo a la Sección de Artillería, constituida por los alféreces y cadetes que por esas calendas adelantábamos la familiarización y especialización.

Del sitio de acantonamiento en la Escuela Militar, marchamos hasta un área de reunión cercana a las posiciones de apresto de la

infantería propia, evento que se realizó dentro de lo previsto, aprovechando la cobertura de las primeras horas de la noche y estableciendo el vivac en el sector asignado (costado oriental del Parque Nacional) donde ya se respiraba un excitante ambiente de combate.

El cronograma y la secuencia de la inminente batalla planeada por el comando del destacamento, incluía la organización del área temporal de reunión, el reposo durante lo que restaba de la noche, el movimiento muy temprano hacia la posición de fuego seleccionada, la ocupación y preparación de dicho sector y, desde allí quince minutos antes de que la infantería cruzara la línea de partida, a las 06:00 horas, para dar comienzo al ataque, desencadenar certeros, nutridos y mortíferos fuegos de preparación sobre las posiciones del enemigo para aferrarlo al terreno, neutralizar su reacción y proteger el avance de nuestras tropas que habrían de cerrar sobre las trincheras adversarias, ocupar a la bayoneta sus fortificaciones, expulsarlos de sus casamatas y a la manera épica del héroe del Bárbula clavar el tricolor patrio en la cima al grito cotidianamente ensayado de "Viva Colombia".

Cuando no se insinuaba siquiera el comienzo del alba, en medio de una espesa neblina, los acuciosos aprendices de artillero, entre los cuales quien esto rememora ostentaba el privilegio de ser comandante de una de las piezas Skoda de 75 mm. Ya había levantado el fugaz campamento, recogido y atalajado

las mulas y se disponían a efectuar, con el menor ruido posible y la máxima disciplina, un ejercicio de verdadera coordinación, sincronizada tarea colectiva y competida rapidez, consistente en desamarrar los obuses y ponerlos a lomo de las acémilas, diez mulares por pieza, para dar comienzo a la marcha de combate hacia la posición de tiro. La destreza adquirida con muchos ejercicios, reiteradas prácticas nocturnas en la pista de salto, frecuentes cambios de posiciones a brazo, confianza y maestría en la doma de los mulares. Todos ellos amenizados por repetidos y dolorosos machucones con las pesadas y aceradas cargas del cañón y uno que otro estímulo del alférez instructor con el "atacador" trozo de madera que cumplía a más de su tarea primaria de introducir y acomodar la granada dentro del cañón, la función alterna de agilizar el accionar de los sirvientes, a manera de descalificado pero eficaz acelerador de mano que esgrimía como cetro amenazador y justiciero el comandante de pieza, con la permisiva complicidad del oficial instructor.

Las teorías filosóficas, las doctrinas jurídicas y las regulaciones internacionales sobre Derechos Humanos no ocupaban por ese entonces lugar preeminente en los reglamentos de artillería de campaña.

Los gritos de "Pieza No. 1, lista". . "Pieza No. 2, lista " se sucedieron con brevísimo intervalo y ya se presentía la consecvente voz de mando impartida por nuestro comandante: "sección... En columna por la derecha... M...a...a...r", pues la distancia por recorrer hasta la

posición de tiro y el tiempo que mediaba para dar comienzo a los fuegos de preparación, imponían el pronto inicio del movimiento. A pesar de que el reloj amenazaba en convertirse en elemento crítico dentro de la secuencia de la operación, la columna permanecía inexplicablemente estática y la orden de marcha no se escuchaba; los mulares ya daban muestras de impaciencia y siguiendo el mal ejemplo de la mañosa Bavaria, la mula testera de la primera pieza, escarbaba el pasto con sus cascos y con sus movimientos expresivos de indisciplina y uno que otro rebuzno, hacía notar la incomodidad del peso sobre sus lomos que podía aliviarse con el andar que injustificadamente no se autorizaba.

El teniente comandante, que más que ello era instructor, maestro consejero y líder, a quien admirábamos por sus dotes profesionales, respetábamos por su acendrado espíritu artillero y apreciábamos por la forma de ejercer el mando, exigente y serio pero justo, humano y considerado, a quien Santa Bárbara llamó recientemente al servicio activo en las filas de la batería eterna en su condición de general en retiro, se movía fantasmagóricamente en la parte delantera de la columna; veíamos a lo lejos su difuminada silueta utilizando el radio con el que enlazaba con el comando del destacamento, los recientemente recibidos equipos suizos Autophon SE-811 y 812. Suponíamos un cambio de última hora en las órdenes operaciones y ya bajo el poncho que nos guarecía precariamente de la persistente llovizna temprana,

nos quejábamos de una diana tan prematura y apurada para terminar permaneciendo inmóviles por un lapso ya tedioso que las mulas, no sujetas al régimen disciplinario, resentían. De pronto el misterio empezó a aclararse: el noble caballo azabache de mi teniente había desaparecido inexplicablemente del corral y sólo quedaban como mudos testigos de su corta participación de la interrumpida operación, huérfanos de calificado usuario, alfombra, silla, bridón, vizcacheras, portarrollos, elementos que hasta la noche anterior había engalanado y realzado la estampa guerrera del cuadrúpedo, llegado a los inventarios de la escuela como integrante de una reciente importación de equipos procedentes de Argentina. Revelada la causa del retardo, mantenida hasta el momento en reserva como parte del natural secreto que aseguraría el éxito de la operación, empezó una diligente indagación sobre quiénes, cuándo, dónde y en qué actitud lo habían visto por última vez, para deducir de tales indicios el rumbo tomado por el semoviente. Se reconstruyó de inmediato la lista de los cadetes que había prestado el servicio de centinelas de ganado, sobre quienes ya se veía venir un alud de re- criminationes y una sanción drástica y ejemplarizante; sin embargo, todos coincidían en haber constatado su presencia en el corral de campaña, instalación temporal construida con prontitud, ingenio y maestría por los conductores de ganado con ayuda de ronzales y prolongas.

Inexorablemente el reloj, desaten- diendo la petición románticamente

implorada en su bolero por don Lucho Gatica que se escuchaba con insistencia por esos días, sí marcaba las horas y ya la espesa neblina empezaba a levantarse; las difusas siluetas iban cobrando forma corporal y el mundo de las sombras daba paso lentamente al alba, al darse el comienzo del cotidiano crepúsculo náutico matutino. Y al igual que en aquel histórico amanecer de octubre de 1492, una voz anunció con fortaleza su asombroso descubrimiento: "permiso mi teniente, para informar que en el corral queda una mula sin atalajar".

La noticia conmocionó la hasta ese instante impaciente y estática pero disciplinada columna; los ojos se abrieron asombrados y por el espacio que dejaban los húmedos ponchos y los mojados cascos de acero, miradas escrutadoras empezaron a recorrer en detalle la formación de cada pieza: testera, ruedas, contera, cuna, camisa, tubo, culata, escudos, M1 y M2; para mi alivio y tranquilidad mi pieza estaba completa y sin novedad, la revista a la segunda pieza mostró normalidad, hasta la mula culata, pero en metálicas alas, con más apariencia de rocín de picador en corrida de parroquial cartel, rebajado en su innegable origen ciudadano del conductor samario de la mula disminuido en su rango función, aceptando calladamente su degradación, el corcel de mi teniente se mezclaba resignadamente con la tropa y compartía su pesada carga con las proletarias acémilas.

Entre justificadas imprecaciones, mal disimuladas risas y deseos de

revanchas por el impedimento causando a la decisiva misión del destacamento, todo ello adornado con el anuncio de ejemplares sanciones, se retornó a la normalidad entre los participantes de cuatro extremidades; el mular supuestamente sobrante reasumió su rol dentro de la columna y el lustroso caballar, maltratado en su ego, con una laceración aún más dolorosa y humillante debido a sus orígenes gauchos, retomó su papel como elemento insustituible en la movilidad del comandante de la sección de artillería.

La misión quedó truncada y la función primaria exaltada con aires marciales por mi Coronel González Quintana en el himno del arma, aquella de que al infante abriremos la puerta, entonándose un himno al valor quedó por el momento postergada por el "rompan fuego artilleros, alerta", se vio sustituido por la más urgente tarea de "encuentren el caballo de mi teniente".

El acontecimiento aunque resultado de las circunstancias inclementes del clima es congruente con los rituales propios de la artillería de montaña, y no obstante hoy pueda parecer arcaico, está inseparablemente ligado a la petit histoire del arma.

Haciendo abstracción de lo enojoso de la tragicomedia, de las brumas del recuerdo con pinceladas grises de neblina como las de aquel crudo amanecer andino, afloraban algunos aspectos protuberantes: el cambio que ya empezaba a sentirse

en la instrucción militar por la aplicación de la doctrina táctica y la adopción de procedimientos importados y aportados por los veteranos de Corea al entrenamiento; también el concepto interiorizado y sólidamente aprendido de la ejecución eficiente, rápida y disciplinada del servicio con piezas y con la batería de fuego, así como el sentido de la posición jerárquica que correspondía a un oficial de arma montada, como lo era entonces la artillería, donde no se concebía realizar una marcha pedestre en el estricto uniforme de combate con universal, portafolios y botas altas, como cualquier infante de primera línea; el hacerlo rayaba en herejía y vergüenza incompatible con la condición de artillero corajudo, y por sobre todo ello que en la mejor interpretación del alcance y amplitud de las responsabilidades del mando, se entendía y practicaba al pie de la letra aquello de que se era responsable por la totalidad del personal, material y ganado de la unidad, regla que no admitía excepciones.

En medio de la hilaridad que pudo causar el incidente, desde la óptica distante de los años, se rescatan algunas lecciones que en su esencia no han perdido vigencia, aunque la forma externa haya cambiado en razón de la evolución del entorno nacional, pero conservan actualidad la imperiosa necesidad del cambio permanente en el caso de los procedimientos tácticos, para adaptarse, o mejor anticiparse, a las mutaciones derivadas de la dinámica social profesional y del

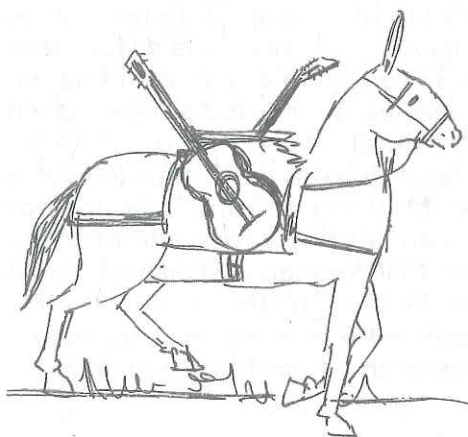
ámbito donde se cumple la compleja misión militar, la urgencia constante entrenamiento de combate exigente y disciplinado; el ejercicio religioso de la responsabilidad por quienes reciben cargos de mando que abarca la totalidad de los componentes de su unidad y el ajustar la conducta personal a la dignidad implícita en la posición jerárquica ostentada que impone conservar la serenidad, el talante y la compostura, especialmente los momentos de dificultad atendiendo la máxima de un conocido y apreciado jefe que incorporó a la normatividad de la divisa negra el concepto de que: "la artillería es la manera más elegante de servir a la patria".

Entendí, además, en ese momento aquella aseveración que repetía nuestro sapiente y estimado coronel profesor de historia militar, cuando citaba un proverbio español que palabras más o palabras menos, rezaba: "por un clavo se pierde una herradura; por una herradura un caballo; por un caballo un jinete y por un jinete un reino". Así a manera de moraleja podría concluirse que las cosas pequeñas, los hechos nimios, los detalles triviales, por insignificantes que parezcan deciden con frecuencia la suerte de los acontecimientos mayores y pueden echar por tierra los planes mejor intencionados, meticulosamente concebidos y cuidadosamente proyectados, colofón por cierto muy anticipado a las conocidas Leyes de Murphy.

General (r) Jesús Armando Arias
Cabrales

MULAS, CAÑONES Y TIPLE

Para cargar el cañón Skoda, artillería de montaña, se empleaban diez mulas por pieza, ocho para las partes en que esta se desarmaba y dos para la munición que no siempre se llevaba. Cuenta la historia que una revista de instrucción en el Grupo Berbeo —hoy Batallón "Tenerife"—, porque grupo eran muchos cañones y porque a Berbeo el comunero se le declaró traidor, el comandante de la brigada le preguntó a un soldado de una batería de fuego: "soldado el cañón se divide en ocho secciones, para cargarla se necesitan diez mulas, esas que sobran con esas canastas de mimbre, ¿para qué sirven? — el soldado respondió — "son las más importantes mi coronel, porque allí llevamos el tiple y la guitarra de mi Capitán Gonzalo Quintero Santofimio, que es nuestro comandante".



Mayor General (r) José María Rivas Forero

RECORDAR LOS CAÑONES ES VIVIR

¡Qué gran material! Cuánto aprecio tenemos los viejos artilleros por los cañones Skoda tan íntimamente ligados a nuestras vidas. Por eso, antes de contar algunas anécdotas, quiero rendirles mi tributo de admiración repitiendo algunas de las órdenes que se escuchaban en los cuarteles, para ponerlos en acción:

"Testera, ruedas, contera, culata, cuna, camisa, cañón, escudos, M-1, M-2 sirvientes carguen mulas..."

"Dirección, elevación, carga, fuego..."

"Derecha, izquierda, alargar, acortar, fuego de efecto..."

Cuando el conflicto de Leticia en 1932, la artillería colombiana se componía de unos viejos cañones Erhardt, Krupp y Oerlinkon, adquiridos cuando el problema de La Pedrera, también con el Perú en 1928. Entonces se vio la necesidad de renovar el material del arma de la divisa negra y se consiguió el Skoda en Checoslovaquia, que empezó a llegar cuando terminaba el conflicto, sufrió los duros debates del Congreso contra el Ministro Alfonso Araújo, por su adquisición y completó su arribó en 1936, cuando ya se había firmado el Protocolo de Río de Janeiro, que selló nuestra amistad con la hermana República del Perú.

El Skoda es entonces un cañón comprado para la guerra pero que ha servido para la paz.

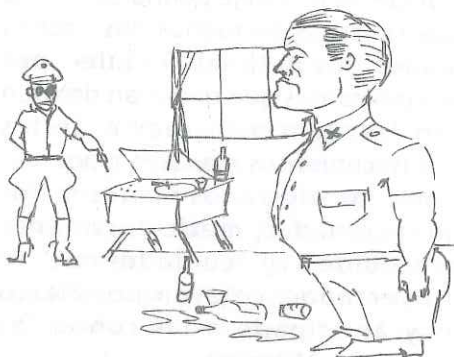
Mayor General (r) José María Rivas Forero

1943

SI EN POKER QUIERES GANAR, NO TE CANSAS DE PASAR

Era el año de 1943, el Subteniente Armando Vanegas Maldonado, en ese entonces oficial subalterno del Grupo de Artillería No. 2 "La Popa", de aquella época, ubicado en la ciudad de Barranquilla, y comandado por el Teniente Coronel **Gonzalo Fajardo Perico**, siendo segundo comandante el Mayor **Fernando Morales** y los Capitanes **Fernando Echavarría E.** y **Ezequiel Palacios**. La unidad no tenía cuartel, estaba ubicada en el local que había pertenecido a una antigua panadería, en el barrio del Lucero de aquella ciudad.

El casino funcionaba en una casa, más o menos cómoda que quedaba en la calle Olaya Herrera con Caracas dentro de la anterior nomenclatura de la capital del Atlántico.



El presidente del casino era el autor de la presente anécdota. Los subalternos, casi todos solteros,

solíamos tomarnos nuestras abundantes cervezas especialmente los fines de semana y dejábamos en el piso y alrededores de la nevera las botellas de cerveza vacías, lo cual constituía una deplorable presentación diciendo con razón el comandante del grupo al respecto que se debía evitar aquello porque el salón del casino tomaba un aspecto de cantina barata. El Teniente Coronel Fajardo había llamado la atención dos o tres veces, sin que la irregularidad se corrigiera definitivamente.

Por otra parte en el mismo casino jugábamos en ocasiones cartas, especialmente póker y cuando en esos juegos había que pasar, el que esto escribe decía siempre "este pequeño comando pasa".

Un día de tantos, siendo lunes por la mañana el Coronel Fajardo pasó revista en el casino y encontró un cúmulo de botellas de cerveza vacías que correspondían al motivo de sus observaciones anteriores, por lo cual llamó muy molesto al Subteniente Vanegas al comando, observándole: "presidente de casino, se aprecia sin equívocos que "ese pequeño comando no-pasa" por las dependencias a su cargo porque todo está en desorden y desde luego con esas botellas desocupadas que denotan los tragos de la víspera, por lo cual es apenas lógico que usted merezca una llamada de atención que se puede convertir en el futuro en una sanción mayor si esto se repite".

El suscrito todo compungido le dijo al comandante que aceptaba por ser lógica la llamada de atención

y le prometía que esto no volvería a ocurrir ahora sí, continuaría pasando todo.

Brigadier General (r) Armando
Vanegas Maldonado

PRIMERA BATERIA: A LOMO CARGAR

Ejercicio rutinario para los artilleros de la vieja guardia. Orden que con especiales ánimo y destreza se solía ejecutar en las áreas de instrucción de los cuarteles o en los terrenos dedicados a la práctica del reglamento táctico. Emotiva voz de mando cuyo eco hacía vibrar, desde el soldado, sirviente de la pieza o cañón, hasta el teniente coronel comandante de la unidad táctica de artillería. Artilleros de promociones que corresponden a los años treinta, pueden testificar, todavía, la satisfacción que generaba la diestra ejecución de ese ejercicio, cuyo desarrollo implicaba una sana y estimulante competencia dentro de todo el personal comprometido en su rápida y correcta ejecución. Era un ejercicio de la artillería de montaña — a lomo de mula — que como aquellos otros conocidos como: "armar" y "desarmar la pieza", o "engancharla" y "desengancharla", motivaban la energía, la destreza y el espíritu de unidad de todos los ejecutantes, pues se competía contra el cronómetro en la realización del ejercicio y por lo tanto, en la demostración de cuál era la unidad — pieza, sección o batería — con el mejor nivel de instrucción y entrenamiento. Es indudable que

tan singular competencia comprendía todos los campos y aspectos de la instrucción del Arma de Artillería, desde los básicos y más elementales hasta aquellos sofisticados y técnicos que culminaban en el terreno con el empleo de los cañones en ejercicios de tiro.

La unidad táctica de artillería, denominada entonces "grupo", para transportar su material de 75 mm. Skoda, a través de terrenos de montaña, tenía que cargar sus cañones, equipos, municiones y bagajes sobre el lomo de aproximadamente trescientos mulares. Requería, además, la cantidad de caballares suficiente para montar toda su planta o dotación de oficiales, así como los suboficiales y soldados que por razón de su cometido requerían especial movilidad. Esa cantidad de caballares se podría aproximar a cien unidades, y la cantidad de equinos — caballares y mulares — del grupo de artillería de montaña en pie de guerra —esto es con sus dotaciones de ganado completas— podía llegar a las cuatrocientas cincuenta cabezas. Algo semejante tuvimos la fortuna de ver y disfrutar —aunque personalmente sólo hubiese sido al nivel de mando de la sección, como subteniente —, en la guarnición de Pamplona, Norte de Santander hacia los años de 1939 y 1940, en el Grupo de Artillería "Galán". Esta unidad táctica, al igual que otras del Ejército Nacional, había sido reorganizada y puesta en óptima capacidad de combate con motivo del conflicto fronterizo colombo-peruano.

Es en aquella grata experiencia y en otras que tuvimos la fortuna de vivir luego — hasta que la artillería colombiana reemplazó sus cañones y su sistema de transporte al lomo de mula por el motor de gasolina — en las que se enmarcan los gratos recuerdos que surgen con motivo de la ocasión que el comando del Grupo de Artillería "Santa Bárbara" nos ofrece al invitarnos a presentar por escrito anécdotas vividas en el ambiente artillero. Una de ellas se remonta al comienzo de los años cuarenta, durante la campaña de la Escuela Militar de Cadetes a Guaduas, Cundinamarca hacia el año de 1943.

En la campaña a Guaduas, la figura central de la presente evocación corresponde a un no siempre alabado como se merece —pariente del caballo — cuyos servicios al transporte en Colombia son frecuentemente subestimados. Se trata de una mula, denominada "Bavaria", la cual por la época a que nos venimos refiriendo, constituía parte de la dotación del ganado equino de la Escuela Militar de Cadetes. Su actuación se enmarca en una de las marchas efectuadas durante la campaña consabida, cuando luego de tres días de ejercicios tácticos, la batería de cañones de montaña de 75 mm. Skoda regresó a su campamento.

El estado del tiempo en la región de Guaduas correspondía en esos días a la época de lluvias y por lo tanto, los caminos por donde tenía que desplazarse la batería con el fin de realizar la instrucción, entrenamiento y práctica de los ejercicios programados por

la dirección de la escuela, se hallaban difícilmente transitables, debido a los profundos y melcochudos fangales. El día del regreso al campamento se desgranó, sobre el área, aguacero torrencial y en apariencia interminable, y como es apenas natural, las dificultades del tránsito por aquellos caminos trastornaron por completo el tiempo planeado para el regreso y llegada oportuna a la zona del vivaque. Los primeros cañones (piezas), empezaron a llegar, incompletos, al sitio del descargue, a las siete de la noche. Incompletos, porque algunas partes muy pesadas de los citados cañones, como las culatas y los tubos, quedaron a medio camino, debido a que los mulares responsables de su transporte agotaron sus fuerzas en la lucha contra el fango, y agotados, no lograron alcanzar la meta final. Afortunadamente, entre los mulares al servicio de la Batería de Artillería de la Escuela se hallaba la mula "Bavaria", cuyo tamaño (alzada), nobleza y resistencia, la hicieron famosa en el ámbito de varias generaciones de cadetes, alféreces y artilleros. Su fama ese día se creció de forma legendaria, porque una vez descargada la testera de la primera pieza, su carga rutinaria, tuvo que repetir, esa noche, el pesado y extenuante trabajo de llevar sobre su lomo, en tan penosas circunstancias como las sugeridas, dos culatas y dos tubos, cuyas respectivas acémilas no pudieron por agotamiento, completar su cometido.

Rendido el homenaje a la acémila de nombre "Bavaria", no sería justo

terminar la anécdota referente a su resistencia y oportunos servicios en la campaña a Guaduas, sin mencionar el final de la pequeña odisea, relacionada con el rescate de las partes de cañón 75 mm rezagadas. El control de la recuperación de la última culata enterrada en el fangal, le correspondió al Teniente de artillería **Alfonso Ahumada Ruiz**, quien algunos años luego alcanzaría el grado de mayor general de la República. El Teniente Ahumada se distinguía por su garbo y obviamente por su esmero en el porte del uniforme y el estricto cumplimiento de las normas de cortesía militar. Sin embargo, en aquella ocasión, al llegar al campamento alrededor de las once de la noche, empapado y cubierto de barro hasta los hombros, tuvo que rendir el parte verbal reglamentario —nada menos que— al muy serio pero al mismo tiempo muy humano, director de la Escuela Militar, Coronel Germán Ocampo, con menos una de sus botas de montar, la cual se le había quedado refundida en el barrizal de donde fue recuperada la última de las cargas rezagadas.



De esa misma época de los años cuarenta, y dentro del mismo ambiente de aquel ejercicio a lomo cargar de nuestra artillería de montaña, transportada en mula, surge la imagen de un distinguido oficial de artillería, el extinto Capitán **Jorge Bueno Barrios (Mister Good)**, cuyo amor por el Arma de la Divisa Negra, además de su coraje personal, quedaron testimoniados ante todos sus superiores y compañeros, en un acto del servicio que se realizaba en el Patio No. 2 del antiguo cuartel de la Escuela Militar de Cadetes, ubicado en el barrio San Diego de la capital de la República.

Bueno Barrios era, entonces, uno de los cadetes más jóvenes de su promoción, pero asimismo era uno de los más "espiritistas". Se calificaba con ese vocablo a los más disciplinados y responsables en el cumplimiento de las órdenes. El día de marras, un sábado en las primeras horas, cuando se iniciaba el servicio práctico, se desempeñaba como conductor de una de las acémilas de la Batería de Artillería de la Escuela Militar, batería que se alistaba para salir al terreno, denominado "de los Vegas", donde semanalmente se realizaban la instrucción y el entrenamiento correspondientes al empleo táctico de todas las armas. Su localización podría sugerirse, si aceptamos como referencia la ubicación actual del Hospital Militar Central y sus aledaños.

El hecho por señalar consistió en que, cuando el capitán comandante de la batería ordenó a lomo cargar, la mula que conducía el Cadete Bueno Barrios se asustó y fuera

de control partió corcoveando y coceando y naturalmente dominando a su conductor, quien no podía controlarla pero tampoco se rendía ni renunciaba a contenerla, hasta que el nervioso y asustado animal que corcoveaba y tiraba coces sin cesar, durante un trayecto que para los espectadores pareció interminable, logró impactar con una de sus patas la cabeza del cadete conductor de forma tan violenta y grave, que en aquel sitio quedó inerte. El herido fue llevado de urgencia al hospital donde fue exitosamente operado y su destrozado hueso craneano, reemplazado por una lámina de platino, lámina que le permitió disfrutar la vida por varios años como oficial de artillería en el servicio activo hasta el grado de capitán, y luego muchos más como oficial en uso de retiro.

En ambas situaciones se distinguió por su espíritu artillero y por su fervor en todas las actividades del arma, no obstante el terrible accidente que hemos evocado en párrafo anterior. Fue gallardo señor, intachable compañero y por demás, fiel y noble amigo. Serio y responsable en todos los actos durante su permanencia en el servicio activo, también lo fue como oficial en uso de retiro. Siempre fue admirado por su franqueza, su integridad y por la forma inteligente, sencilla y simpática como manifestaba sus desacuerdos o sus diferencias de opinión, cualesquiera fuese la categoría de su interlocutor. Pero no solamente son dignas de recordar sus características de hombre serio y responsable,

pues también es de grata recordación para quienes le conocimos y disfrutamos su comportamiento en las actividades sociales, su singular simpatía y su capacidad de contagiar cordialidad y alegría. Todavía resuena gratamente en nuestros oídos su famoso y peculiar grito de alegre extroversión en las fiestas bailables de la familia artillera.

Teniente Coronel (r) Gabriel Corredor Pardo, alias "Remache"

SARGENTOS DE VERDAD

En ese entonces la escuela tenía una batería de comando y dos baterías de instrucción con cañones de 75 mm y material Skodal. Las baterías eran comandadas la primera por el Capitán **Ernesto Ordóñez Castillo** a la cual fue destinado el Subteniente **Gómez Barrero** y la segunda por el Capitán **Ricardo Carrizosa Pardo** donde los Subtenientes **Durán Pombo** y **Vanegas Maldonado** fueron designados.



El comienzo del desempeño de los dos subtenientes asignados a la segunda batería fue acompañado de juiciosas observaciones del Capitán Carrizosa Pardo quien además de preocuparse por la marcha normal de la unidad, pensaba en la formación eficiente de los nuevos subtenientes.

Indudablemente dentro del cúmulo de observaciones del Capitán Carrizosa se contemplaban todas las fases de la instrucción práctica y teórica a más de la formación y educación de los noveles subtenientes.

Recuerdo claramente que el comandante de batería recalcaba muy bien el papel que representaba en la marcha militar de una unidad los suboficiales que eran valiosos colaboradores y quienes por su experiencia no se podrían desestimar, siendo por otra parte preciso darles un trato tinoso y adecuado sin proponerse de ninguna manera con llamadas de atención groseras o despreciativas. Esta batería contaba con dos suboficiales de gran experiencia y categoría que eran el Sargento Primero José Francisco Moreno y el Viceprimero Raúl Serna, que no solamente daban ejemplo ayudando a formar los otros suboficiales menos antiguos sino que mandaban mucho y con gran conocimiento de causa.

Durán y yo atendíamos con gran cuidado las observaciones del comandante de la unidad fundamental referentes al trato e importancia de los suboficiales y porqué no decirlo les teníamos respeto y hasta temor.

La lección que este hecho nos deja en el caso tratado es la referente a la importancia que tenían en aquella época ya bien lejana los suboficiales como valiosos colaboradores dada su experiencia y conocimiento que en todo caso aforaban sin dificultad y con gran beneficio para el Ejército.

Brigadier General (r) Armando
Vanegas Maldonado

CHANZAS DE PACHO

Corría el año 1943 y lo ocurrido se desarrolló en el entonces Grupo de Artillería No. 2 "La Popa" con sede en Barranquilla cuando era comandado por el Teniente Coronel **Gonzalo Perico**. El casino estaba ubicado en la zona residencial de la ciudad, en una casa elegante en aquel tiempo ubicada en la calle Olaya Herrera con Caracas y el cuartel en el barrio El Lucero en una antigua panadería adaptada para la marcha de la unidad y con marcada incomodidad. Un día de tantos estando de oficial de servicio en el cuartel el Teniente **Enrique Mendoza Campo**, en el casino se encontraban tomándose algunos tragos los Tenientes **Alfonso Lozano Larrarte** y **Antonio Lafaurle Navarro** acompañados del Subteniente **Ricardo Charry Solano**.

Uno de los tres, posiblemente Lozano que imitaba la voz del comandante del grupo a la perfección, resolvió llamar a su amigo Mendoza al cuartel para hacerle una pega telefónica usando el nombre del Teniente Coronel Fajardo. Resultó perfecta, por cuanto el oficial de

servicio recibió la llamada como si se tratara del comandante, por lo cual sus compañeros empezaron a hacerle preguntas sobre el funcionamiento del grupo, y cada vez que recibían respuestas poco convincentes llamaban fuertemente la atención por la ineficacia en el cumplimiento de sus funciones como oficial de servicio.

Esto lo repitieron con una intermitencia de un par de horas, hasta que Mendoza cansado y molesto captó que se trataba de una tomadura de pelo mandó al infierno o más lejos a su interlocutor. Pasó después una hora o más tiempo cuando llamó al cuartel el verdadero comandante para preguntar algo de su interés. En aquella ocasión el diálogo fue más o menos el siguiente: "teniente aquí habla el Teniente Coronel Fajardo", "el Teniente Mendoza contestó mira déjate de pendejadas y déjame dormir", cómo, cómo es la cosa, qué le pasa teniente, nada, ya te dije que cojan otro pendejo para tomarle el pelo, me parece Teniente Mendoza que usted no está en sus cabales y le está faltando el respeto al comandante de grupo. Mendoza ya captando la realidad contestó: disculpe mi coronel, lo que pasa es que algunos desde el casino y tomándose su nombre me han llamado para tomarme el pelo y yo creí que todavía eran ellos. Mañana aclaramos esta anomalía y haremos los correctivos del caso, en una reunión de informada, se contemplaron las receptivas llamadas de atención del Coronel Fajardo a los tomadores de pelo.

Moraleja: debe tenerse cuidado para no adelantar esta clase de bromas, tomándose el nombre del comandante, pero también es preciso que entrenen mejor su oído, para no dejarse engañar incautamente.

Brigadier General (r) Armando
Vanegas Maldonado

SARGENTOS DE MENTIRAS

En el año 1943 cuando era comandante del Grupo de Artillería "La Popa" el Teniente Coronel Gonzalo Fajardo Perico, visitó la unidad, la Escuela Superior de Guerra en la cual adelantaban curso de comando el **Mayor Fernando Morales Montaña** (el piloto) quien acababa de salir del Grupo en donde ocupaba el cargo de segundo comandante. Con ese motivo el comandante de la unidad y sus subalternos ofrecieron a la Escuela Superior de Guerra una recepción para conmemorar su paso por la guarnición.



Ese día estaba cumpliendo años el Subteniente **Carlos Amaya**, por lo cual los jóvenes se ausentaron del evento social principal y pasaron a la pieza de uno de ellos para cumplimentar al oficial en su onomástico. En momentos que esto ocurría pasó por allí el Mayor Morales quien se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y preguntó el motivo por el cual se apartaban de la reunión principal, le explicaron, él entendió, aduciendo además que, él también estaba cumpliendo años, el Teniente Lozano que lo conocía suficientemente y que sabía que era mentirosito, dijo no creer. Morales propuso una apuesta a Lozano de una botella de whisky que ganó después de verificar con el escalafón.

Después de ocurrido esto el mayor se sumó a la fiesta de los subalternos para que también le celebraran su cumpleaños. Esto fue aceptado de común acuerdo, pero cuando resolvieron todos trasladarse a un lugar donde pudieran continuar su motivo de alegría, matizándolo de baile a lo cual el nuevo homenajeado expresó que él los acompañaba con la condición de que le dijeran en toda la tertulia "Sargento Morales", todos aceptaron y así ocurrió en la primera parte de esta segunda reunión, sin embargo, al avanzar esta con el calor de los tragos las damas que los acompañaban en el baile fueron aislando al "Sargento Morales" por el grado, dándose él cuenta y sufriendo las consecuencias puesto que se negaban a bailar con él, sin embargo, su paciencia se acabó y resolvió recuperar su grado, a

lo cual los que lo acompañaban ya por efectos del alcohol, tomaron la determinación de dejar las cosas como estaban dándole todavía el tratamiento de sargento por lo cual el Mayor Morales se energizó y dijo: "vamos a jalarle al respetico"; contestando uno de los acompañantes " No les digo, eso nos pasa por tomar trago con sargentos de lo cual soy enemigo. Porque son dados siempre por efecto del licor a creerse capitanes, mayores o coroneles. Eso me pasa varias veces y no cojo experiencia". El caso presente en su desarrollo normal volvió a su cauce lógico y terminó a contentamiento de todos los contertulios y con conocimiento de los del grupo y de la Escuela Superior de Guerra. Obviamente por tratarse de un caso curioso y simpático, se difundió en la mayor parte de las unidades militares.

Brigadier General (r) Armando
Vanegas Maldonado

1944

LO QUE VA DEL PIBE AL POTE

Corrían los primeros meses del año 1944, ya con el grado de teniente, estrenando y primíparo, se encontró en Bogotá con su dilecto amigo Teniente Alfonso Lozano Larrarte, más antiguo y obviamente con más experiencia; fue felicitado por su reciente ascenso y al conocer que había sido destinado a la Escuela de Artillería, comandada por el Teniente Coronel Ricardo Bayona

Posada, quien había sido su Comandante en el Grupo de Artillería No. 4 "San Mateo", en Caldas, Antioquia comentó que una de las principales características que debía tener un oficial para caerle bien a su comandante, era ser aficionado y participante en deportes especialmente en el fútbol y remató "total Vaneguitas que jalarle tieso y parejo, toda vez que a ti te gusta y tienes disposición para hacerlo".



Un mes más adelante y ya materializada la nueva situación fui destinado a la segunda batería comandada por el Capitán César Cabrera Forero, quien como comandante de esa unidad fundamental había recibido un pequeño espacio de terreno para que la batería practicara agricultura con los soldados. Me ofrecí entonces ante el capitán para ser el oficial encargado de este evento explicándole al comandante de la batería que tenía el propósito de establecer una pequeña hortaliza para que una vez produjera sus productos, vendérselos a los casinos de oficiales y suboficiales siendo el comercio local: uniformes, guayos, balones

etc., para el equipo de fútbol de la batería que ya estaba integrado y entrenado fuertemente por el suscrito que era además participante.

Al término de la instrucción individual de las dos baterías, estaban programándonos eventos deportivos de competencia para verificar el progreso alcanzado en esta importante actividad.

El Teniente Coronel Bayona personalmente presidía esta etapa de la instrucción dejando a sus colaboradores inmediatos el resto del programa.

El día programado para el partido de fútbol siendo para el comandante lo más importante, me presenté con el equipo impecablemente uniformado como capitán del mismo actuando en la delantera del conjunto.

La segunda batería derrotó a la primera por goleada cuatro por cero de los cuales el Teniente Vanegas marcó dos al término de lo cual el Capitán Cabrera recibió del comandante de la Escuela gran felicitación que abarcaba al Teniente Vanegas no sólo por su acción personal de futbolista sino por su interés e iniciativa referente a los uniformes que para él fueron una sorpresa, cristalizando de manera amplia el consejo del Teniente Lozano Larrarte.

Continuando con la rutina de la instrucción en la segunda batería llegó el 10 de julio de ese año 1944, cuando un grupo de insurgentes encabezados por el Coronel Diógenes Gil resolvió detener en las inmediaciones de Pasto al primer

mandatario de la Nación doctor Alfonso López Pumarejo, con el ánimo de cambiar el gobierno existente reemplazándolo por un militar. Este golpe fracasó en dos días al cabo de los cuales el presidente regresó al palacio de gobierno y los insurgentes fueron detenidos y trasladados a las unidades militares de Bogotá mientras se adelantaban los consejos de guerra pertinentes.

A la Escuela de Artillería, fueron conducidos la mayoría de estos empezando por el Coronel Gil a quien me tocó recibir por estar de oficial de servicio, para conducirlo a su sitio de detención.

Tuve una conversación con el jefe haciéndole preguntas rutinarias que él contestó de buen agrado y para finalizar recuerdo muy bien la pregunta que le hice: "mi coronel ¿por qué considera usted que el movimiento encabezado por el Coronel Gil fue tan pobre en resultados, sin obtener el objetivo principal?", me contesto: "mi teniente esa es una pregunta de alto calibre para que sea presentada por un teniente, voy a responderle brevemente a su inquietud. El golpe fracasó por falta de un planeamiento bien ejecutado. Por falta de cumplimiento de algunas unidades comprometidas previamente, y por lo que es más importante por falta de verriquera".

El día 10 de julio, lo recuerdo bien, era lunes; posteriormente como era lógico vino un acuartelamiento de primer grado. Otra vez el fútbol, con el Coronel Bayona quien el día sábado 15 se me acercó y me dijo: "Vanegas usted tiene vestido de civil aquí"



Le contesté afirmativamente y le contrapregunté — ¿por qué me lo pregunta? — Porque tengo el propósito de que mañana en la tarde nos demos los dos una escapadita para ir al Campín y ver el partido Sport Boy, del Perú contra Deportivo Municipal, local, que es muy importante. Por otra parte tengo dos boletas, le contesté, listo mi coronel, lo acompaño con entero gusto.

Como conclusión de esta anécdota sacamos en claro que para todo militar es muy importante practicar un deporte porque esto produce siempre dividendos apreciables.

Brigadier General (r) Armando Vanegas Maldonado

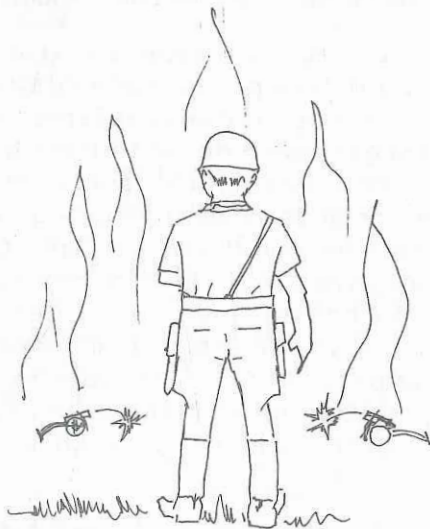
1945

ARDE EL ARIARI

Al iniciarme como profesor de tiro en la vieja Escuela de Artillería

en febrero de 1945, adopté como uno de mis propósitos el transmitir a mis alumnos de ese entonces, los conocimientos necesarios para organizar y hacer funcionar los centros de tiro de batería y de grupo.

Esta materia era entonces desconocida entre nosotros los artilleros colombianos y tenía su origen en el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, pues habiendo tenido su invención en la tecnología alemana con los datos de inteligencia extraídos de prisioneros de guerra en el frente de Africa, se había logrado transmitir hasta la Escuela de Artillería de Estados Unidos, en Fort Sill, los fundamentos esenciales para adoptarla en ella y desarrollarla dentro del Ejército norteamericano.



Ya en 1946 nos sentíamos con cierta seguridad en cuanto al empleo del sistema, pero la dificultad permanente en la disponibilidad de predios amplios y seguros para los ejercicios de tiro, hacía cada

vez más apremiante el encontrar una solución.

Fue así como, con la aprobación y participación directa del entonces comandante de la Escuela, señor Teniente Coronel Alfredo Duarte Blum, resolvimos hacer una experiencia real y mediante exploración previa, escogimos una zona de los Llanos Orientales, cercana al río Ariari, que en la actualidad pertenece al municipio de Granada, Meta.

Ese primer ejercicio de tiro con tres baterías en campo abierto tenía el doble propósito de hacer aplicación práctica de conocimientos, con los asistentes al curso respectivo, o sea, aquellos egresados de la Escuela Militar en 1939 y, asimismo, como segunda finalidad, el desplazamiento de las unidades de tropa, a veces demasiado acostumbradas a la vida de cuartel.

Tal como antes se dijo, el cumplimiento del ejercicio tuvo lugar en el período de sequía en ese año de 1946 y para su realización pudimos contar con el apoyo vehicular de la Escuela de Motorización de esa época, en donde laboraba mi compañero Luis J. Bolívar. Su duración fue de una semana y en su transcurso, lo digno de mencionar por lo inesperado, fue un incendio de la pradera en medio de la noche y el cual hubimos de afrontar apresuradamente con los medios precarios que son de presumir.

Más o menos un año después, planeamos un ejercicio similar y, para tal efecto, escogimos una zona en la región suroccidental vecina de Neiva. Contamos en esa

oportunidad, debo mencionar que participaron los tenientes artilleros egresados de la Escuela Militar en 1940 y 1941 y, como algo especial el hecho de que tanto en el ejercicio del año anterior como en este último, la ejecución técnica de las tareas a desarrollar estuvo bajo la dirección del entonces Capitán **Rafael E. Rozo**, inspector de estudios en esos años.

Mayor General (r) César Augusto
Cabrera Forero

ARTILLERIA: LOGIA Y MISTICA

Entre nosotros, quienes han destinado toda una vida al servicio de la Patria en la a veces ingrata profesión de las armas, es común oír hablar de la "logia artillera". Unas veces con sorna; otras con envidia, y otras, creo, con sentido de crítica.

En mi caso personal, tuve la fortuna de que al alcanzar el grado de capitán en junio de 1944, fuese destinado a la vieja Escuela de Artillería, aquella de la plazuela 1o. de Mayo y que obligaba al uso del tranvía que seguía al barrio del 20 de Julio, y allí hube de desempeñarme durante los cinco años en el rango.

En tal período se vivieron los acontecimientos aciagos que siguieron al 10 de julio de 1944 y, posteriormente, los que ocurrieron el 9 de abril de 1948 con todos sus horrores y consecuencias.

Naturalmente, las vicisitudes de la escuela se volcaron sobre los escasos de dotación, lo que nos obligaba al desempeño de múltiples funciones. Teníamos que repartirnos entre actividades de comando e instrucción de tropa; plana mayor, administración de comisiones, cursos de oficiales y suboficiales, consejos de guerra (situación derivada del 10 de julio) y participar, más tarde, en la policía militar que reemplazó en Bogotá la anterior policía nacional.

Pero fue para mí lo más importante de lo ocurrido en esos años, el hecho de que predominara entre los integrantes del alma máter (desde su comandante hasta el último de los subalternos) un alto espíritu de disciplina y academia, desarrollado para cohesionar y fortalecer los valores y nexos, tanto profesionales como espirituales, que han sido característicos de nuestra arma y que, a la larga, es lo que ha sido calificado comúnmente como la "logia artillera".

A nuestra vez, si hacemos un análisis del período mencionado, no necesariamente profundo pero sí honesto, repito de ese lapso transcurrido en medio de una cadena de acontecimientos y acciones apremiantes en sacrificio y dedicación, en las cuales jugaban un papel importante, tanto las exigencias de los superiores y de las circunstancias como también la capacidad de disciplina y entrega de los ejecutantes, se concluye que existía un efecto generalizado en las voluntades de los individuos en el sentido de sobrepasar el presente de cada

momento y movilizarse hacia niveles superiores en calidad humana y profesional.

Entonces, se vislumbraba el despertar de aquellas virtudes que inducen la mística.

Interpretamos esta palabra en nuestro caso, no como una devoción ciega salida de la fe superficial, sino como una dedicación racional surgida de una voluntad interior individual que persigue unos muy altos logros profesionales y espirituales en aquello que es inherente a su especialidad y su desempeño.

Mayor General (r) César Augusto
Cabrera Forero

ARTILLERIA CON MANO DE OBRA Y CARPINTERIA CRIOLLA

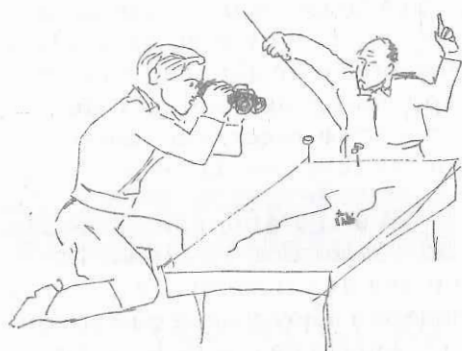
Vivíamos los primeros meses del año de 1945 en la vieja Escuela de Artillería y al iniciarse el Curso de tenientes de artillería que aspiraban a su ascenso a capitán en ese año, yo me hallaba enfrentado a la prueba de fuego de mi reciente nombramiento como profesor de tiro, titular que hasta esas fechas había sido casi exclusivo del comandante de la escuela en el período respectivo.

Así, al hacer balance de mis necesidades y constatar el material disponible, llegué a la conclusión de que tendría que superar la carencia de un aparato de tiro ficticio.

Este elemento consistía en un aparato enteramente desconocido

entre nosotros, el cual estaba destinado a facilitar la enseñanza de la conducción del tiro de artillería mediante observación axial, pequeña y gran lateral y aún con observación adelantada; pero durante mi curso de tiro en Fort Sill (1943) había podido reconocer y verificar su eficacia en la instrucción y había logrado, antes de regresar a Colombia, conseguir unos planos que, al ser revisados debidamente, permitían esperar la construcción respectiva con el personal y el material nativos.

Fue así como acudí a aquel par de antiguos servidores, el experto armero y el servicial carpintero de ese entonces (y cómo lamento ahora no poder recordar sus nombres, para consignar su recuerdo en estas líneas), pues su contribución precisa y cuidadosa fue piedra fundamental en la realización de la obra.



Entre los preparativos tuvimos que desocupar y acondicionar uno de los vetustos depósitos de munición situados en el patio No.2 de la vieja escuela y durante el desarrollo de los trabajos, vencer la dificultad técnica que representaba la adaptación de las tablas de tiro Skoda 75 a las regletas maestras de madera que constituían el aparato.

Y fue tal la dedicación y buen trabajo de los citados operarios, que en la mitad del año de 1945 pudimos disponer del mencionado aparato y utilizarlo en la correspondiente instrucción de tiro con los alumnos de ese año. Debido a su bondad, siguió siendo empleado en los años siguientes hasta la fecha en que la querida vieja escuela fue demolida.

Vale la pena mencionar que un aparato similar fue construido años después por el Capitán Carlos Rodríguez contingente en la Escuela Militar de Cadetes para instrucción de alféreces de artillería.

Mayor General (r) César Augusto
Cabrera Forero

1946

SIMPATICA FRESCURA

La siguiente anécdota la escuché en nuestra vieja Escuela de Artillería de Loyola cuando transcurría el año de 1946, durante una de nuestras habituales fritangas sabatinas en el casino.

Se comentaba que al finalizar un curso de aplicación para ascenso al grado de capitán, los tenientes integrantes del mismo celebraron en el casino de la escuela un día sábado la culminación y exitosos resultados del curso con un almuerzo y posterior fin de fiesta alegrado con copiosas libaciones de whisky "Ballantines" —que por la época costaba \$12.00 la botella— y, al terminar la celebración en el casino, un teniente muy simpático y

parrandero a quien apodaremos "El Viejo", debido a su prematura calvicie, resolvió continuar la "pachanga" en la inolvidable tienda de "Trina" en el 1o. de Mayo, con el resultado de una buena rasca y dormido, ya en horas de la madrugada, sobre una de las mesas de la tienda. Al despertar bien entrado el día domingo, y ya casi en sano juicio, se fue para su casa en el barrio "San Cristóbal", en donde lo esperaba su señora, bastante ofendida por su conducta y quien estaba acompañada de un teniente



del curso y su esposa a quienes se les había pedido el favor de acompañarla en sus afanes. Al llegar "El Viejo" su señora le increpó sobre su comportamiento y este con toda tranquilidad le dijo: ¿Cómo así que estás hecha una tigre cuando yo creía que te iba a encontrar de medio-luto? — Ella le preguntó muy seria que por qué él le decía eso, a lo cual "El Viejo" le respondió con toda su frescura: ¡Mijita es que yo vengo medio muerto!

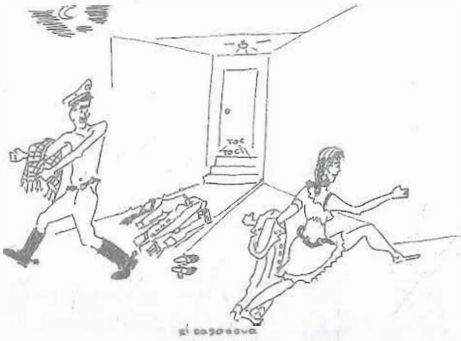
Resta decir que todos los presentes celebraron la ocurrencia con sonoras y repetidas carcajadas, las cuales aumentaron de tono cuando nuestro personaje le dijo a su señora que preparara un piquetico bien sabroso para sacarse el guayabo" y en acción de gracias porque había llegado sano y salvo. — Como lo oí, lo estoy contando.

Teniente Coronel (r) Gabriel Corredor Pardo, alias "Remache"

CABALLERO DE FINA ESTAMPA

Otro episodio de la misma época ocurrido a un oficial, cuyos apellidos y sobrenombre omitiré por respeto, a quien apodaremos "Casanova", bastante coquetón, y muy aficionado, según se decía, al servicio doméstico. — De acuerdo con el relato "Casanova" salía en las tardes, una vez terminado el servicio, muy bien ataviado y elegantemente abrigado en su fina capa militar de paño gris alemán a hacer su recorrido romántico por las calles aledañas al barrio.

En una ocasión, entrada ya la noche se encontró — previa cita— con una de sus conquistas y, como empezara a lloviznar, se guarecieron en el zaguán de una de las antiguas casas del sector cuya puerta estaba abierta y en medio de una obscuridad muy apropiada para sus devaneos amorosos. Cuando ya sus arrumacos estaban bien adelantados, la pareja percibió que alguien taconeaba cerca al trasportón y apresuradamente recogieron las prendas que habían puesto sobre el piso a manera de lecho y que cada cual pensó que



eran las suyas y salieron en estampida en direcciones opuestas. Luego de un recorrido a la carrera de varias decenas de metros "Casanova" paró para recomponer su vestuario y ¡oh sorpresa! ... ¡En lugar de su fina capa de paño alemán llevaba en el brazo un pesado pañolón negro con aromatizado olor a cebolla y ajo! —No se relató nada sobre el posterior canje de prendas, pero durante algún tiempo no se volvió a ver a nuestro "Casanova" luciendo su flamante capa—. Como lo oí, lo estoy contando.

Teniente Coronel (r) Gabriel Corredor Pardo, alias "Remache"

1947

CABALLERO ARTILLERO

En 1947 el que esto escribe era oficial de planta de la Escuela Militar de Cadetes, como instructor del curso militar.

Un día del primer trimestre de ese año, estaba practicando equitación fuera de la Escuela en recorrido por los cerros de Suba con afición destacada pero no con

el éxito demostrado por grandes equitadores como el Coronel Alberto Gómez Arenas, el Mayor Mario Oliveros, el Capitán Libardo Latorre, los Tenientes Alvaro Quijano Duque y Jesús Velásquez Carrillo y el Subteniente Hugo Gamboa Ramírez, cuando fui requerido con urgencia por el director de la escuela Coronel de Caballería Miguel Angel Hoyos quien se encontraba impaciente porque no aparecía y nadie decía saber dónde me encontraba, a pesar de que había dejado la información pertinente con el sargento comandante de guardia. Cuando regresé a la escuela todos los compañeros y superiores me comunicaron la inquietud que tenía el director porque deseaba hablar urgentemente conmigo y teniendo en cuenta de que yo no aparecía, se encontraba muy molesto.

Con gran susto me presenté en la dirección al Coronel Hoyos, quien me hizo fuerte recriminación por haberme perdido, sin aviso a nadie. Después de haberlo aclarado todo y explicado que de equitación se trataba, entramos en materia en relación con el motivo de la citación. El Capitán del Ejército Adolfo Amador Barriga y gran pedagogo había sido con razón seleccionado para ser comandante de un curso preparatorio que por reciente disposición superior había sido creado adscrito a la escuela y conformado por muchachos en edades de pubertad entre doce y dieciséis años. Todo estaba listo para iniciar este funcionamiento, cuando intempestivamente fue hospitalizado para una operación

urgente de apendicitis, el Capitán Amador que se encontraba preparado para iniciar su nueva labor, con cinco tenientes que habían sido cuidadosamente escogidos, siendo en orden de antigüedad Hernando Pérez Añez, Camilo Arenas Sandoval, Daniel Garzón Charry, Roberto León Borda y Hernando Bernal Durán. Ante esta nueva situación el director había decidido que yo asumiera el mando del curso, para lo cual contaba con todo lo preparado previamente, con los citados y quince cadetes de último año como brigadieres al frente.

Con tino y respeto traté de evitar ir a una posición que no me llamaba la atención, aduciendo especialmente la futura instrucción de artillería a los alféreces de entonces entre quienes recuerdo: Fernando Landazábal Reyes, Gustavo Matamoros D'Costa, Cayo Jiménez Mendoza, Carlos Rueda Larrota, Jaime Suárez Suárez, Manuel Rojas Ruano, y Cadetes Armando Orejuela Escobar, Alvaro Carrillo González, Primo González Nieto, Raúl Pulido, Miguel Rodríguez Casa, Raúl Martínez Espinosa, Alfonso Tavera Gaona, Carlos Leaño Gómez, Emiro Correa Hoyos, Mario Acevedo Escobar, Hugo Gamboa Ramírez y Julio Chaux. Pero no fue posible modificar la decisión de mi Coronel Hoyos, total que hubo necesidad de iniciar la nueva labor que fue motivada porque entre los alumnos se encontraban muchos hiperactivos como uno que recuerdo muy bien de apellido Maldonado que era como dicen las señoras " el patas" y que más adelante estuvo en el Batallón "Colombia" en Corea, y luego a

su regreso a Colombia fue muerto trágicamente en circunstancias poco claras.

Cuando el tiempo avanzaba y el Teniente Vanegas continuaba comandando el curso preparatorio, se había presentado el Capitán Amador después de una operación más o menos complicada, recibió el curso y no quería que el encargado regresara a su base sino que continuará en su lugar debido a su desempeño. El suscrito no compartía ese punto de visto por lo cual debió apelar al "apoyo de la pesada de artillería dentro de escuela, conformada por el Mayor Ernesto Carrasco, segundo comandante y el Mayor Rafael Lozano Agudelo, en aquel tiempo inspector de estudios, reforzados por el Capitán Enrique Muñoz Rivas, que orientó su acción para que pudiera regresar al Curso Militar, lo cual al final se logró no sin antes sufrir varias dificultades. El Capitán Muñoz Rivas fue un excelente oficial de caballería, primer alumno de su curso, al cual pertenecían de la categoría de Gerardo Ayerbe Chaux, Manuel Prada Fonseca, Marcos Arámbula Durán, José Ignacio Delgado Mosquera, Humberto Espinosa Peña, Ignacio Ortiz Pérez y Olivo Torres Mayorga, entre otros.

Concluyendo lo relatado y como experiencia para acoger, puede mencionarse lo siguiente:

No retirarse nunca del cuartel, sin dar aviso confirmado a los superiores respectivos que ostenten la responsabilidad de la unidad.

No dejar de buscar la obtención que se persigue cuando se cree tener la razón.

No olvidar que la destinación de un oficial a la Escuela Militar de Cadetes, constituye una distinción que pesa y que es preciso considerar y administrar.

Brigadier General (r) Armando Vanegas Maldonado

1948

DEFENSA DEL HONOR MILITAR



En la década de los años 40, siendo el que esto escribe subteniente perteneciente a la Escuela de Artillería cuyo comandante era el Teniente Coronel Rafael Sánchez Amaya, (más tarde Ministro de Guerra) ocurrió dentro del medio militar un hecho muy connotado que causó en su tiempo un impacto nacional. El Teniente José María Cortés, perteneciente al Batallón de Infantería No. 11 "Ayacucho", de Manizales tuvo un altercado con un periodista del diario "La Patria" Eugenio Galarza Ossa, quien lo ofendió en materia muy grave por lo cual tuvieron un encuentro trágico y

lamentable, como consecuencia de lo ocurrido el periodista falleció por causa de tres impactos de bala de un revólver accionado por el oficial.

La solidaridad de la prensa con el periodista muerto en este incidente fue total en el país, y los ataques propinados al Teniente Cortés y por ende al Ejército se dejaron sentir de manera muy intensa. Pasados unos meses cuando las cosas estaban más o menos calmadas, en el Ejército se adelantó una contribución pecuniaria con el fin de allegar unos fondos para cubrir los honorarios de uno o dos abogados destacados en el área de criminología en beneficio de la defensa del oficial citado.

Las gestiones adelantadas surtieron efecto positivo porque se consiguió quizás al abogado más destacado del momento en el país, doctor Jorge Eliécer Gaitán, quien aceptó hacerse cargo de la defensa, como efecto ocurrió.

En el Ejército hubo gran satisfacción como consecuencia de haberse logrado la colaboración de este sobresaliente abogado y como agradecimiento se le hicieron homenajes, uno de los cuales consistió en una elegante cena servida en las instalaciones de la Escuela de Artillería que como atrás se expresa era comandada por el Teniente Coronel Sánchez Amaya, quien ofreció de manera elocuente el homenaje, habiendo obtenido una respuesta llena de contenido profesional del doctor Gaitán, quien además no desperdició la oportunidad para

obtener dividendos políticos con las Fuerzas Militares, toda vez que estaba ya preparando para el futuro su campaña proselitista hacia la Presidencia de la República la que logró consolidar en las elecciones de 1946, siendo sus contendores de entonces los doctores Mariano Ospina Pérez ganador de la elección y Gabriel Turbay. Además de la motivación anterior el doctor Gaitán logró llegar muy cerca del corazón de los asistentes en donde el número de concurrentes era mayor en el campo de los subalternos.

Con sentido del humor y gracejo del destacado hombre público citó muchas frases construidas por él para el hacer notar especialmente su compenetración con el Ejército que según arrancó en Italia cuando era estudiante que adelantaba una especialización en derecho penal en una de las valiosas universidades romanas. Las anécdotas relatadas con gracia y simpatía se dejaron sentir una tras otra, una de las que dejó más impacto fue la referente a lo que oyó en un medio universitario italiano cuando se hablaba de personalidad, y estaba enfocada hacia subalternos del Ejército que trataban de hacer gala sobre esta virtud, cuando quien dirigía todo el proceso dijo: "Cuál personalidad señores, quiero recordarles que en el Ejército la personalidad no opera sino de capitán para arriba.

Esta cita en su conjunto revalúa el interés de los artilleros por todo lo que atañe al Ejército y en segundo termino la oportunidad para los subalternos al tener la ocasión

de alternar con una personalidad a escala nacional como lo era en aquel tiempo el doctor Jorge Eliécer Gaitán.

Brigadier General (r) Armando
Vanegas Maldonado

SALVANDO DEMOCRACIA SARGENTO

Un poco antes de la media noche del 9 de abril, uno de los dos señores que habían estado cooperando en el comando y que a la vez eran como intermediarios entre las autoridades civiles, los ministros y el comando de la brigada, me informó que se había resuelto llevar al ministerio al canciller, doctor Laureano Gómez; que parecía que era el momento de hacerlo, toda vez que en esos momentos los revoltosos en su mayoría bastante subidos de tragos, se dedicaban al incendio y al saqueo y que los francotiradores estaban muy agazapados en sus puestos para evitar que el fuerte aguacero que estaba cayendo los mojará demasiado.

Como primera medida investigué quién o quiénes habían resuelto que el doctor Gómez se trasladara al Ministerio de Guerra y fui informado de que el doctor Luis Ignacio Andrade, miembro del Gabinete Ejecutivo y quien se encontraba en el Ministerio con el doctor Hernando Anzola Cubides, también ministro, había estado en contacto telefónico y por medio de algunas personas, con el Palacio Presidencial y con altos personajes y que habían acordado que el canciller pasara del sitio

privado en donde se encontraba al Ministerio de Guerra.

No era yo quien tenía la responsabilidad respecto a lo acordado por los ministros y por el jefe del Estado, por lo tanto mi duda sobre este particular quedaba resuelta. Pero si era yo, como comandante de la guarnición, el indirectamente responsable de lo que pudiera pasarle nada menos que al doctor Laureano Gómez, tanto en el desconocido para todos, lugar en donde se encontraba, como en el trayecto de tal sitio al Ministerio de Guerra.

¿Queda muy distante de aquí el lugar en donde se encuentra el canciller? Pregunté al caballero que me solicitaba el traslado del doctor Gómez al ministerio — no mucho mi general — me respondió — y yo iré hasta ese sitio en el vehículo que lo ha de traer, para indicar en dónde se encuentra.

Transportar en un vehículo con escolta, en un carro blindado, en un tanque, a un personaje importante, teóricamente no tiene ninguna importancia; pero llevar en un vehículo, a esas horas, en esos momentos y cuando apenas hacia unas cuatro horas, que nada menos que en un tanque, había sido asesinado el Capitán Serpa; cuando la chusma, a pesar de la inconsciencia producida por el alcohol, buscaba a los jefes conservadores para vengar en ellos la muerte del doctor Gaitán; cuando el doctor Laureano Gómez era aún más buscado que el mismo Presidente de la República para vengar en dicho caudillo y canciller no solo los odios

del momento sino los de los muchos años; llevar, digo, en tales circunstancias al doctor Gómez era cuestión que requería prudencia, rapidez y sobre todo, la lealtad incondicional de quien manejara el vehículo que debía transportarlo.

A pesar de la lluvia me acerqué a un tanque parqueado en el patio del Ministerio; pregunté por el conductor del mismo y cuando lo enfoqué con mi linterna, el sargento Serna, en posición firme, contestó: "a sus órdenes mi General Bayona". Al ver a ese antiguo suboficial no dudé ni un instante y le ordené: "Lleve a este señor, (al caballero que conocemos) al lugar que él le indique y traiga en su reemplazo al señor que este caballero le dirá". "Como ordene mi general", respondió Serna. "Suba por aquí", le dijo a su pasajero, prendió el vehículo y salió rápido a cumplir mi orden, mientras yo, con mi ayudante y con otros dos, nos favorecíamos del fuerte aguacero en el corredor de dicho patio.

Uno de ellos me dijo: "mi general, ¿qué tal que el sargento Serna en lugar de traer al doctor Gómez al Ministerio lo lleve a otra parte?, usted mi general al verlo, no dudó ni un segundo y le depositó toda su confianza, sobre todo cuando él le dijo: ¿que ordena mi General Bayona?"

Evidentemente, le respondí. Conocí a Serna cuando yo era comandante del Grupo San Mateo, en Caldas, Antioquia, y él era cabo primero en el grupo; estaba de novio y cuando por sus buenos servicios lo hice nombrar para que hiciera los cursos de motorización

en dicha Escuela, él me manifestó que deseaba casarse, que por lo tanto no quería salirse del grupo sino permanecer y seguir ahí en Caldas. Yo lo convencí de lo bueno que era para él el curso y le prometí que cuando regresara con sus nuevos conocimientos, su diploma, su licencia y un nuevo grado podía casarse y que yo le ayudaría en todo eso. A la novia la veía con frecuencia pues vivía cerca de mi residencia, lo mismo que a la suegra, pues ambas fueron especiales con mi esposa y con mis pequeños hijos y por eso les teníamos inmenso cariño. Serna volvió, ascendió y se casó; mi señora y yo fuimos sus padrinos; mucho lo estimé por sus excelentes servicios y él conmigo ha sido siempre especial; luego nadie mejor que él para cumplir la delicada misión que le encomendé. Ellos me manifestaron: "Usted tiene más razón que nada, mi general".

No tuvimos que esperar mucho tiempo, cuando vimos que el tanque entraba al patio del ministerio y se colocaba muy cerca del corredor, como para que el pasajero sufriera lo menos posible los rigores del violento aguacero que en esos momentos caía. El Sargento Serna salió del tanque y en posición firme dijo: "cumplida su orden mi general". Y a continuación abrió la ventanilla para que saliera el caballero que había traído.

Muy emocionante para mí y creo que para los que me acompañaban, ver salir por la torrecilla del tanque, la cabeza del doctor Gómez, pero, lo que fue la sacada del mismo, resultó muy difícil. Haciendo

verdaderos esfuerzos, el Sargento Serna y yo lo sacamos casi en peso y cuando parecía que ya salía, no cabía por el hueco de la ventanilla. Hubo un momento en que a pesar de la corpulencia y fuerza de Serna, dicho suboficial se sintió tan impotente que sin saber de quién se trataba, no se pudo reprimir y le dijo: "Oiga carajo! Ayúdenos un poquito, hágase el delgadito".



En un momento, mientras yo pensaba cómo habían hecho para meter al canciller entre el tanque y cómo podíamos hacer para sacarlo, el gran esfuerzo del doctor Gómez, y del sargento, lograron que pudiera salir del interior del carro de guerra. Difícilmente y casi en peso, fue bajado del vehículo y se dirigió inmediatamente a la oficina o despacho del ministro de guerra.

Aprovechando el tanque, el Capitán Orejuela salió en él y subió por la calle 26 y tomó la carrera 7a. y con gran precisión de las

ametralladoras, callaron, al poner fuera de combate a tres policías francotiradores ubicados en casas al oriente de la carrera séptima, que desde hacía ya un buen rato no dejaban de disparar contra los corredores del ministerio y las dependencias de la Brigada, y aún contra nosotros.

General (r) Ricardo Bayona Posada

Tomado del libro "Recuerdos de un Ochentón"

1952

DE LAS EFUSIVAS LIBRAME, UN POCO

Transcurría el año de 1952 y era Comandante del Batallón No. 4 "San Mateo" el Teniente Coronel Alfonso Ahumada Ruiz dependiendo con su unidad de comando de la Cuarta Brigada con sede en Medellín. El teniente coronel representaba junto con el comandante del Batallón No. 11 "Ayacucho" de Manizales al comando de la brigada, unidad que colaboraba en todo lo relativo a la realización de un variado programa que se realizaría en esa ciudad con motivo del centenario de su fundación, auspiciado por la gobernación de Caldas y la alcaldía de Manizales.

El Coronel Ahumada asistió muy puntualmente a las primeras reuniones pero después delegó su representación, impartiendo para los efectos instrucciones precisas, del Capitán Armando Vanegas Maldonado perteneciente al mismo

Batallón "San Mateo", quien siguió asistiendo hasta el final a estas, logrando obtener aprobar el programa general, hubo varios aspectos de lógica que se consideraron siempre, como el de adelantar los actos prioritarios en un solo día con el fin de permitir asistir con comodidad y economía a las gentes de la provincia caldense.

Siendo esto así se programó un desfile militar que contemplaba el Batallón "Ayacucho" como base, dos Baterías del Batallón "San Mateo" y una compañía reforzada de la Escuela Militar de Cadetes al mando del Capitán Guillermo Ramírez Castañeda, desfile que pisaba las últimas horas de la tarde por los motivos atrás citados y que empataba a continuación con un hermoso y variado acto de fuegos artificiales muy llamativos, enfocados para deleite de todos los públicos.



Yo fui invitado a la tribuna principal ubicada en la Plaza de Bolívar al frente de la gobernación y de la Catedral de Manizales para presenciar inicialmente el desfile y con posterioridad los fuegos artificiales, tocándome de vecina una señora ya mayor con su esposo,

padres por otra parte de un distinguido bogado conocido a nivel nacional.

La señora en cuestión era muy emotiva y entusiasta especialmente durante los juegos artificiales y esa emoción la autorizaba para decir en tono de voz notoria "¡Eh ave María mi capitán que cosa tan Hermosa! - adicionando un golpecito en la rodilla de mi pierna vecina a ella, que al principio era tenue pero que a través del desarrollo de la presentación de las figuras más llamativas, aumentaba en intensidad la expresión (siendo la misma todo el tiempo) y desde luego los golpes que yo pacientemente me había propuesto aguantar hasta el final como en efecto ocurrió, dejando mi oído desgastado, y lo que era peor mi rodilla casi averiada, discurriendo todo dentro de la mayor cordialidad.

Comentando posteriormente lo ocurrido con el Coronel Ahumada que finalmente no concurrió a esa parte del programa, me dijo: "eso le pasa por pendejo al no cambiarse de puesto desde el comienzo de la operación rodilla". Cuando he visto posteriormente a esta distinguida matrona que aun vive, es muy difícil para mí no acordarme del episodio.

Cabe anotar que los comentarios del desfile adelantados con frases similares, elogiando a la escuela Militar fueron golpecitos en la rodillas.

Como medida de experiencia futura, conviene recomendar que para desfiles militares y fuegos artificiales, se evite ubicarse en

la tribuna respectiva en la vecindad de damas muy distinguidas pero acompañadas de costumbres inusuales por demás con ingredientes campesinos.

Brigadier General (r) Armando
Vanegas Maldonado

ME GANARA EN INTELIGENCIA PERO NO EN FUERZA

Necesariamente, si hablamos de artillería de montaña, hay que tratar de mulas, su medio de transporte; en la vieja Escuela de Artillería había una alazana, grande y resabiada que se apellidaba Bavaria y que generalmente se empleaba para llevar la cuna, la sección más pesada del cañón. Un día la maldita mula, amaneció más resabiada que nunca, no se dejaba dominar por nada del mundo, pero afortunadamente mí capitán que



... maldita mula, usted me ganara en inteligencia, pero no en fuerza...

era un hombre fuerte y de recios modales, la tomó por las orejas, le inclinó la cerviz, le puso la trompa contra la tierra, la dominó y le dijo: "maldita mula usted me ganará en inteligencia, pero no en fuerza".

Este mismo superior era quien tenía como máxima de mando: "entre más absurda sea la orden tiene más razón el comandante".

Mayor General (r) José María Rivas
Forero

UN INFANTE ENTRE LOS ARTILLEROS

Cuando se hablaba de hombres templados para la guerra, había que mencionar al paisanito Marín, quien como capitán de infantería fue a parar al Batallón "Tenerife" en donde se convirtió en el hombre de los malos chicharrones y las pésimas galletas. Con su genio andaluz y su figura gitana de buen veleño, cumplía las órdenes a la perfección, además, porque le gustaba. Yo fui su ejecutivo en una misión de registro al área de Marquetalia en las cabeceras del río Atá sur del Tolima, con una batería de cañones de 75 mm. Salimos de Neiva a media noche en unos camiones hasta el Carmen de Palermo, allí iniciamos la marcha a pie por un camino de montaña, en algunas partes empalizadas y cruzamos la línea, para caer a Gaitania, de un solo tacazo, generalmente la marcha se hacía en dos etapas con descanso en la finca del cura español Fermín de Larrazábal, amo y señor de la región, dueño de varias, fincas y haciendas, capellán de las ruinas del pueblo de Gaitania destruido por la violencia, en donde habían levantado un tambo que dizque era la iglesia. Rendidos, capitán, ejecutivo y tropa, lavados y embarrados hasta el alma, nos botamos en ese tambo a descansar; el cura

fue a sacarnos y a mi capitán se le salió el atravesado de su tierra y lo mandó al carajo. Como una hora después de la pelea mi capitán me despertó y me dijo: paisanito, paisanito, la sorpresa, iniciamos ya el patrullaje.

Levantamos la tropa, la formamos y el paisanito insistió: arriba la mano los berraquitos que quieran entrar conmigo al objetivo. Yo con los pies ampollados y las botas rotas fui el primero en levantarme, para que me acompañaran solamente veintidós "berraquitos". Con las prendas y las armas buenas de los "cobardes" que dejamos en el pueblo nos equipamos y apertrechamos, para emprender la acción. Ocho, diez días recorrimos montes y cañadas y a excepción de uno que otro indio Paez no encontramos a nadie; parecía que los bandoleros se habían ido hacía rato a una reunión al otro lado de la cordillera en las cabeceras del río Arroya.

Regresamos al batallón como unos héroes aunque no habíamos hecho más que hechar pata. El comandante teniente coronel en vez de felicitar al capitán de infantería, lo recriminó porque lo había enviado con ciento veinte hombres y sólo había empleado veintitrés. Con su característica franqueza, él le aclaró, un momento mi coronel, pues muy sencillo, usted me mandó con ciento veinte hombres y entré con veintitrés - ¿Qué es menos malo para usted, que le maten ciento veinte hombres y le roben ciento veinte fusiles o que le maten veintitrés y se pierdan solo veintitrés fusiles? - Pero el vía crucis siguió para el paisanito porque

el cura Larrazábal, lo acusó ante el comandante del Ejército, mi General el "Chiqui" Ospina (por ser chiquinquireño). El paisanito compareció ante el ilustre jefe quien le dijo: ¿Que pasó Marín, por qué el Padre Fermín de Larrazábal es íntimo amigo del doctor Laureano Gómez, Presidente de la República? - El Paisanito hizo un gesto y le replicó al general: "No sé cómo será la cosa, mi General, porque entonces el señor presidente está muy mal de amigos".

El paisanito sigue hoy campante por las tierras santandereanas en su mula castaña, con su jipijapa blanco con cinta negra y su revólver 38 largo Smith & Wesson, trinquete grande, Sánchez-Amaya, tercera entrega.

Mayor General (r) José María Rivas Forero

LAS COSAS DEPENDEN DEL CRISTAL A TRAVÉS DEL CUAL SE MIREN

El telémetro, aparato indispensable para el levantamiento topográfico de la carta de tiro, había que manejarlo con especial cuidado, porque se tomaba el antejo al revés, las cosas se apreciaban muy lejos. Siendo cadetes y aspirando a ser artilleros teníamos como instructor de arma a mí Teniente "Bombita" o "Guagua", a quien apodábamos así más por miedo que por estimación, mi compañero el Indio Nossa, se equivocó al mirar por el antejo del telémetro, observó al teniente muy distante y musitó:

"allá viene ese guagua maldito a comenzar a joder". Este, estaba a su lado y cual sería su enojo que el Indio Nossa, salió de Infantería.

Mayor General (r) José María Rivas Forero

1954

CELEBRACION Y SORPRESA

Fue un día del segundo semestre de 1954 en el batallón antiaéreo, ubicado en ese entonces en donde hoy está localizada la Escuela de Artillería, se celebraba el licenciamiento del primer contingente de 1953.

En uso de la palabra el señor teniente coronel comandante del batallón, resaltó la importante labor desarrollada durante su servicio militar por el grupo de jóvenes que regresaba a la vida civil, especialmente en el departamento del Tolima en donde habían llevado a cabo operaciones para el restablecimiento del orden público y como consecuencia de lo cual uno de sus integrantes había ofrendado su vida. Mencionó entonces su nombre, Soldado García Luis Antonio.

Cuál no sería la sorpresa de militares y civiles presentes en la ceremonia cuando desde el fondo de la formación del bloque de reservistas y en medio del silencio y disciplina propios de actos de esta naturaleza, se escuchó clara, energética y nítidamente una voz

juvenil que gritó, con todas sus fuerzas, "firmes, mi coronel".

Luego de un inicial desconcierto y de las consiguientes risas y sonrisas, se aclaró lo ocurrido: quien contestó era homónimo del soldado sacrificado que, al escuchar su nombre, sólo acertó a cumplir con la norma, reglamentaria de responder al llamado de superior.

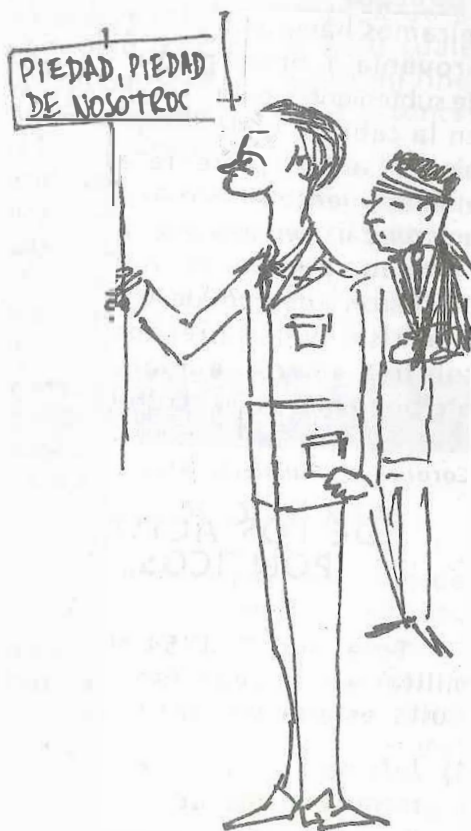
Coronel (r) Humberto Alzate Cardona

PIEDAD, PIEDAD DE NOSOTROS

Lugar: Escuela de Artillería de Loyola y Batallón Antiaéreo de la Picota; comandantes: Coronel Luis Carlos Turriago y Teniente Coronel Manuel Prada Fonseca; año 1954. El batallón antiaéreo se había organizado con diferentes unidades, quienes en junio de 1953 habían llegado de Panamá en donde adelantamos el primer curso de artillería antiaérea. La escuela y el batallón tenían jóvenes, de cursos muy cercanos, todos amigos y compañeros muy sinceros, después de la labor diaria nos reuníamos ya en la Escuela ya en el batallón y allí departíamos alegremente para relajar nuestro espíritu después de las agotadoras jornadas del servicio. En cierta ocasión se programó un partido de baloncesto, que se llevaría acabo en el batallón; el entusiasmo creció tanto, que se formaron barras así de la Escuela como del batallón; los tambores, trompetas, platillos y entusiasmar a sus equipos y a sus barras. El día del partido un sábado, todo

era euforia, ruido, alegría, entusiasmo y animación; todo hacía presagiar un partido muy reñido porque cada equipo se consideraba superior al contrario por lo tanto con derecho a llevarse el trofeo del triunfo.

Comienza el partido; las barras se movían, todo es emoción, entusiasmo, algarabía, voces de ánimos para su equipo, la exaltación fue creciendo y sin que recuerde qué equipo ganó, lo que sí fue cierto es que todo terminó en gresca entre soldados y suboficiales de la escuela y del batallón, una oportuna voz de mando del oficial de servicio, fue suficiente para que todo terminara.



Los pasamos al casino y después de unos tragos, los amigos sinceros se convirtieron en contradictores, vinieron las discusiones, los golpes, la rotura de muebles y el caso terminó a altas horas de la noche con la actuación del oficial del servicio.

Dos días después, lunes, el comandante de la Escuela invitó a los del antiaéreo a una reunión formal para llamarnos la atención y hacer una crítica al comportamiento de los subalternos. Había iniciado ya la reunión pero notamos que ningún subteniente de la Escuela había asistido. De pronto sin redoble de caja y un toque de trompeta llamó la atención de los asistentes, miramos hacia el lugar de donde provenía y entonces un desfile de subtenientes averiados con vendas en la cabeza, en los brazos, y las piernas se hizo presente: adelante el Subteniente Alvaro Arenas, con una pancarta en una asta que decía: "piedad, piedad de nosotros". Desfilaron y después de los aplausos y las risas, vino la reconciliación con una amena reunión, que se prolongó más de lo acostumbrado.

Coronel (r) Humberto Alzate Cardona

DE LOS ACTOS POLITICOS

En el año de 1954 el mando militar en el departamento del Huila estaba integrado así:

- 1) Jefe civil y militar del departamento **Brigadier General Ezequiel Palacios Iragorri.**

- 2) Segundo comandante del batallón, Mayor Armando Vanegas Maldonado. En aquella época de "Bárbaras Naciones" la política partidista, como seis u ocho años antes y unos cuatro después se había apoderado del interior de la Institución Armada, desafortunadamente, ya extirpada ojalá para siempre.



El orden público y la inquietud política eran muy movidos en el Huila, por lo cual todos teníamos una ardua labor que cubría entre otras cosas, la mayor parte del territorio del departamento.

La manera como marchaba la acción de la jefatura militar y el comando integral del batallón eran un connotado entendimiento.

Al finalizar una tarde cualquiera con el visto bueno del comandante del batallón, quien esto escribe se desplazó a pasar revista de orden público a varios municipios del suroriente huilense, como Campoalegre, el Hobo Rivera y

Algeciras. Precisamente cuando llegué a este último municipio fui informado por un sargento de la policía quien además de sus funciones de alcalde, era el comandante de unos pocos agentes que prestaban la seguridad inmediata en el municipio en el que unas horas antes se había presentado un incidente grave en el área urbana, del cual eran protagonistas dos importantes personas a quienes se había logrado someter a la fuerza estando detenidos en la cárcel local, con toda la seguridad.

Le dije al sargento, después de conocer los nombres de las dos personas, que deseaba conversar con ellos en el sitio de su reclusión, no gustándole nada mi determinación, pero a regañadientes aceptó lo pedido.

Mi sorpresa fue grande cuando llegué a la cárcel encontrando a los detenidos masacrados y golpeados de manera inclemente en sus rostros y cuerpos. Se trataba del doctor Jaime Ucrós García, que era en ese momento Representante a la Cámara... y un señor Cabrera, persona señalada en el medio social, económico y político de la región.

Los dos pertenecían al partido liberal. Como atrás anoto, mi sorpresa y perturbación ante ese hecho fue grande, tratando de comunicarme con la jefatura civil y militar o el comando del batallón pero no fue posible por lo avanzado de la hora (siete de la noche).

Sabiendo que estaba tomando una decisión expuesta para mí,

ordené contra la rebeldía del sargento poner en libertad a los detenidos, considerando muy especialmente su preocupante estado físico.

Como lo preveía, lo actuado con estos detenidos me trajo consigo un traslado relativamente rápido, del Batallón "Tenerife" a comandante del puesto avanzado de Leticia, como se denominaba entonces.

Para el suscrito, bajo el punto de vista personal este movimiento fue favorable porque salía de una zona muy convulsionada a un lugar eminentemente tranquilo, pero en el plano profesional fue desventajoso por obvios motivos especialmente por haber adquirido "estigmas" que me alejaron de cursos en el exterior a los cuales creía tener derecho por mi línea de carrera, llevada hasta entonces.

Moraleja: nada más nocivo para la Institución Militar que la política partidista penetre en su interior.

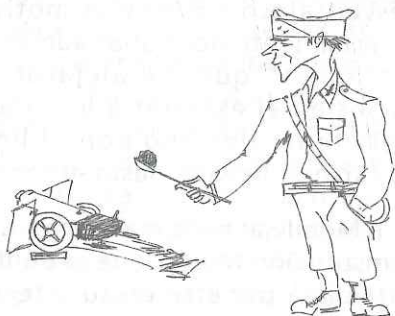
Brigadier General (r) Armando
Vanegas Maldonado

1955

UN LOCO GENIAL

Terminadas las guerras del Sumapaz, quedó una batería (cuatro cañones) en el sitio de La Playa, a donde llegó como comandante el Teniente Gutiérrez, El Loco, quien se dedicó hacer tiro con un gran gasto de munición. El comando de la Escuela de Artillería, destacó a un artillero de los mejores, para

que le pasara una revista. Este sabía que el loco era negado para la técnica y decidió darle una clase. Determinó un objetivo; entraron en posición las piezas; se hizo el levantamiento topográfico; funcionó el Centro Director de tiro; se dio la elevación, la situación, la carga; el observador adelantado pidió fuego; sobre el primer tiro se hizo el reglaje considerando el rectángulo de dispersión y corrigiendo la horquilla. Así transcurrió el día entre tiro y tiro, uno corto, a la derecha, a la izquierda, y el objetivo permaneció incólume. Al día siguiente el Loco dijo, hoy sí me toca, mi mayor.



Se paró frente de la pieza, le ordenó a los sirvientes apuntarle al segundo botón de la camisa, dar elevación, nivelar, sacarle dos cucharadas de pólvora a la tercera carga y disparar. El objetivo un pino solitario ubicado a tres mil quinientos metros de distancia voló como Ricaurte en San Mateo, no convertido en átomos sino en astillas. El Loco fue un artillero práctico que nunca entendió la técnica de la milésima, disfrutó de su artillería, pero costó mucha munición.

Mayor General (r) José María
Rivas Forero

1956

CENIZAS AL VIENTO

En los modestos pero acogedores cuarteles del Batallón "La Popa", en Barranquilla, a orillas del río Magdalena, por allá en 1956, trabajábamos y departíamos con Jaime Hernández López en nuestra feliz y ya lejana época de subtenientes. ¡Qué tiempos aquellos! Total dedicación a los actos del servicio, pero sin descuidar ni desaprovechar la juventud, ni el ambiente, la paz y la tranquilidad allí reinantes.

Jaime tenía una novia muy linda, lindísima según él, que se encontraba en el interior del país. Le escribía día de por medio al Guamo, Tolima, en donde residía con su familia. Su padre era el comandante del batallón que tenía su sede en ese entonces en dicha localidad.



Me leía las cartas, de las cuales dejaba fiel copia en un cuaderno cuadrulado de quinientas hojas. Tenía mucho cuidado de que las pendejadas que decía un viernes no fueran las mismas del lunes. Yo paciente y amigablemente le

seguía la corriente. Un buen día Jaime fue enviado a Bogotá en comisión del servicio. La premura del tiempo y la tarea encomendada no le permitieron siquiera pensar en viajar hasta el Guamo y verse con su amada, a pesar de la traga tan tremenda.

Eso sí, de alguna manera se las arregló y localizó en el Comando del Ejército, al estafeta del Batallón "Cazadores" (el mismo batallón hoy desalojado de su sede en San Vicente del Caguán). Con él le envió a la novia el disco de los boleros de moda y unas uvas (dijo que dos libras, pero pienso que fue solamente una, a juzgar por los precios de tal fruta en la época y el grado de "desprendimiento" de Jaime). El estafeta viajó el viernes por la tarde.

Estando Jaime a punto de regresar a Barranquilla recibió la orden de permanecer en Bogotá hasta el martes, cosa que aprovechó de inmediato para bajarse el sábado al Guamo, lleno de amor desesperado. No bien hubo llegado, le informaron en la guardia del batallón que el comandante ni la señora estaban, dirigiéndose por tanto a la casa de comando. Tocó y mientras le abrían se peinó las cejas una y otra vez, hasta cuando apareció la sirvienta que le informó que la niña no estaba, que había recibido el regalo, pero que se encontraba en ese momento en el casino.

Mientras se dirigía al casino se arregló nuevamente, una y otra vez sus cejas para acomodarlas en su lugar, cosa que no logró a pesar de untarles saliva con los

dedos. Llegó tan rápido cuanto pudo y no tuvo necesidad de preguntar por ella. Allí estaba, radiante y bella como siempre, bailando animadamente con otro subteniente, también de apellido Hernández, ayudante de comando, Adolfo de nombre y, para rematar, compañero de curso.

Bailaban al compás maravilloso de un bolero de moda, del disco traído por el estafeta. "Me gusta todo lo tuyo, todo me gusta de ti", le susurraba el cantante a la pareja.

No se puede decir propiamente que los encontró con las manos en la masa, pues las partes del cuerpo humano reciben otros nombres. Todo terminó. Jaime regresó a Barranquilla sensiblemente destrozado. Me contó lo ocurrido y, cuando recordaba escenas y detalles, no le miraba a la cara por no verlo llorar. Mencionó lo de las uvas y fui yo el que estuve a punto de llorar (de la R) cuando dijo "Imagínate que delante de mí se siguieron comiendo las uvas y no me ofrecieron, que tacañería".

Me invitó a ahogar el cuaderno en el Magdalena, pero yo le hice ver que no era conveniente contaminar más el río con tanta m que había escrito. Aceptó mi consejo y acto seguido tomó una feliz y musical decisión: quemaré —dijo y arrojaré las cenizas al viento, para que no quede - agregó mirando hacia el Guamo — Lilia, de ti ni siquiera el recuerdo.

Brigadier General (r) José Alirio
Alvarado Hernández

LOS HIJOS DE TIGRES SALEN PINTADOS

Los hijos de los comandantes han cargado la fama de ser chinos jodones. Esta situación se ha presentado, se presenta y se seguirá presentando en todas partes, en todas las épocas y en todos los casos. Son contadas las excepciones y, cuando no son ellos, son otros miembros de la familia lo cual es peor, aún.

En el Batallón "La Popa" en Barranquilla, hace varias décadas, de vez en cuando se presentaba esta situación. Digo de vez en cuando por cuanto la residencia del comandante quedaba al otro extremo de la ciudad y el jovencito de marras aparecía con poca frecuencia, pero cuando lo hacía, válgame Dios.

Un Sábado, al medio día estábamos Jaime Hernández y yo frente a la oficina de comando. Se nos acercó el "criaturito" de marras, tenía aproximadamente ocho años y, empezó la función sin previo aviso.

La emprendió contra Hernández, a quién le gustaba torearlo. Le quitó el gorro. Lo empujó. Lo tomó del cinturón y le hizo dar media vuelta. Al fin, como se dice, a Jaime se le salió la piedra. No obstante una buena recriminación, el niño siguió peor, y Jaime terminó dándole un coscorrón. Uno seco, de esos nítidos y sonoros. Le dolió al "chino" y le dolió bastante. No hay duda alguna. Pero el chino era berraquito y se aguantó. Intervine terciando, aparentemente a favor del niño. Le sobé la cabeza una y otra vez,

mientras le decía a Jaime que se le había ido la mano, que eso no se hacía, que era apenas un niño y que le había pegado muy fuerte. Y, conseguí lo que quería, el niño enternecido se puso a llorar.

En ese preciso momento se abrió la puerta del comando y salió el coronel, quién al ver a su hijo llorando le preguntó: ¿qué le pasaba? - ¿Por qué lloraba? - El niño con lágrimas en los ojos miró a su padre y con voz entrecortada le dijo: "Hernández me pegó". Me puse firmes, levanté la mano al cubrecabezas y dije: permiso me retiro mi coronel, alejándome del escenario.

Nunca supe qué pasó. Pasó algo con absoluta certeza, pues Jaime Hernández me quitó el habla, o dicho de otra forma, cortó conmigo toda comunicación por una o dos semanas.

¿Si eso le pasó a Jaime Hernández siendo el hijo del Ministro de Guerra, pueden imaginarse, lo que me hubiera sucedido a mí?

Brigadier General (r) José Alirio
Alvarado Hernández

LOS POLLITOS

Corría el año de 1956 y una Batería del Batallón "San Mateo", hacía parte de una fuerza de tarea que, al mando del señor Mayor Jesús Antonio Santamaría Vargas, estaba de guarnición en Puerto Berrío y con jurisdicción en el Magdalena Medio. Entre los integrantes de esa unidad hacía

parte un Sargento de apellido Jiménez, quien una noche se emborrachó, se enloqueció y peleó con la policía, hasta que fue recluido en un calabozo, de donde se evadió. Ante esta circunstancia, el señor mayor comandante de la fuerza de tarea lo envió a Pereira, sede del batallón en calidad de detenido. El sargento tomó un tren rumbo a Medellín y, en esa ciudad, recorriendo el comercio, observó que vendían pollitos de colores y resolvió comprar tres para llevárselos al comandante del batallón, ya que él sabía que era amante de los animales.



Para aquel entonces el comandante era el señor Teniente Coronel Luis Enrique Gil Martínez. Habiendo llegado al batallón el Sargento Jiménez, se presentó al comando y fue recibido por el comandante, quien lo reprendió por las faltas cometidas.

Mientras esto sucedía en los predios del batallón finca "Maraya", un lugar de descanso

por varias razones; tenía una casa con siembra de plátano, yuca y verduras; algunos animales, como gallinas y una vaca para ordeño, y estaba cerca al río Consota.

El sargento asumió sus funciones como responsable del lote 54 y, lógicamente, llevo los tres pollitos de colores para mantenerlos y cuidarlos allí. Esa noche un zorro se comió los tres pollitos. El suboficial, al darse cuenta, fue a la ciudad y compró tres y un tarro de pintura, e introdujo a los pollitos allí, para colorearlos; como la pintura no era de agua sino de aceite, a medio día - con el sol- los pollitos estaban solidificados, tiesos y pegados al suelo, pues no podían caminar. Cuando el señor comandante llegó con su familia a mirar los pollitos de colores, encontró tres pollitos engarrotados y pegados al suelo. De inmediato el comandante se salió de las casillas y ordenó detener al Sargento Jiménez. Hacían parte del batallón, entre otros, el Subteniente Jeremías Valbuena Navarro, el Subteniente Diego Rojas Basto, el Teniente Germán Mesa Montealegre, el Teniente Andrés Ballesteros Posada y el Teniente Julio Linares Silva, Teniente Nazario Angulo Patiño, Teniente Jairo Restrepo y Subteniente Jaime Garavito Martínez.

General (r) Luis Eduardo Roca
Maichel

La declaratoria de guerra que Colombia le hizo al eje Berlin-Roma-Tokio en la Segunda Guerra Mundial, coincidió con la falta de munición para los Skoda y la dificultad para conseguirla, pues Checoslovaquia tierra natal de los

cañones, había caído bajo el dominio de Hitler. Una comisión constituida por un general y un mayor, artilleros de cuyo nombre no quiero recordarme, fue destacada a Europa para conseguir el precioso y explosivo alimento de los cañones, en alguno de los países todavía libres. Trabajaron intensamente los distinguidos, y en Suecia y Suiza, consiguieron las municiones Boffors y Rexim de calibre 75 mm, tal cual para los cañones, pero con una carga de proyección en unas vainillas más largas que las normales. Entonces, para que la munición sirviera se adaptaron los cañones, les agrandaron las recámaras, destemplaron el acero, acortaron el estriado, les cambiaron las características, se los 'tiraron'. Tengo entendido que los dos ilustres compradores de munición, aprovecharon el viaje para comprar unos zapatos italianos que les quedaron chiquitos y que para que les quedaran buenos pensaron en cortarse los dedos de los pies.

Mayor General (r) José María
Rivas Forero

FUEGO SIN RESPONSABILIDAD

Después de la "adaptación" de los cañones y en la época de mi general jefe supremo y artillero se programó en Melgar una demostración del arma para el alto gobierno, las representaciones diplomáticas, los mandos militares. Este ejercicio lo dirigía el más artillero de todos, en esa época. Se llevó el material a Melgar, un batallón

antiaéreo de cañones de 40 mm y ametralladoras múltiples, una batería de morteros de 120, una batería de obuses de 105 y una batería de cañones adaptados de 75. Duramos practicando varios días y todo funcionó bien, menos los Skoda con las municiones Rexin y Boffors, pese a que mi mayor estableció un factor que llamamos K para "adaptar" los datos de las tablas de tiro del Skoda. Llegó el día, la demostración fue un éxito todo, menos cuando tocó el turno a los "adaptados" con la "nueva" munición, que obligo a mi mayor a no disparar y con su característica franqueza manifestada a nuestro jefe supremo: - disparo el Skoda con las municiones Boffors y Rexim pero salvo mi responsabilidad - . Mis botas parecía que me quedaban pequeñas, me acordé de los compradores de la munición y me dolieron los dedos de los pies.

Mayor General (r) José María
Rivas Forero

RELEVO DE UN BATALLON Y ORGANIZACION DEL BAILE

"SANTA BARBARA"

A finales del año de 1956 se presentó imprevistamente el relevo del Comando del Batallón "San Mateo" en Pereira, cuando en forma sorpresiva se presentó en un taxi viejo que lo conducía desde el aeropuerto sin haber tenido previamente información alguna el señor Teniente Coronel Jaime Durán Pombo, con un oficio del

comando superior que él personalmente entregó al señor Teniente Coronel Luis Eduardo Gil Martínez, hasta ese momento comandante del batallón, donde se disponía que en el momento de la llegada del señor Teniente Coronel Durán Pombo en forma inmediata debería formar el batallón para que el señor Teniente Coronel Durán Pombo asumiera el mando de la unidad. Orden que se cumplió en forma precisa y de inmediato con la formación que se hizo en la Plaza de Armas y donde asumió tal como lo ordenaba el comando superior al señor Teniente Coronel Jaime Durán Pombo.

Habiendo asumido el mando en las horas de la tarde se realizó una reunión en el salón de la biblioteca del casino donde nuestro nuevo comandante en forma muy detenida expuso sus políticas de mando, que los acogimos con gran regocijo.

Esa tarde el señor segundo comandante, Mayor Jesús Santamaría Vargas le expresó al nuevo comandante cómo estaba organizado el tradicional baile de Santa Bárbara próximo a realizarse, pues estábamos cercanos al 4 de diciembre fiesta del Arma, al exponer las diferentes comisiones que tenía organizadas para llevar a cabo la fiesta se habló de las siguientes:

Comisión de invitaciones a cargo del segundo comandante y oficial ayudante.

Comisión de alimentación a cargo del presidente del casino.

Comisión de licores a cargo del oficial cantinero.

Comisión de arreglo del casino a cargo de las señoras de los oficiales.

Comisión de despave y la última comisión de despeje.

Nuestro nuevo comandante persona distinguida y protocolaria había escuchado detenidamente cómo estaba organizada la fiesta y cómo estaban compuestas cada una de las comisiones, hizo el siguiente comentario:

Señor mayor, me doy por enterado pero quiero claridad sobre las dos últimas comisiones que usted nombró. ¿Qué es la comisión de despave y despeje? Y el señor mayor contestó. La de despave está compuesta por todos los subtenientes y presidida por el Teniente Germán Mesa Montealegre y su misión, es sacar a bailar a todas las niñas que no tengan parejo o que no las saquen a bailar y la comisión de despeje está constituida por los con más capacidad física y su misión es de sacar de la reunión a los ¡¿H*P**! Que llegaren a colarse a la fiesta y está presidida por el Teniente Jairo Restrepo.

Por supuesto nuestro nuevo comandante suspendió esta última comisión y el baile de Santa Bárbara fue un éxito total y nos incorporamos nuevamente a la acogedora, morena, alegre y agradable sociedad donde persisten aún tradiciones artilleras como la de la familia Giraldo Arango que todos los años renuevan el

estandarte y pabellón de guerra de la unidad por uno recién confeccionado. Esta tradición lleva más de veinticinco años.

General (r) Luis Eduardo Roca Maichel

1957

ALFERECES VOLADORES

Cuando salimos de alféreces, como parte de nuestra formación fuimos a campaña en Neiva. Todo estaba planeado y efectivamente salimos al desierto de la Tatacoa entre Aipe y Neiva. A nuestro regreso el señor Teniente Carlos Arturo Pardo Pinzón nuestro comandante de sección, nos mantuvo en concentración, pero pudo más la fiebre de muchachos y con un grupo de compañeros organizamos la volada "del siglo". Nuestro guía era Luis Rodríguez y otro opcionado era Julio Londoño, quien fue dejado como centinela de alojamiento, como castigo por el problema de la transmisión del tiro y por lo tanto no formó parte del grupo. Salimos ocho alféreces en un jeep de un suboficial quien gentilmente nos sacó del batallón, aprovechando que los otros compañeros estaban viendo una película de 8 mm. en el casino de suboficiales. Llegamos a la plaza principal de Neiva y ¡Oh sorpresa!, el Teniente Pardo Pinzón nuestro comandante estaba pasando una esquina y alcanzó a observar a nuestro compañero Martín Prieto Rafael y pienso que a otros más. El susto fue tan grande que de inmediato regresamos al

batallón, obviamente más rápido que nuestro teniente comandante de curso y sigilosamente nos sentamos uno a uno a ver la película que observaban nuestros compañeros. No habían transcurrido cinco minutos cuando el Teniente Pardo aún de civil con su voz enérgica y vibrante ordenó ¡formar la sección de artillería! Ante esta orden los alféreces formamos en la calzada al frente del alojamiento. Contó y éramos veintitrés en formación más el centinela veinticuatro... aterrado miró uno a uno y luego de tremendo regaño frente al Alférez Martín Prieto Rafael le dijo: ¡Usted Don Pendejo! estaba en la calle, ante lo cual Rafael Martín con voz tímida para decir una piadosa mentira, dijo- "No mi teniente yo estaba en cine y no he salido a ninguna parte". Tiempo después supimos que mi teniente Pardo estaba casi de psiquiatra por la "obsesión" de sus alféreces, pues nos estaba viendo en todas partes.

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

DE LOCUTOR A CANCELLER

En el mismo Desierto de la Tatacoa entre Neiva y Aipe, luego de haber cumplido todas las actividades propias para el tiro de artillería, inclusive una tremenda amanecida verificando el levantamiento topográfico, cada uno desempeñaba una función y el Teniente Carlos Arturo Pardo Pinzón nuestro comandante de sección nos rotaba por los diferentes puestos. Al Alférez Julio Londoño lo encargó del radio. Con gran sentido de juventud empezó

a transmitir como se hace en un partido de fútbol - García toma la granada con el puño cerrado, la mete en la recámara, verifica las cargas, coloca la vainilla y el S-2 cierra con energía el bloque. El S-1 y S2 verifican los datos, el S-1 nivela, continúa la preparación y a la voz de ¡fuego!, el S-3 hala con energía el tirafuego y se produce violento disparo, sí, ... hay emoción en el público, ... pide repetición porque el tiro debe corregirse a la izquierda..., estando en esta actividad es descubierto y el Teniente Pardo lo sanciona colocándolo de centinela de alojamiento, castigo grande, porque es su ciudad donde aún hay amigos y familiares y era su primera oportunidad de visita estando de alférez.

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

EL SEÑOR ECHA A LOS MERCACHIFLES DEL TEMPLO

Meses más tarde, estando en curso de capacitación como subtenientes en la Escuela de Artillería, debido a enfrentamientos o mejor diferencias o celos de tipo profesional entre el señor Coronel Velázquez Mazuera nuestro subdirector en la Escuela Militar y quien nos supo imprimir mística artillera y el señor Coronel Armando Orejuela Escobar, a la sazón nuestro inspector de estudios y también místico artillero, cada uno en su estilo, quien trataba de demostrar que los subtenientes de artillería más mal formados en la Escuela Militar éramos los del curso bodas de oro, entonces



con autorización del señor General Turriago comandante de la Brigada de Institutos Militares hoy Décima Tercera Brigada, ordenó un curso a los subtenientes, con tan mala suerte que el primer examen nos rajo a veintidós de los veinticuatro y el señor Coronel Orejuela nos castigó quitándonos la salida y dándonos la orden de estudiar el sábado y el domingo. No faltó el subteniente de iniciativa que se le ocurrió organizar mesas de juego King y uno que otro aguardiente. Como a las 19:00 horas, el señor Coronel Orejuela pasó revista y se indignó tanto que como Cristo con los mercaderes, se quitó el universal y nos saco del casino golpeándonos con el cuero de universal. Fue tanta nuestra sorpresa, que saltamos sobre las mesas y en segundos llegamos a las aulas. Luego fuimos arrestados demostrando así la Escuela de Artillería, que los subtenientes más malos que había sacado la Escuela Militar éramos nosotros, pues fuimos arrestados.

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

NO SE COMO ME ADMITIERON

En 1957 haciendo las vueltas para ingresar a la vida militar, (en casa no me aguantaban) mi padre aprovechó para saludar al director de la Escuela Militar, su compañero de primaria en los años 20. Recordaron sus años mozos y a mi viejo le preguntó el señor Teniente Coronel: " Y cuántos años tiene este joven que quiere ser cadete" - "13, Luis María". - "Humberto, tu hijo está muy biche" - yo que no distinguía uniformes de ascensoristas, bomberos, policías ni militares y mucho menos de grados y cargos etc., interpele y dije "señor; y usted que está tan viejo, porque nos vamos a encontrar aquí" El jalón de orejas vino más tarde en casa y casi me las dejan como las del director.



Coronel (r) Germán Castro García

POLITICO-MILITAR

Fui destinado al Batallón "Tenerife" en junio de 1957, al término del curso de lanceros, en ese entonces requisito para ascender al grado de teniente. Se me asignó a la batería "C" al mando de un distinguido capitán del arma.

Vino entonces la ceremonia de mi reconocimiento y mi capitán preguntó por mi nombre. "Subteniente Alzate, mi capitán, le respondí". Acto seguido, el comandante de la batería pronunció la fórmula reglamentaria de la siguiente manera: "El comando del batallón ha destinado a la batería "C" al señor subteniente **Gilberto Alzate Avendaño** *. En tal virtud..." _ sorprendido, tomé el mando de la batería y dí el parte reglamentario a mi capitán. A él nada le dije, ni él ni nadie se dio cuenta del "lapsus". Después de más de cuarenta años de ocurrido este hecho lo divulgo como algo curioso y anecdótico, cuando fuera confundido al momento de la presentación con el doctor Gilberto Alzate Avendaño en ese entonces un destacado dirigente político.

Coronel (r) Humberto Alzate Cardona

1958

LA POLA II

Se celebraban para el mes de agosto de 1958 las tradicionales fiestas de la cosecha en Pereira. El señor Teniente Coronel **Hernando Currea Cubides**, para ese entonces

Comandante del Batallón "San Mateo", y su ayudante, el Teniente Luis Eduardo Roca Maichel, eran integrantes de la junta de festejos de la cosecha, junto a otras personalidades de la ciudad como don Emilio Vallejo Restrepo, Alcalde de la Ciudad, César Augusto López, conocido periodista, Don Alfonso Jaramillo, periodista y dueño del periódico 'La Tarde', Camilo Cuartas y Don Emilio Cuartas Gaviria, entre otros.



Después de varias reuniones que se realizaron se comentó que en Pereira no había ni un personaje típico, como ocurría en otras partes, y se habló de la loca 'Margarita', el 'Bobo del Tranvía' y el doctor Goyeneche, etc., en Bogotá.

Días después de esto, dedicado como estaba a mis funciones de ayudante de comando del batallón, un día se me informó desde la

guardia que una señora deseaba hablar con el comandante. Salí al corredor del edificio de oficinas, saludé a la señora en cuestión e iniciamos una conversación.

Cuál no sería mi sorpresa, cuando me comentó que ella era la heroína 'La Pola' y que no la reconocían como tal y, por eso recurría al Batallón para hacerse reconocer y que para que los militares la ayudaran y apoyaran. La señora continuó viniendo al batallón y, de un modo especial, los relevos de la guardia y los integrantes de la unidad fueron tomándole aprecio y cariño, hasta que logró vincularse casi en forma total a los actos del servicio. Ella entraba en formación al iniciar el servicio; desayunaba, almorzaba y comía en el batallón, y se ganó el aprecio y el cariño de todos sus integrantes, y poco a poco la fuimos uniformando.

Llegado el día del desfile de las fiestas de la cosecha, se resolvió que en el vehículo que encabezaba la ceremonia se ubicara a 'La Pola', y desde ese día se convirtió en personaje de la ciudad de Pereira y del Batallón, participando en las paradas, ceremonias, desfiles militares y eventos culturales o de cualquier otra índole.

Días después se presentó a la guardia del batallón un señor que dijo que necesitaba hablar con el comandante del Batallón por ser el esposo de "La Pola", de inmediato en mi calidad de ayudante de comando, después de que lo enviaron a la ayudantía donde lo atendí me comentó que

él era el esposo de la heroína "La Pola", y que había venido a agradecer en nombre de su familia el reconocimiento que el batallón había hecho a su esposa de su título de heroína. El señor tenía una posición económica estable y tenía una fábrica de dulces de la cual vivía él y su familia.

General (r)

Luis Eduardo Roca Maichel

ARMAR PABELLONES

Desfilan por la pantalla de los recuerdos, distinguidos jefes, compañeros y amigos. Se deslizan en la mente inolvidables paisajes, sitios y ambientes sociales donde disfrutamos los mejores años de la vida. Reaparecen escenas que nos dejaron sabias enseñanzas y que nos permiten señalar, como importantes en nuestro devenir artillero, determinados actos y fechas que nos correspondió vivir. Entre otras figuras surge con motivo de esta oportunidad, la de un distinguido oficial de artillería, ya fallecido, el Coronel Alfredo López Ramos, cuya personalidad y talante fuerzan la evocación de su manera de actuar y de la fecha en que tuvimos la fortuna de acompañarlo y de apreciar su firmeza, serenidad y capacidad para generar obediencia, así como del día que tuvimos la ocasión de aplicar sus enseñanzas. Las fechas fueron el 10 de abril de 1948 y el 2 de mayo de 1958.

La historia del 9 de abril de 1948, investigada y narrada con abundante detalle por muchos

historiadores, no requiere complemento alguno en este corto capítulo de nuestros recuerdos. Simplemente nos sirve para reiterar



nuestra admiración por un gran oficial del arma de artillería, lamentablemente ya fallecido, el coronel e ingeniero técnico en material de guerra, Alfredo López Ramos ("El Percherón López"). La vida y personalidad de López Ramos es tan prolífica e interesante, y sus servicios al Ejército colombiano tan singulares e importantes, que reprimen la audacia de presentarla en esta evocación, así fuese en improvisada síntesis. Sólo pretendemos recordar una lección o enseñanza que tuvimos la fortuna de captarle el 10 de abril de 1948, y que diez años después nos serviría para cumplir un cometido similar al realizado por tan admirado jefe.

El 10 de abril de 1948, día siguiente al del asesinato del doctor Jorge Eliécer Gaitán, cuya muerte

produjo conmoción en todo el pueblo colombiano y desencadenó el alzamiento popular, denominando para la ciudad capital de la República, "El Bogotazo", y cuando, ya, el personal de las Estaciones de la Policía Nacional y el correspondiente a la Escuela de Policía "General Santander", que se habían solidarizado con la revuelta popular, hubieron regresado a sus cuarteles y expresado su disposición de someterse nuevamente a la ley, el Coronel Alfredo López Ramos, Director entonces del Servicio de Material de Guerra, recibió de la entidad gubernamental apropiada la orden de desarmar al personal de la escuela mencionada.

El Coronel López - en compañía de su ayudante, el Capitán Alfonso Mejía Valenzuela y de un pelotón de la compañía de servicios del llamado, entonces, Ministerio de Guerra - se hizo presente en las instalaciones de la Escuela de Policía, en Muzú, donde habían vuelto a concentrarse sus alumnos y otros de sus demás integrantes, con el fin de acatar y cumplir las decisiones y órdenes del Gobierno Nacional con respecto a su futuro en la institución policial. Solamente los Tenientes Bernardo Camacho Leyva, Nicolás Ríos Mesa y Luis Tejada Zapata, junto con algún corto número de personal auxiliar del mencionado instituto policial, no se sumaron al acto sedicioso y no abandonaron el cuartel. Durante todo el desarrollo de la revuelta permanecieron fieles a su deber institucional y leales al gobierno. Sin embargo, debido al ámbito de su nivel de mando y a la peculiar organización que entonces tenía el citado instituto

docente, cuyo director era un personaje civil, nada pudieron hacer para detener el acto de indisciplina y desorden. Esos tres distinguidos de la Policía Nacional alcanzaron a su debido tiempo, el grado de general. Camacho Leyva terminó su brillante carrera como Director de la Policía Nacional.

El Coronel López, sin ningún alarde de fuerza, entró al cuartel, acompañado de su pequeña escolta. Allí ordenó que todo el personal



de la escuela, suboficiales, alumnos y agentes, formaran en la plaza de armas con su armamento y municiones de dotación. Una vez formados y luego de recibir el parte de rigor, les dirigió breves palabras de saludo, elogiando su retorno a la disciplina y al cumplimiento del deber, para terminar su alocución con la sencilla voz de mando: ¡Armar Pabellones!. Este ejercicio consiste en que el personal coloca sus fusiles sobre el piso de forma que, las culatas abajo y las trompetillas enlazadas arriba constituyen conjuntos separados, cada uno de ellos integrado

por cuatro fusiles, los cuales conforman pequeñas pirámides estrictamente alineadas.

A continuación, una vez ejecutado el ejercicio, ordenó un giro del personal a la derecha y un desplazamiento en esa dirección. Los fusiles, junto con sus respectivas dotaciones individuales de munición, colocados en la forma reglamentaria anteriormente explicada, quedaron en el piso para ser recogidos, inmediatamente después, por el personal del ejército que acompañó a López Ramos, y retirados de la Escuela de Policía con destino a los depósitos del Servicio de Material de Guerra. El personal cuestionado por su lícita conducta institucional fue licenciado o retirado del servicio, y la dicha escuela mantenida en receso por el menor tiempo indispensable para su reactivación.

La forma de actuar del Coronel Alfredo López Ramos, en abril de 1948, fue repetida con el personal del Batallón de Policía Militar No. 1 que, al mando del señor Teniente Coronel Hernando Forero Gómez, se sublevó el 2 de mayo de 1958, y que, entre los objetivos políticos breve y transitoriamente alcanzados, logró la retención arbitraria de los señores Generales Gabriel París, Deogracias Fonseca, Navas Pardo y Luis Ernesto Ordóñez, quienes por esa época integraban con el Almirante Piedrahíta, la Junta Militar, entidad que había reemplazado al señor General Gustavo Rojas Pinilla en la Presidencia de la República. De esta ilícita detención se libró el Almirante Piedrahíta, quien no fue encontrado por los sediciosos durante el tiempo dedicado

a su aprisionamiento. Asimismo se libró de ser apresado el doctor Alberto Lleras Camargo, quien elegido popularmente para suceder en la Presidencia a la Junta Militar, debía posesionarse y asumir ese cargo el 7 de agosto del último año citado. Cabe también recordar como asociado a la "pequeña historia" de esa misma fecha, otro distinguido artillero, el Brigadier General Juan B. Córdoba Alvarez, quien se desempeñaba entonces como jefe de información de palacio y quien, con valor personal digno de ejemplo resistió el fuego destructor de ametralladoras y fusiles, que contra él, su familia y su residencia, emplearon con el fin de apresarlos, los integrantes de un pelotón del mencionado batallón de policía rebelde, sin que hubiesen podido conseguir su propósito.

De conformidad con los recuerdos de los varios, todavía existentes, testigos presenciales del mentado acontecimiento, y con las diferentes versiones de los historiadores que han investigado tal hecho, el batallón rebelde —que no contó con el apoyo que posiblemente esperaba de otras unidades tácticas de la guarnición de Bogotá— se sometió en pocas horas a la autoridad legítima. El Teniente Coronel Hernando Forero Gómez, al vislumbrar el fracaso del movimiento sedicioso, se asiló en la sede de una embajada diplomática extranjera. Como el ejecutivo o segundo comandante del batallón de policía sublevado, se hallaba ausente, sus demás integrantes, incluyendo subalternos y suboficiales, cayeron en cuenta de su error, y a la orden del más

antiguo de los presentes en el cuartel concentrados informaron al comando superior su disposición de someterse a la ley.

La orden de retomar el control de la organización militar descarriada por una de las unidades tácticas de mayor prestigio en la guarnición de Bogotá, debido a lo selecto de su personal y a sus niveles de instrucción y de ocupar sus instalaciones, le fue dada por el comandante de la Brigada de Institutos Militares, señor Brigadier General Jorge Villamizar Flores, al Centro de Artillería, cuyo comandante era el señor Coronel **Alfredo Umaña Carrizosa**. El Centro se componía, entonces, de su respectivo comando y plana mayor, de la escuela del arma, comandada por el Teniente Coronel **José Manuel Vargas Sierra**, de un batallón de artillería, destinado a demostraciones, denominado "Tarapacá", cuyo comandante era el Teniente Coronel **Alfonso Mejía Valenzuela**, de una batería antiaérea y de una compañía de servicios.

La misión de retomar el control del Batallón de Policía Militar No. 1 le fue asignada por el comandante del Centro de Artillería, al Batallón "Tarapacá". Es pertinente destacar que con excepción del Batallón de Policía Militar rebelde, todos los demás organismos de las Fuerzas Armadas permanecieron fieles a su deber institucional. Los generales ilícitamente retenidos fueron liberados y el Gobierno Nacional en muy pocas horas, restableció el orden.

El cometido asignado al Centro de Artillería se cumplió sin dificultad. La misión recibida culminó sin que hubiese sido necesario realizar confrontaciones de fuerza, pues, como antes se insinuó, el Batallón de Policía Militar aceptó sin resistencia el sometimiento a la ley y la ocupación de sus instalaciones por el personal del Batallón de Artillería "Tarapacá". Una vez establecido el contacto personal y directo entre los de la unidad táctica rebelde y el comandante del Batallón "Tarapacá", este asumió el mando de la unidad de policía militar cuestionada e inmediatamente dispuso su desarme y el almacenamiento de su armamento y municiones de dotación. Pocos días después se inició el licenciamiento de personal de soldados; el traslado de suboficiales, cuyas conductas no ameritaban sanción disciplinaria ni penal, y la baja o retiro de todos aquellos cuyo comportamiento fue considerado para la Institución Militar.

El desarme, el 2 de mayo de 1958 del Batallón de Policía Militar No. 1, se realizó de forma tan sencilla como se cumplió al desarme de la Escuela de la Policía Nacional en abril de 1948. En desarrollo del cometido asignado al Batallón de Artillería "Tarapacá", su comandante, provisionalmente encargado del comando del Batallón de policía, pocas horas antes rebelde, dispuso la formación adecuada del mismo en la plaza de armas, y aplicó el procedimiento que diez años antes, tuvo la oportunidad de observar con respecto al personal de la Escuela de Policía. Aquel

procedimiento practicado con éxito y sin dejar rencores dentro de la institución Armada por el famoso y distinguido artillero Coronel Alfredo López Ramos. Para satisfacción de las Fuerzas Armadas de la República, las dos entidades cuestionadas, desactivadas y declaradas en receso en su respectivo infortunado momento histórico, fueron reactivadas y reorganizadas sin demora. Y su prestigio e imagen republicana recuperados en muy corto tiempo.

General (r) Alfonso Mejía Valenzuela

A TODO SEÑOR TODO HONOR

Era un orgulloso alférez de artillería actuando en ese entonces como comandante de pelotón (encargado) en la compañía pesada, también pertenecía a la banda de guerra. Me encontraba con la unidad haciendo aseo de armamento, importante y rutinaria actividad de los sábados. Intempestivamente se presentó el señor Teniente Rolando Osejo Ordóñez, oficial de semana y me preguntó por el tambor mayor, pero este se encontraba en el Hospital Militar en una cita.

Medio desesperado me contó que tenía que organizar la unidad para rendir honores a un señor general fallecido pero era imperioso encontrar un tambor mayor. Le informé que yo podía hacer de tambor mayor pues mi experiencia en la banda me había capacitado para tal efecto y así solucionaba el problema.



Se hicieron los ensayos de rigor dentro de la escuela y todo funcionó a las mil maravillas. Embarcar en los buses y desplazarnos a la Iglesia de San Diego fue un ejercicio rutinario para una compañía de antiguos. Desembarcar, formar y colocarnos en la posición ideal para rendir honores fue fácil para el pastuso Osejo, gran instructor y experimentado teniente. Pasados unos quince minutos retiró la unidad en su lugar y me colocó en una posición desde donde pudiera observar y avisar de la aproximación del cortejo fúnebre.

¿Cómo era un cortejo fúnebre de general para un alférez? - Debía ser algo muy especial, pero en mi lugar nunca lo había visto - Como a los veinte minutos divisé, como a una cuadra, un cortejo que se aproximaba, y debía ser alguien importante —dije para mis adentros— y pues observé que venían varios superiores y reconocí entre otros al doctor Mariano Ospina Pérez,

expresidente de la República y rápidamente le informé al comandante de la compañía de Honores, señor Teniente Osejo, que se aproximaba el cortejo fúnebre con los despojos mortales del señor General Argáez, quién había sido entre otros, de los primeros egresados de la Escuela Militar de Cadetes fundada a principios de siglo.

Se dieron las voces de mando correspondientes en la aproximación del cortejo, yo posesionado en mi primera oportunidad como tambor mayor manejé la batuta como un verdadero experto e hice los manejos y cortes apropiados para tal evento. Todo estaba saliendo a las mil maravillas, hasta cuando la carroza fúnebre pasó frente a mí y pude observar aterrado que se trataba de persona distinta al señor general fallecido. Corté los honores y entonces el sorprendido fue el señor Teniente Osejo, pero a señas le di a entender lo que pasaba. La unidad siguió firmes hasta cuando el cortejo entró a la Iglesia. Aparentemente nadie se había dado cuenta, excepto los miembros de la unidad.

Casi una hora después se rindieron los merecidos honores militares. Por extrañas circunstancias se le habían rendido honores también a un extraordinario personaje de la vida nacional llamado Manuel Mejía y que en los altos círculos nacionales e internacionales denominaban "Mister Coffee" por su labor, en el extranjero especialmente, en la comercialización y venta de nuestro producto nacional. Varias décadas después comentaré el incidente con su hijo, Don Bernardo

Mejía y con su nieto Ricardo Mejía Vargas. El primero de los dos recordaba plenamente los honores militares rendidos a su padre.

Mayor General (r) Juan Salcedo Lora

UN "MOTOSO"

El Batallón de Artillería No.1 "Tarqui" fue mi primera guarnición al salir graduado de subteniente en diciembre 1958. Sus instalaciones eran precarias como quiera que no eran más que las pesebreras del grupo de Caballería Páez que había cambiado de guarnición. Los terrenos correspondientes eran arrendados al Ejército por el Hospital, en ese tiempo, próspera y agradable ciudad de Sogamoso. El casino estaba situado en el centro de la ciudad en la plaza principal. No había en las instalaciones del batallón para el servicio de los más que un Kiosco que hacía las veces de cafetería.

En este lugar nos reuníamos en los ratos de descanso a disfrutar de un tinto y comentar las cosas del servicio y la última travesura de la muy activa vida social que se llevaba.

Casi invariablemente encontramos en el kiosco al segundo comandante del batallón, un apreciado mayor de apellido Motta, que hacía sus pequeñas siestas apoltronado en una silla de su uso exclusivo en el lugar.

A partir de entonces, no solamente en el medio militar se

ha ido generalizando la expresión de echar un "motoso", significando con ello "darse una pestañeada".

Coronel (r) Gentil Almarío Vieda

NI IDEA DE PAPAGAYOS

En enero de 1958, ante la expectativa de cómo iría ser la vida militar y con la nostalgia de dejar a mi familia, los doscientos muchachos aún de civil, recibimos la orden, entre el resplandor de los sables acompañados de las nuevas voces de mando de los brigadieres "maletas al hombro, adelante mar!!!. Esas maletas que las cargaron mis padres y hermanos hasta el arco de la guardia, para mis 1.58 de estatura era un imposible. Vi a un alférez, moreno, alto, oji rasgado y fortachón. Pensé que era paisano de un gran amigo mío de pilatunas, nacido más al norte de Ubaté y le dije: "Oiga hermanito, le doy un peso lo de las medias nuevas para toda una semana) y ayúdeme a cargar con estas vainas" - Ustedes saben que pasó? - Fue mi comandante de escuadra y durante tres meses me puso en mis descansos a cargar el colchón de borra maloliente dizque para que aprendiera a cargar maletas, para que también creciera y cuajara. Cuatro años fueron suficientes para crecer ocho centímetros pero no perdí nada de peso (ni el que ofrecí allá en la guardia).

Coronel (r) Germán Castro García

1959

ALABADA SEA LA ARTILLERIA

En los primeros meses del año 1959, en el Batallón de Artillería No. 6 "Tenerife" al mando del suscrito se adelantaba un curso para formar suboficiales para las unidades tácticas de la Sexta Brigada, comandada entonces por el Coronel César Cabrera Forero. Este curso para su realización académica estaba reforzado por subalternos de otros batallones, y era Comandada por el Teniente de Infantería Pedro Franco Pinzón y un número considerable de subtenientes dentro de los cuales el más antiguo era Gustavo Rosales Ariza.

Con motivo de la realización del curso el batallón le prestó la mayor atención con el fin de sacar un puñado de buenos suboficiales, en desarrollo de los cual el comandante del batallón personalmente pasaba revista a la instrucción para velar por unos buenos o excelentes resultados. En esas inspecciones me llamó mucho la atención el subteniente Rosales, por su capacidad militar, su inteligencia y por la forma destacada como adelantaba el programa a su cargo. Como era factible en aquel momento cambiar de arma hice llamar al comando al subteniente en cuestión que pertenecía a los servicios, proponiéndole que se cambiara de arma pasando a la artillería, quien me contestó entonces que no lo hacía, por temor y respeto

a su Teniente Franco, pero que la idea no le caía mal.

Dos o tres meses más adelante el Teniente Franco salió a vacaciones quedando Rosales encargado del curso porque resolví citarlo nuevamente al comando, teniendo la solicitud y redactada y escrita para su firma, con pase al arma de artillería, la que firmó sin mayor objeción.

La solicitud en cuestión fue apoyada por el comandante del batallón con abundante ingrediente de adjetivos favorables, enviándola de inmediato al comando de la Sexta Brigada. La reacción del Coronel Cabrera no se hizo esperar, llamándome por teléfono y diciéndome: "Vanegas recibí una solicitud para el paso del Subteniente Rosales al Arma de Artillería, pero parece que en su apoyo a usted se le fue la mano en la adjetivación". Le contesté: "No, mi Coronel, lo que yo escribí es apenas ajustado a la realidad, y si usted le da el apoyo como yo espero con absoluta seguridad adquiriremos un oficial de lujo para el arma; por otra parte y como nuevo ingrediente es como usted barranquillero y como esas gentes de la costa se están acabando en el arma, tendrá mi Coronel en el futuro; por lo menos quien lo acompañe en el campo "regional", como evidentemente ocurrió.

Años más tarde cuando los Generales Cabrera y Vanegas se encontraban ya retirados y estando el último como consejero comercial de la Embajada de Colombia y Gerente de la Flota Mercante Gran Colombiana

en Panamá y el primero viajando con alguna regularidad a esa ciudad por tener un hijo casado allí, el tema obligado e inicial de toda conversación era el paso del Coronel Rosales al arma de artillería y el beneficio que había obtenido el arma del cual eran gestores los dos viejos camaradas de la divisa negra.

Como corolario de esta anécdota y en un sentido práctico de la importancia de adquirir buenos elementos para el arma, vale la pena analizarlo muy bien dando el paso en los primeros años de carrera.

Como anécdota final de este tema, vale la pena recordar que cuando estuve de oficial instructor en la Escuela de Cadetes, realicé todo tipo de gestiones y así captar para el arma de artillería a los Alféreces destacados como Alfonso Rodríguez Rubiano quien al final de su carrera fue comandante de la Fuerza Aérea, Miguel Rodríguez Casas distinguidísimo oficial de ingenieros, y primer alumno de su promoción y José Jaime Rodríguez muy destacado oficial de infantería, y también primero de su promoción con resultados negativos en los tres casos, pero que habría sido fabuloso conseguirlo en ese momento.

Brigadier General (r) Armando
Vanegas Maldonado

LA ARTILLERIA ES FACIL

Los cañones Skoda disparaban granadas explosivas con espoletas instantáneas o de retardo, o proyectiles de bala denominados sharpnel.

En nuestra época de subtenientes se hacía tiro en unos terrenos desérticos y nunca supe si baldíos, adelante de la escuela situada en la 1a. de Mayo en el antiguo Convento de Loyola, hoy cubiertos por el inmenso desarrollo urbano del sur de la ciudad. Mí capitán "el Chivo" nos designo a Humberto y a mí para que muy de mañana fuéramos al arca de tiro e hiciéramos retirar a las personas con sus ovejas y cabras que allí generalmente pastaban. Al pedirle a una bella mujer campesina que abandonara el área, esta nos preguntó: "mis tenientes hoy van a disparar granadas o sharpnel, porque si es solamente sharpnel, yo no retiro ni mis ovejas, ni mis cabras, eso no sirve para nada, ni siquiera las asustan. 'Gran enseñanza no volvimos a disparar más que granadas.

Mayor General (r) José María Rivas
Forero

DON MATIAS

Año de 1959 Batallón "San Mateo", comandante Teniente Coronel Jaime Durán Pombo. El batallón vivía unos días agradables, no sólo por la calidad del comandante, quien con su señorío y donosura hacía en el batallón se trabajara con mucho agrado sino porque en Pereira la ciudadanía se sentía tranquila y satisfecha por el mutuo aprecio y afecto entre los y la sociedad pereirana.

Un día de marzo el comandante citó a sus capitanes al comando, quienes uno a uno, individualmente comenzamos a llegar: "Alvaro Carrillo

González), tú conoces a don Matías?". "Claro mi Coronel, don Matías Silva, su tío persona muy apreciada a quien conocemos y apreciamos quienes hemos estado en y Neiva": "Siéntate Alvaro, no se trata de mi tío". "Hernán (Córdoba Franco), conoce a Don Matías?. Obtuvo el comandante la misma respuesta que le dio Carrillo; "siéntate Hernán, no me refiero a mi tío." Darío (Gómez Botero) e Isaías (León García) dieron la misma respuesta; después de todo, el comandante. nos dice: "no se trata de mi tío Matías ni de nada relativo a mi familia, señores, don Matías es un pueblo de Antioquia al que debe trasladarse próximamente el batallón para el ejercicio de campaña programado por la Cuarta Brigada; así que usted debe empezar, a partir del día de hoy, a ejecutar la orden superior, de acuerdo con la orden de operaciones que de inmediato debe empezar a preparar el S-3.

LA IMAGINACION CUESTA MUCHO

En 1959 cadete de segundo general en la Escuela Militar, animosamente un teniente profesor de armamento explicaba: "este mortero tiene aparte de las características técnicas ya explicadas, otra; es un arma de avancarga", Al verme medio dormido, pese a los cucardazos de los alféreces, el instructor preguntó: "Cadete Castro, puede decirnos qué quiere decir avancarga?. Sí mí teniente." Que esa arma se carga como a la mujer". Si acerté o no, al calabozo fui a parar.

Coronel (r) Germán Castro García

UNA REVISTA DE INSPECCION

Año de 1959, Batallón "San Mateo", era comandante el Teniente Coronel Jaime Durán Pombo y en ese año las diferentes unidades empezaron a sufrir la angustia de la Inspección; eran muy severas, en especial las primeras, cuando no se sabía cómo se desarrollarían; qué exigencias habría, etc., etc. De todos modos, el batallón se puso alerta, se preparó y fue entonces la unidad mejor calificada en la cuarta brigada de entonces; a pesar de la severidad con que se nos trató, el comandante, siempre caballeroso y distinguido, no se inmutó ante la espectacularidad con que, en ocasiones actuaba quien presidía la inspección; con cierta sorpresa, nuestro comandante veía cómo el Coronel Galindo ("El Negro") jefe de la comisión, se metía debajo de las camas de los soldados para buscar algo que indicara desorden, desaseo, o algo que fuera motivo de crítica o se colocaba un guante blanco para pasarlo por una mesa, un cuadro, etc., para buscar mugre. Otro que nos "trapeo" un poco como se dice, fue el Mayor Mosquera (el Paquete, no confundirlo con Julio Mosquera). Terminada la inspección, el negro Galindo y su comitiva, viajaron por tierra a Armenia; Paquete Mosquera regresaría por vía aérea a Bogotá.

El Coronel Durán por intermedio de su ayudante el Teniente Roca (Luis Eduardo) dispuso que la plana mayor y los comandantes de batería, saliéramos al aeropuerto a despedir

a Mosquera; ya en el aeropuerto, el mayor se sorprendió por el gesto de Durán y le agradeció muy sinceramente la gentileza que tenía para con él, máxime cuando había sido tan duro; Durán con su acostumbrada caballerosidad respondió: "Ala Paquete, no venimos a despedirte sino a comprobar que te vas": Todos reímos por el apunte y Mosquera, sonrojado y confundido comprendió que la caballerosidad de los artilleros no impedía que se hiciera ver al inspector, el disgusto que teníamos todos por su comportamiento con al unidad.

General (r) Luis Eduardo Roca Maichel

DE LOS OPAS Y LOS OPITAS

En el campo huilense: este hecho muestra la calidad humana de los huilenses, que son acogedores, desprendidos y amables, inexpertos en el protocolo y un poco ingenuos, pero gentiles, hospitalarios, tradicionales y honrados. Que, comparativamente con otras regiones, es un departamento de gentes candorosas, cálidas, alegres y festivas. Es una sociedad sólida y tradicional muy bien constituida lo cual se revela en la elegancia y belleza de sus mujeres que, para fortuna de esa región, aún se mantienen. Como las fiestas del "San Pedro", las reuniones familiares, los paseos a los ríos, las cocinas de barro, las rajaleñas, los insulsos que conservan la excelente costumbre "Opita".

A propósito a continuación quiero citar textualmente del libro "Relatos y Opiniones", de mi suegro

Guillermo Falla Falla, de dónde proviene la denominación "opita".



Con los valientes guerreros que marcharon con el Libertador hubo algunos que prestaron servicios invaluable a la causa de la libertad, en menesteres diversos, entre los cuales los principales eran los de correo y el de espía informante. Para coordinar estos servicios se fundó en Neiva, en forma clandestina la "Organización Patriótica" y secretamente se deben las instrucciones y encomiendas a sus miembros para el cumplimiento de misiones. Para el entendimiento entre sus gentes y evitar sorpresas, se estableció el santo y seña con la palabra OPA, que es la sigla de las dos palabras que componen el nombre de la organización. Muy secreta y sigilosamente se utilizaba el OPA para entenderse entre sí, y quien contestara con ella era asumido como amigo y confidente.

Pasada las guerras y desintegrada la Organización Patriótica, la palabra opa siguió usándose como saludo entre las gentes, con honor y ese orgullo se les llamaba opita. Esta es la etimología de opa y opita, de raíces tan puras y beneméritas,

que son blasón y estandarte fundamental del más profundo regionalismo de los huilenses.

El General Rafael Reyes viajó al Putumayo en su juventud —años 1875-1880—, en compañía de sus hermanos, Néstor y Enrique. Uno murió en la selva y el otro "se lo tragó la selva". Su espíritu emprendedor los llevó a esas zonas con el objeto de colonizar y fundar haciendas.

Viajaron por la ruta de la libertador, pasando por Neiva, La Plata, y por el camino de Guanacas llegaron a Popayán. Aquí en Neiva, fue amigo de Ricardo Perdomo, quien con su hermano Luciano había fundado la renombrada hacienda Balsillas, sobre la cordillera Oriental. El General Reyes, conocedor de los secretos militares, le contó a don Ricardo que la palabra opa, utilizada por las gentes para saludarse cariñosamente, había sido el santo y seña de los patriotas en las jornadas de la Campaña Libertadora. Don Ricardo Perdomo le contó esta historia a don Oliverio Lara Borrero y este me la contó a mí.

Siendo yo muy joven, en el año 1933, le oí a Rubén Torres —un nonagenario residente en Campo Alegre— este mismo relato sobre la organización patriótica, a la cual el papá, él y sus hermanos, habían pertenecido. En los años cincuenta, don Abraham Rojas, se refirió en varias oportunidades, a este mismo tema de la organización patriótica, como consta por algunas entrevistas que tuve con el señor Rojas en presencia de su hijo Julio Prudencio Rojas Trujillo.

Así que no tienen más que desengañarse quienes le atribuyen a opa y opita acepciones denigrantes y degradantes, porque su extraordinario e ilustre origen sólo puede asociarse con honor y orgullo. De allí nuestra vivencia y la afirmación permanente de nuestra raza, de nuestra gente y de nuestra historia.

General (r) Luis Eduardo Roca
Maichel

SEÑORA, TENGA SU PARTE

Cierta distinguida dama, para más señas, la esposa del comandante del Batallón "Palacé", tenía la costumbre de meterse más de la cuenta en los asuntos del servicio. Llamaba la atención sobre el aseo, la disciplina, la presentación del cuartel, era sin más ni más, medio cansoncita para los subalternos.

Cierto domingo, se encontraba el batallón formado para pasar a la misa y ya tenía el mando de la unidad el oficial de inspección, señor Capitán Heriberto Gil González, conocido cariñosamente como Heri, cuando la señora del comandante desde una de las esquinas de la plaza de armas empezó a llamarle la atención por la indisciplina de unos soldados en la formación. ¡Quién dijo miedo! Heri con su potente voz gritó: "Alto el batallón, parte a la señora del comandante del batallón, atención vista a la izquier..", caminó marcialmente hacia la atribulada señora y con un fuerte taconazo le dio parte sin novedad de la unidad táctica en formación.



Estupor, rabia, desesperación, impotencia, risas desde la formación, sonrisa de monalisa en Heri, todo se dio casi simultáneamente en la fresca mañana dominguera del Batallón "Palacé". El lunes siguiente, llamada de atención, regaño y salida intempestiva a comisión, pero dice la leyenda que la señora más nunca se entrometió en los asuntos de régimen interno, por lo menos no directamente y Heri, como es de suponer no volvió a darle parte a ninguna señora de comandante.

Coronel (r) Efraín Gamboa Carrero

TELEFONAZOS

Los sábados por la tarde en el Batallón "Palacé" eran especiales. Nos alistábamos para emprender las agradables rutinas de disfrutar, gozar la vida, divertirnos después de las arduas tareas de la semana. Se trabajaba intensamente y en la misma calidad se disfrutaban los momentos de descanso. Cuando sonaba el teléfono todos nos

intranquilizábamos, porque de ello podía depender la cita, el paseo, la fiesta el baile, la diversión. Todos estábamos al asecho.



Un poco entrada la tarde sonó una vez más el bendito teléfono y el Subteniente Baquero entre medio bravo y desesperado contestó. Al oír la voz femenina al otro lado, exclamó impaciente: "Ronca Hp, ¿por qué me llama tan tarde? - al otro lado hubo azoramiento, turbación, sorpresa - luego una breve explicación de que era la suegra del comandante del batallón. El turno de la turbación, sorpresa, estupor, atortole y demás sentimientos fue de Baquero. Después un carrerón para salir tan rápido cuanto pudo de la unidad. El lunes siguiente fue trágico al momento de las explicaciones, excusas y anotaciones. Arrepentimientos y promesas, pero se parapetó la cosa como se pudo.

Un nuevo sábado llegó y con el las expectativas de siempre. Esta

vez el telefonista impetuoso lo fui yo. Una dama preguntó por el Teniente Garavito que no se encontraba. ¿El teniente presidente del casino? - Tampoco está señorita respondí coquetón y de inmediato me lancé al ataque. — Ellos no están cariño—, agregué — pero estoy yo. La voz al otro lado dejó de ser dulce. Es más, se puso furiosa la dama y después de explicarme que era la esposa del comandante del batallón, me exigió el nombre. Respondí turbado y solícito con las mil excusas y dejando volar mi imaginación hasta el próximo lunes cuando veía repetir las vaciadas a Baquero, pero sabiendo que yo sería el protagonista por dárme las de casanova voluntario antes de identificar a la dama.



Coronel (r) Efraín Gamboa Carrero

ZANAHORIA Y ARTILLERIA

El señor Capitán Alvaro Campo Bejarano se encontraba de Alcalde en Caicedonia, Valle y un día en el carro de la alcaldía tuvo que llevar a una muchacha muy bonita conocida en los lugares nocturnos como "La Zarzamora".

En el recorrido él estaba mudo y la mujer muy simpática y "lanzada" como dicen ahora los muchachos, le dijo: "oye ve, pero estas muy pispo, ¿por qué no me visitas una de estas noches? y él de muy mal genio y con su voz característica le respondió: "Vieja atrevida no sea irrespetuosa, no ve que soy casado.

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

1960

PAVIMENTAR CON AJIACO

En el año 1960 era comandante de la Escuela de Artillería el Teniente Coronel Armando Vanegas Maldonado, comandante de la Brigada de Institutos Militares el Brigadier General Jaime Fajardo Pinzón, y jefe de estado mayor de la misma el Coronel Guillermo Pinzón Caicedo y así mismo Ministro de Guerra (como se denominaba en este tiempo) el Mayor General Rafael Hernández Pardo, uno de los jefes artilleros más destacados de todos los tiempos. Entre los oficiales de la Escuela que eran

como siempre los más señalados de todos los grados, se distinguían el señor Mayor Efraín Horacio Vallejo Ardila segundo comandante, los capitanes Armando Orejuela Escobar, Gustavo Rosales Ariza y Subtenientes recién egresados de la Escuela Militar Argemiro Cruz García, primero de su promoción, Luis Carlos Benavides Rodríguez y Gustavo Monroy Salas.

Dentro de la política de comando que se formó quien dirigía la escuela estaba en primer lugar la construcción en su primera etapa del nuevo casino para lo que era indispensable el apoyo económico del Ministerio de Guerra el cual se obtuvo a cabalidad con el General Hernández pudiéndose inaugurar el 4 de diciembre de ese año cuando la escuela cumplía veinticinco años de fundada y con el proyecto inicial de invitar para el acto a los dos capitanes del Ejército Chileno, fundadores, Oscar Herrera Jarpa y Ramón Alvarez Golsack para ese tiempo generales en retiro. Fue fundamental la aprobación del Ministro y su apoyo logístico para la celebración, pero con la lamentable ausencia del General Herrera quien había tenido en época reciente a la invitación un infarto que impidió viajar, habiéndolo realizado el General Alvarez que para la fecha era alcalde e intendente de Santiago de Chile en su calidad de oficial retirado quien por otra parte vino acompañado en sustitución del General Herrera por un Coronel de Artillería llamado Jaime Soto que trabaja con él en la alcaldía.

Más adelante el General Hernández Pardo que era recursivo

y de efectiva actividad se dirigió al comandante de la escuela en los siguientes términos: "Vanegas usted conoce bien cómo se realiza un buen ajiaco bogotano y lo que reporta" La respuesta que obtuvo del suscrito fue la siguiente - Sí mi general yo lo conozco, pero ¿por qué me lo comenta? Sencillamente porque es preciso preparar uno muy bien adobado (con dos o tres brandys adicionales), para invitar al doctor Virgilio Barco Vargas, Ministro de Obras Públicas, con el propósito de sacarle la pavimentación de las avenidas de la escuela, pero para ayer es tarde. — Listo mi general, desde ya estamos preparados —.



Dos o tres semanas después de esta conversación se llevó a cabo el ajiaco con asistencia de los dos ministros y de los de la escuela, y desde luego se obtuvo el objetivo porque la pavimentación fue una realidad dos meses después del famoso ajiaco, con dos brandys para el homenajeado principal,

pero varios más para el resto de los invitados. Como conclusión de esta anécdota tenemos que un ajiaco bien adobado, oportuno, con dos brandys y excelente patrocinador obtiene su propósito sin lugar a duda y que debe planearse bien para lograr realizar a cabalidad la obtención de apoyos logísticos especiales en beneficio de la unidad a cargo de quien así procede.

Brigadier General (r) Armando
Vanegas Maldonado

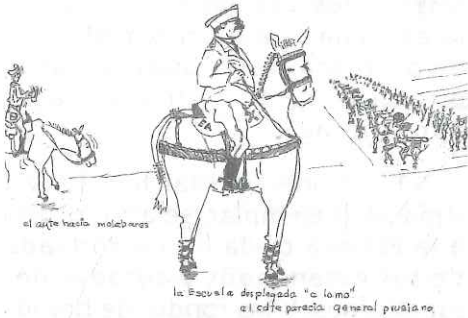
DIECISEIS CABALLOS, CUARENTA Y OCHO MULAS, UNA YEGUA... Y

A PAGAR "PONCHERAS"

Desde la altura de su montura el comandante parecía la reencarnación de un General Prusiano anterior a la guerra del 14. A horcajadas sobre "Comodoro" observaba impasible y casi inabordable su unidad desplegada "a lomo", como se decía, listo para recibir el "parte". Detrás de él su plana mayor, desde luego a caballo, como le gustaba. Un jinete impecable, montando "Alambrada" puso a su disposición las tropas; se trataba de su segundo comandante.

Parecía una escena propia del "campo de Marte": enfrente de la Escuela Militar del París de la "belle époque" o del patio de armas de la División Nibelungo en el Berlín de Guillermo II, que se cumplía, religiosamente, todos los sábados en la Escuela de Artillería. Parecía

un acto arcaico, pero era magnífico y sobre todo militarmente soberbio.



Preparar esa especie de inspección y luego ejecutarla no era una operación cualquiera. Desde el jueves, por lo menos, todo un enjambre de subalternos:, suboficiales y soldados empezaban a padecer tal evento. En inmediaciones de las habitaciones de ("Tunjuelito" y el "Chicó"), un grupo de "asistentes", dos por batería, uno para el capitán y el otro para el resto, iniciaba la tarea de lustrar, con "jaboncillo (?) eso sí, sillas de montar, vizcacheras, portasables, correas de portarrollos, pecheras, riendas o bridas (eran cuatro a falta de dos), acciones y cabezales, amén de brillar estribos, filetes y cadenillas.

Pero el problema de fondo estaba en el ganado, entendiéndose "caballar y mular" como lo exigían los vocablos de la época. Y el problema radicaba en que, por estar ya en vías de extinción la "artillería a lomo", el ganado era insuficiente para la dotación de tres baterías de 75 mm; sin contar conque, en un arranque de melancólico romanticismo, el Coronel decidió que, como antaño, también la de comando debía ir a lomo.

¿Cómo arreglar tan complicada situación? Oh milicia santa! En los predios de la "remonta" y desde las tres de la madrugada del sábado ~ sin despertar, claro, a las familias de los "casados" -que dormían (¿y podrían dormir?) en las casas fiscales vecinas, se llevaba a cabo una singular y amistosa batalla librada entre los integrantes de los escalones piezas" y planas mayores de cada batería, liderada por los ejecutivos de estas, y quien escribe era uno de ellos, por la consecución de sus deciséis caballos y cuarenta y ocho mulas.

Nuestro capitán, alma bendita quien llegó por sus admirables méritos a ser Ministro de Defensa, tuvo la genial idea de hacer marcar en la frente del ganado una letra, con pintura luminosa, para reconocerlo en la oscuridad; era la letra "C", de la Batería, en color amarillo; esto permitía despejar diferencias y asunto listo.

¡Listo? Lejos aún de tanta dicha. Si la pelea entre ejecutivos estaba terminada, ahora se iniciaba la de los hombres contra las bestias. Los caballos resultarían dóciles frente a las mulas y no era raro ver conductores arrastrados por estas. Alguien, un soldado paisa veterano en lides de amansar acémilas, se le ocurrió que lo mejor era introducir las mulas, con soldado y todo, en las gélidas aguas del cercano Tunjuelito. ¡Remedio secreto, pero eficaz! Y ahora al aseo, atalajar, ensillar y cargar; nada de abreviar y forrajear. ¿Qué tal los resultados de una digestión animal en plena ceremonia? ¡Precaución, señor ejecutivo; no desluzca la ceremonia!

Y ahora si, parte a mi capitán y a la plaza de armas; a todas estas podría el reloj marcar las seis de la mañana y dos acuciosos jefes observan desde sus caballos; especie de Hindenburg y Ludendorff transportados en el tiempo.

El coronel seguido de su séquito inicia su inspección; el ayudante también a caballo y haciendo malabares anota las observaciones que el jefe le indica. Aparentemente todo va bien; la experiencia no había sido vana. Un mes atrás los reclutas de la Batería "A", improvisados para un acto de estos habían quedado tan impactados que esa noche más de quince se volaron. De pronto observamos conmoción en la batería vecina; se acercaba el jefe y un jinete trataba de cambiar de sitio; la cincha no apretaba y la silla con soldado y todo tambaleaba; tenía instrucciones para evitar ser visto por el Coronel, pero el Coronel lo vio. Ira santa ! Risas contenidas; la yegua estaba ... preñada! -En la escasez de ganado habían atalajado lo que se pudiera!

"O tēpora o mores" decían los romanos. A tiempos aquellos diríamos hoy. Todo milicia, mística, tradición, culto a los valores, respeto a los superiores y mucha, muchísima artillería.

Para las cosas no terminaban allí. "Señores en media hora los espero en el jardín de salto para el paso de pista", ordenaba el jefe. Comodoro y Alamburada, perdón el comandante y su segundo: cero falta. Un superior y amigo, hoy en el exterior, también pasaba cero

falta; el segundo comandante le permitía el privilegio de otro recorrido con Alamburada. Privilegio apenas justo pues era mí amigo quien la entrenaba a diario. Y el resto de participantes? Todas las faltas posibles. Y, al casino a pagar "poncheras".

El coronel, militar formidable y maestro ejemplar, se acomodaba a la cabeza de la mesa, rodeado de sus extenuados y agradecidos subalternos. Y las rondas de brandy se iniciaban por cuenta de todos; desde la del capitán y su yegua preñada hasta las de los "suelasos" en la pista de salto. En una de esas mi capitán me dijo: ¡Volémonos! Pero el coronel que no perdía una, se dio cuenta y bramó "Botero y Rosales para donde van? Les recuerdo que los oficiales no se retiran estando presente su comandante". "Ibamos para un reconocimiento, Selección y Ocupación de la Posición de la batería", dijo el capitán "Iban", replicó el coronel. ¡Nada más que hacer, o sí, una "tanda" más y que Dios guarde la artillería!

Mi mente ahora, se vuelve al pasado; no están entre nosotros el coronel y el capitán. Que infortunio; la risa contenida en una inspección de ayer se transforma hoy, al recordar, en añoranza por los tiempos idos.

Nota del autor: dedico esta remembranza a la memoria de dos jefes inolvidables: Generales Alfonso Velázquez Mazuera y Oscar Botero Restrepo. También, con admiración y aprecio al señor Mayor General Armando Orejuela Escobar y a mis compañeros de entonces y de siempre.

Coronel (r) Gustavo Rosales Ariza

CHATOS ARTILLEROS

Hay en la artillería ya no tan reciente, dos personajes de inolvidable evocación en toda reunión artillera que se respete; parecidos como dos gotas de agua ante su calidad de gemelos, supieron desde su ya remota infancia, explotar su semejanza casi absoluta sacándole a la vida todo lo que de dulce y placentero pudiera tener. Decidieron hacerse militares pese a sus cerebros a veces compartidos en seres como

para distinguirlos o sancionarlos, a todos les "mamaban gallo" (vocablo no macondiano sino militar) con su extraordinario parecido el que sabían siempre poner a su favor; finos, elegantes, excelentes cuenta-chistes, mejores jugadores (de cartas), poco gustaban de exponer su figura en deportes culturales, limitándose a ser en los juegos, olimpiadas o certámenes así fuera interbaterías, los sufridos edecanes de las reinas. Su fama llegaba a los confines de las cinco unidades de artillería del país y en algunas de ellas estuvieron ambos; otras veces —para variar— se turnaban el tiempo de permanencia en ellas, para no aburrirse en la misma guarnición y con una sola novia. Pese a que ya mis lectores los tienen más que ubicados, les confirmo que se trata de los hoy Mayores Retirados Heriberto Y Carlos Gil González o para mejor decir los 'Ñatos o Chatos Gil' apodo que no es gratuito porque realmente tienen lo mejor dos tremendas narices los tienen a ellos; estimados por sus comandantes ante su gracia natural y buen genio permanente, eran a su vez "víctimas" de las ironías y finas críticas de ellos: una vez para un día de Santa Bárbara, se hallaba la Escuela de Artillería lista para desfilar ante el Presidente de la República y los altos mandos militares, con sus baterías de 75 mm, a lomo; los Chatos Gil se habían lagarteado con éxito - como siempre, ser uno el abanderado y el otro el portaestandarte de la gloriosa alma máter y se hallaban muy orondos y elegantes montados en dos hermosos caballos negros como el azabache, con los gloriosos rasos tricolor y



ellos, lo pensaron muy bien y de la misma promoción egresaron como de artillería! Pobres novias, sufridos profesores en las academias y cursos para ascenso, furibundos ayudantes de comando para poderlos nombrar de servicio, gozosas viejitas de los casinos, ecuanímes comandantes

blanquinegro ondeando sobre sus testas... acertó a pasar cerca de ellos ese noble maestro de la artillería, mi General Jaime Durán Pombo, quien al ver ese cuadro casi marcial, levantó su vista hacia los símbolos patrio y artillero y luego la bajó hacia los chatos y saludando militarmente a las banderas, dijo en tono de merecido desagravio: ¡Oh! la bandera de la patria es santa, flote en las manos que flotare.

Mayor (r) Luis Humberto Sandoval
Numpaqué

BATALLON LEVANTE

A comienzo de la década de 1960, cuando el Batallón "Tenerife" se encontraba en su gran mayoría adelantando operaciones de orden público por tener la responsabilidad de controlar los grupos subversivos de las llamadas repúblicas independientes de Riochiquito, El Pato, el Guayabero y Marquetalia, en las horas de la tarde cuando empezaba a despuntar el crepúsculo vespertino, los que se encontraban en guarnición y los que estaban de paso o de permiso se reunían bajo las frondosas enredaderas de parra y de buganvilles que formaban arcos bellísimos de diferentes colores de los cuales colgaban grandes racimos de uvas.

En las tertulias se hablaba de la artillería, del compañerismo, de la lealtad, de la táctica, de la guerrilla, de las experiencias, el manejo del orden público de los jefes, de la belleza de las mujeres opitas y especialmente de la belleza

de su cara, de sus piernas y de su cuerpo.

Un día sábado del mes de junio cuando ya los arreboles se extinguían entre las sombras de la noche, apareció un grupo de damas al casino, bajo los frondosos almendros que conforman una especie de túnel donde pasa la avenida de la entrada al batallón; todas en su gran mayoría pasadas de años y vestidas de blanco con carteras de paja que hacían juego con finos zapatos traídos de Nueva York. Cuando ingresaron un teniente que hacía parte de los que departían unos tragos debajo del "arco de lujuria", a quien llamaban "El Chivo" manifestó: "llegaron las del batallón levante"; de inmediato todos en las mesas comentaron: "Son más feas que pegarle a la madre", "parecen garzas con esas piernas tan flacas", "unas ya tienen párpados de saquetes", "tiene cara de acordeón", "todas suman un milenio", "tienen paso de patrullero", "fueron las novias de los del Batallón "Berbeo", "tienen caderas tipo alforja".

Dentro del grupo encontraba otro oficial que tenía fama de educado por su caballerosidad; este se levantó de inmediato a saludar a las damas y las hizo seguir al bar que era el único lugar con aire acondicionado y luego regresó a la mesa de la tertulia manifestando: "me tocó meterlas a la nevera para que no se terminen de dañar, pero me devuelvo a vigilarlas para que no se vayan a salir".

De inmediato todos continuaron con sus comentarios unos decían que tenían ojos de un goniómetro

porque un ojo apuntaba a la pieza de artillería y otro al jalón, otro decía que una tenía pelo quieto, otro manifestaba que era de la familia Monster, etc.

Siendo las ocho de la noche, después de haber ingerido unas cuantas botellas de doble anís, cuatro de los más criticones; El Chivo, El Mojojoy, El Galápago y Mentira Fresca, se levantaron de la mesa y fueron al bar a comprar unos cigarrillos; como a los diez minutos regresaron diciendo: "no son tan feas", hay unas muy buenas" "vamos a bailar con ellas".

De inmediato todas salieron y se integraron. El Negro invitó a bailar un sanjuanero a una de ellas; acto seguido todos como tirados por una cuerda hicieron lo mismo entre los cuales se encontraban El Tatabro, Lotario, Marranito, Amarillo, y otros que no tenían apodo como Abelino, Diofante, Emeterio y Jeremías que al ser presentados a las damas estas pensaron que también eran apodos.

Al terminar la canción que la hicieron repetir dos veces, todos estaban empapados de sudor pues la verdad es que no tenían mucha idea de bailar bambuco y las veteranas sí eran expertas. Como a las dos de la mañana después de bailar como trompos, todos exclamaban: ¡Qué mujeres tan lindas!, ¡Qué cuerpos! ¡Qué caderas!, ¡ Oh, son bellas!, ¡ Ahora sí nos casamos!.

Moraleja: jamás diga de esta agua no beberé.

Coronel (r) Héctor José Corredor
Cuervo

LA TORTUGA ARTILLERA

A la entrada del casino y de los alojamientos de la tropa en el Batallón de Artillería "Tenerife" de Neiva hay un hermoso lago artificial con agua corriente que viene de la Toma, con una bella isla en cuyo centro existe una frondosa mata de guadua en la que anidan los patos, los gansos, las pinguas que vienen del Magdalena y en la que todas las tardes se posan, miles de pájaros de diferentes colores que hacen de la unidad un lugar exótico que invita a pensar en la grandeza de Dios y a despertar el amor por la naturaleza.

A comienzos de los años sesenta, el comandante del batallón amigo de la ecología y amante de los animales tuvo la idea de traer una tortuga del Amazonas y ponerla en el lago como símbolo de la vida de la artillería en el Ejército. Para cumplir esta misión envió a un oficial en avión de la Fuerza Aérea a Leticia el que la trajo en un estanque de cuatro metros de ancho por ocho metros de largo y seis metros de alto. El comandante ordenó que le pusieran los nombres de las unidades de artillería sobre su caparazón, se hiciera una ceremonia especial para su lanzamiento al agua con participación de todos los suboficiales, soldados y personal civil del batallón y se le bautizara con el nombre de "Bárbara".

Muy pronto el lago se convirtió en el centro de admiración de la gente pues la información de la presencia de Bárbara en el lago corrió como pólvora por toda la ciudad.

Un día domingo un oficial que en el momento del lanzamiento del animal al agua estaba en orden público y que había sido seleccionado para integrar el equipo de tiro del batallón, cogió su carabina 22 y se puso a disparar contra unos blancos pequeños que había puesto a la orilla del lago; de pronto vio a la distancia un punto negro que se movía dentro del lago; levantó la carabina, tomó aire, aguantó la respiración y disparó; cual sería la sorpresa cuando vio que apareció flotando con un tiro en la cabeza la tortuga artillera que con tanto esfuerzo se había traído del Amazonas y que meses atrás había sido objeto de honores y de cuidados de todos los integrantes de la unidad. El comandante lo mandó llamar inmediatamente. ¿Se imaginan qué le pudo decir? Lo único cierto es que muy pronto salió trasladado el oficial y que en el Ejército se conoció con el nombre del "Tortugo Salcedo".

Coronel (r) Héctor José Corredor
Cuervo

LOS RIESGOS DE UN OFICIALATO DE SERVICIO

"La probabilidad de que algo malo suceda está en razón inversa a la deseabilidad de que ello acontezca.

Ley de Gumperson

Sostienen los tratadistas del Derecho y lo confirma la sapiencia de la filosofía popular que "la costumbre hace ley". Así en la

vida de cuartel van tomando cuerpo y arraigándose creencias, leyendas y prácticas que, con o sin razón valedera o explicación medianamente científica, se acogen sin reparos como verdades irrefutables y se integran a la rutinizada cotidianeidad del régimen interno, adquiriendo carta de nacionalidad y unánime aceptación. Uno de estos infundios, nunca cuestionado ni siquiera por el casi siempre amistoso y fiestero oficial de sanidad de los batallones, era la vacuna cuadrúpeda y ambulante para evitar la epidemia de las paperas en los reclutas, pues el termino riguroso de parotiditis estaba reservado para ser utilizado solo cuando el diagnóstico se refería al paciente que ostentaba la jerarquía de oficial superior, o a algún miembro de su distinguida familia.

El tratamiento preventivo consistía en pasear frecuentemente, de día y de noche, por los alojamientos de tropa un fornido ejemplar caprino, de recia estampa adornada por una exuberante cornamenta de marido engañado y luenga barba al estilo de líder revolucionario indochino, que indicaba su presencia con fuertes balidos y la corroboraba con el inconfundible y fuerte almizcle propio de su especie, recorridos que se hacían más intensos cuando estaba a punto de incorporarse el nuevo contingente y en los días subsiguientes a la entrada de los reclutas, pues se atribuía al ya maduro chivo propiedades curativas anticipadas de la incómoda e incapacitante enfermedad.

En el Batallón "Tenerife" no podía soslayarse esta tradición que hoy clasificaría dentro del campo

de las medicinas alternativas y un bien acuerpado macho cabrío, cuya procedencia hacía parte de los Elementos Esenciales de Información, EEI, aún no resueltos por el B-2, transitaba por los dormitorios dejando una inconfundible y duradera constancia olfativa de su paso con supuestos propósitos medicinales.

Pero el animal de marras, rindiendo culto a la bien ganada fama de que gozan sus congéneres por su activa vida amorosa, a la menor oportunidad, léase descuido de sus guardianes como si fueran de cualquier unidad del Inpec, escapaba en plan de conquista, creando una situación de alarma e inmediata movilización de los servicios de régimen interno para su regreso a las privaciones de los predios castrenses, por cuanto en el ritual matutino del relevo, una vez cumplida la formación de iniciación del servicio, el famoso chivo, conocido allí como "Pepe", debería estar presente pues de lo contrario los salientes, casi siempre el oficial de servicio y el suboficial de administración, continuaban ejerciendo sus honrosos cargos (léase "doblados") hasta tanto el cuadrúpedo no estuviera a buen recaudo cumpliendo sus funciones curativas dentro del cuartel, requisito insuperable para que se autorizara el cambio de dueño temporal de casco, brazaletes, pistola y llaves.

El protagonista de nuestra historia, quien fungía ese día como máxima instancia de los servicios internos del batallón, ya había sobrepasado en otra oportunidad las veinticuatro horas reglamentarias

por cuenta de una de las frecuentes evasiones del oloroso rumiante, por lo cual resolvió curarse en salud y con el decidido propósito de no dejarse "doblar" le puso un soldado acompañante al animal, a título de ángel de la "guardia" ad hoc, para frustrar cualquier intento de fuga, previsión que dio resultados positivos durante las horas de luz. Para no dar la menor oportunidad al coqueto cuadrúpedo, tomó la decisión de colocarlo bajo llave por la noche y para cerciorarse de su ininterrumpida presencia en el cuartel, mi teniente lo encerró nada menos que en la pieza del oficial de servicio, optando por reposar las escasas horas a las que tenía derecho al descanso en una de las habitaciones del casino, no sin antes impartir consigna perentoria al comandante de guardia de no dejar salir al chivo bajo ninguna circunstancia del improvisado lugar de reclusión nocturna.

Con ello pretendía asegurar su relevo sin tropiezos en la mañana siguiente y poder aplicar sin contratiempos la definición que un tanto diferente a la consignada en el Reglamento de Servicio de Guarnición, daba uno de nuestros capitanes al señalar que el oficialato de servicio era "un día de estímulo que concedía el comandante del batallón a sus más distinguidos para hacerse peluquear y escribir las cartas pendientes por contestar".

Al iniciar el nuevo día, nuestro teniente protagonista de este suceso levantó la medida de aseguramiento que pesaba sobre Pepe y una vez

cumplida la rutina de revista de suboficiales, diana, desayuno y aseo de las instalaciones, habiendo constatado la presencia del chivo, debidamente atado a su ronzal (lazo, en la jerga civil) y cabestreado por un soldado, se dispuso a consignar en el libro del oficial de servicio sus últimas novedades y anotaciones, para cerrarlas con la consabida "Entrego el puesto el señor Teniente N.N. con los siguientes elementos: pistola Browning 9 mm. No. ... etc." y luego colocar el voluminoso libro en el atril donde los comandantes de batería y el segundo comandante del batallón se enteraban a diario de las novedades y recomendaciones allí registradas.

Cuando entró a la aromatizada pieza del oficial del servicio mi teniente encontró que Pepe, haciendo válida la instintiva apetencia omnívora de su estirpe y tal vez como la forma más radical de sentar su airada protesta por el encierro y vengar la afrenta de su arbitrario cautiverio, había engullido una gran parte de las hojas, sin tener consideración con la importancia de las anotaciones, la gran variedad de tintas, letras y errores ortográficos ya cobrados a los descuidados escritores por el procedimiento sumario de las "poncheras". Como postre había también dado buena cuenta de varios folios de los Reglamentos de Servicio de Guarnición, Régimen Interno y Orden Cerrado que junto con el Plan de Defensa del Cuartel hacían parte de los documentos de consulta permanente del oficial de servicio.

El predecible desenlace del insuceso fue la continuidad del

previsivo teniente como oficial de servicio, la compra con cargo a sus magros ingresos de un nuevo libro de minuta y de los reglamentos mutilados y las anotaciones, tarea de amanuense que le tomó cerca de tres días, cuando finalmente pudo dar la orden cumplida y hacer entrega del brazalete, luego de un oficialato de servicio más largo que el tan conocido día "D" del desembarco aliado en Normandía.

En honor a la verdad debe concluirse que Pepe no volvió a ser encerrado, pero ello no lo liberó de tener que permanecer amarrado durante las noches a uno de los frondosos árboles que adornaban la entrada del batallón, con la vigilancia constante del centinela de puerta de muralla y allí, a la inclemente intemperie, sometido a los torrenciales aguaceros característicos del valle del río Magdalena. La moraleja de la anécdota bien podría concluir que contra chivo hambriento no vale hombre precavido y que también, como reflexión académica, el hecho de devorar libros no significa necesariamente ilustración, conocimiento y sabiduría para todos los que se toma el trabajo de consumirlos.

General (r) Armando Arias Cabrales

1961

EL EMBAJADOR DE LA INDIA

Terminado el año de 1961 el curso de teniente a capitán, tres

del Curso Ramón Nonato Pérez — en ese entonces, Tenientes Hiram Villegas Mejía, Obdulio Moscoso Rodríguez y Luis Eduardo Roca Maichel —, fuimos trasladados al Batallón de Artillería No. 6 "Tenerife", de guarnición en la ciudad de Neiva y con jurisdicción, en esa época, en el Huila y sur del Tolima. Cuando llegamos al batallón, el comandante era el señor Teniente Coronel Gabriel Corredor, siendo su segundo Comandante el señor Mayor José María Rivas Forero. Para finales de ese año, el batallón se encontraba —como era de costumbre— en la Guarnición de Neiva, preparando la Fiesta de Santa Bárbara, que era realmente un acontecimiento de especial trascendencia en la ciudad, porque en ella se hacían, inclusive, presentaciones en sociedad de las niñas de las más importantes familias del Huila.



Inicialmente, cuando me presenté por traslado, fui asignado a la Batería 'A' que comandaba un sobresaliente y valeroso Capitán Artillero —Carlos Gil González—, del cual fui su ejecutivo y de quien aprendí tantas técnicas y tácticas del orden público que, con el paso de los días, sigo agradeciendo porque fueron fundamentales en mi formación

militar. Por razones familiares y de salud el comandante del batallón Teniente Coronel Gabriel Corredor Pardo, pidió una licencia y quedó encargado de la unidad el señor José María Rivas Forero, quien reorganizó la unidad y me correspondió ser el de Oficial S-2 del batallón, y por tal razón tuve la oportunidad de conocer y participar en lo que se llamó la visita del "Embajador de la India" al departamento el Huila, por haberme correspondido aclarar la situación de este personaje por lo cual quiero hacer este breve relato para comentar la verdad de lo ocurrido:

Personaje: Jaime Torres, ex seminarista de Garzón, sobrino del Monseñor Felix María Torres Arzobispo de Garzón y actual Arzobispo de Barranquilla.

Antecedentes: este personaje había nacido en el Huila, llegó a Girardot a tomar el autoferro que salía para Neiva y se embarcó. Como los bancos de estos coches eran de dos pasajeros enfrentados a otros dos, al tomar asiento se encontró con dos jóvenes que el reconoció como agentes viajeros que visitaban a Garzón con frecuencia a los cuales escuchó decir que eran Ingenieros Electrónicos de Icasa. Ellos venían tomando costeñita, le ofrecieron una cerveza y le entablaron conversación. Le preguntaron que para dónde iba y en qué trabajaba. Nuestro personaje les dijo que iba para una región colombiana que le habían recomendado porque era parecida a su Patria y que se llamaba departamento del Huila; que desgraciadamente su coche se había

dañado antes de Girardot en donde habían quedado sus valijas, pero que alguien le informó que podía viajar en autoferro y que su conductor una vez arreglado el automóvil, llegaría a buscarlo al hotel de Neiva.

Ese fue el primer contacto, y de allí se inició la conversación, la cual se fue ampliando a medida que el autoferro recorría las sabanas del Tolima y del Huila. Por los comentarios los agentes viajeros llegaron a interpretar que se trataba de un diplomático que iba en viaje de turismo.

Los agentes viajeros, al llegar a Neiva muy acuciosos y detallistas con el presunto diplomático, resolvieron llevarlo hasta el hotel "Plaza" para alojarlo, ya que en la época era el hotel in de la ciudad. Por tratar de hacer las cosas mejor, resolvieron llamar desde el lobby del hotel al gerente, que para ese entonces era Jaime París, quien de inmediato se dirigió al hotel y dispuso de una suite para el ilustre personaje y posteriormente se fue al club social a buscar al gobernador, doctor Gustavo Salazar Tapiero, quien se encontraba jugando un chico de billar con otros socios, quienes se enteraron del acontecimiento. El señor gobernador y el gerente del hotel se dirigieron hacia el mismo, con el Presidente de la Federación de Arroceros del Huila, doctor Abelardo García Salas, quienes, al observar que el coche del diplomático no había llegado a la ciudad —y por lo tanto este no tenía sus maletas—, resolvieron mandar abrir un almacén de ropa de hombre, del cual era propietario

Yezid Lugo, —que estaba dentro del mismo edificio del hotel—, para conseguirle pijama, ropa interior, pantalones y camisas para el siguiente día, habiendo solicitado el Gerente de la Federación de Arroceros que la cuenta se la pasaran a esa asociación. En esta forma el personaje quedó aperado con ropa nueva, bien alojado y sin ningún costo.

Los periodistas, enterados de la presencia de este personaje en la ciudad, —a primeras horas de la mañana, aún estando el diplomático en cama— le hicieron algunos reportajes por teléfono, habiendo comentado, entre otras cosas, su interés por conocer en detalle el departamento en su aspecto social, económico, y cultural, con el fin de que su país ayudara, especialmente, en el campo agrícola y, específicamente, en el área arrocera.

Como consecuencia de lo anterior un piloto de gran recordación y estimación en el Huila, Capitán retirado —llamado el Loro Jiménez— se ofreció a darle un paseo en avioneta al diplomático, para que pudiera observar desde el aire la parte geográfica del departamento.

Mientras esto ocurría, el señor gobernador se presentó en el hotel con sus secretarios, para dar al personaje un saludo de bienvenida al departamento, y le ofrecieron una copa de champaña en el hotel "Plaza". Los rumores y comentarios de esta visita corrieron rápidamente en la ciudad, y gentes que se enteraron de la presencia del diplomático lo invitaron a comidas, almuerzos y paseos; entre otros recuerdo al doctor Eduardo Hakin, Jaime París y Alvaro Díaz.

Como estaba para celebrarse el día de Santa Bárbara, el 4 de diciembre —día en que el señor mayor comandante del batallón invitó al Gobernador al acto—, este le comentó sobre la visita del diplomático y le solicitó que lo invitará a esta fiesta, por ser un acontecimiento social en la ciudad. El señor mayor comandante del batallón le dijo al gobernador que: "no había ningún problema, que aquel fuera otro de los invitados", y así se hizo.

Llegado el 4 de diciembre algunos hicimos la línea de recepción para saludar a los invitados de mayor categoría a la fiesta, línea que se interrumpió cuando llegó el gobernador con sus secretarios, y el alcalde —que era Julio García— acompañando al diplomático.

A la fiesta asistieron los amigos tradicionales del batallón, entre los cuales recuerdo a don Oliverio Lara Borrero, Daniel Gutiérrez, Adán Gutiérrez, Alfonso Perdomo Trujillo, Reynaldo Manrique, Reynel Rojas, Hernando Roberto, y Ricardo Liévano Perdomo, Jorge Villamil, Ignacio y el "Negro" Solano, y un grupo de jóvenes y niñas.

En la mesa de honor se asentaron, entre otros, el señor mayor comandante del batallón, el señor mayor comandante del departamento de Policía del Huila. El señor gobernador y sus secretarios, el señor alcalde, el diplomático, don Oliverio Lara, el presidente del Club Social, el del Club Campestre, Guillermo Espinosa y Alvaro Leyva.

Engalanaban y embellecían esta fiesta la hermosura de las señoritas y señoras huilenses, que estaban presentes en este acto. Todo empezó con una excelente orquesta, muy alegre y acompasado que subió rápidamente el ánimo de los asistentes,

A los pocos minutos de comenzar la fiesta, un grupo de jóvenes amigos entre los que recuerdo a los hermanos Cabrera- me llamó a la terraza del casino y allí me hicieron el siguiente comentario: este tipo se está haciendo pasar por diplomático es un compañero nuestro del seminario de Garzón, de nombre Jaime Torres, y es sobrino de Monseñor Félix María Torres. Esto se lo comenté al comandante del batallón y al gobernador, ante lo cual el comandante me contestó: "usted debe estar pasado de tragos, no crea. Es mejor que se vaya a acostar". Por su parte el Gobernador me dijo: "teniente, yo lo conocí en el Palacio de San Carlos, recientemente, de manera que tranquilo". Volvieron a insistir los amigos y delante de mí, en el bar del casino. Lo saludaron: Qué hay Jaime Torres... y este les contestó: Cómo les va. Y agregó: no vayan a hacerme quedar mal, que aquí me han hecho pasar por embajador... De inmediato recurrí al comandante del batallón y al gobernador y les comenté lo acontecido y me repitieron que no insistiera y que no me dejara convencer por esos jóvenes, que lo que querían era dañar la fiesta.

Mientras esto ocurría algunos personajes huilenses que habían regresado del exterior, entre otros don Oliverio Lara Borrero —que

conocía la India— departía con el diplomático y hablaban de su geografía, economía, cultura, etc. Los hermanos Solano Ignacio y el 'negro' chapuceaban con el diplomático en inglés y en francés y el diplomático —que era profesor de idiomas— respondía con propiedad y desenvoltura.

Enseguida se dio comienzo a la parte bailable de la fiesta y el diplomático solicitó que tocaran algo autóctono del Huila, y fue así como la fiesta se inició con el Sanjuanero, que fue bailado por Rosario Ferro —una de las candidatas de los Rotarios al reinado del Bambuco— y con el maestro Jorge Villamil. La demostración del bambuco fue completa, con todas las fases y movimientos tradicionales. El diplomático observó minuciosamente los pasos y movimientos y pidió que se repitiera el Sanjuanero huilense; sacó como pareja a Silvia Liévano Durán —la representante del Huila al reinado de la Ganadería en Montería—, gran bailarina que hizo pareja con el diplomático y bailaron en forma perfecta las diferentes fases y movimientos del Sanjuanero llegando a ser muy aplaudidos.

Así transcurrió la fiesta de Santa Bárbara hasta la madrugada, y el señor Gobernador invitó a un almuerzo a su finca "La Angostura" —más adelante de Campo Alegre— un gran número de los participantes a esta reunión. Fue así como el día 5 de diciembre, en las horas de la mañana, partimos hacia la finca —al desenguayabe— pero mientras tanto, ya había trascendido el comentario en Neiva de lo ocurrido

el día anterior, por ser una ciudad pequeña y parroquial donde todas las personas se conocen.

Se encontraba de jefe del Das en el departamento un inolvidable jefe y amigo, el señor Coronel retirado Enrique Millán Perdomo quien a primeras horas me llamó para preguntarme qué había ocurrido; le comenté y le solicité que averiguara por conducto del Das si existía representación diplomática de la India en Colombia, y quién era su representante.

Por nuestra parte, nos dirigimos hacia la finca del Gobernador con los secretarios del despacho, alcalde, autoridades militares, de policía y miembros de la sociedad huilense. Al llegar allí nos sorprendieron con las más deliciosas comidas típicas preparadas por "Chalupín", entre los platos había asado huilense, arepas delgadas, insulso, plátano cocido, lechona, masato, bizcochos de achira.

Al observar don Oliverio Lara el buffet típico, le comentó, al gobernador que los Hindúes no comían cerdo porque para ellos era un animal sucio y desagradable, y tampoco consumían carne de res, pues ellos consideraban sagradas a las vacas.

El Gobernador decidido llamar a su secretario de gobierno, el doctor Enrique Martínez y le solicitó que fuera hasta el Club Social y le mandara preparar mariscos, pescados, ensaladas y frutas, que fueran traídas lo más rápido posible y que se colocaran dentro del buffet típico que ya estaba en el mostrador.

El gobernador hizo abrir el buffet y pasó en primer término al embajador, el cual se sirvió de todas las viandas típicas huilenses.

El comentario de los asistentes fue que cómo era de culto el personaje que siendo comida despreciada en su país, aquí sí la comía.

Estando en la finca de La Angostura, el señor Coronel Enrique Millán Perdomo me mandó informar con el detective Lara, que había recibido información del Das de Bogotá y que no había representación diplomática de la India en Colombia, sino que esta era atendida desde la Embajada de la India en el Ecuador, y que este representante hacía meses que no venía al país.

En vista de lo anterior coordiné con el señor Lara para que, terminado el paseo en la finca, estuviera dentro de la suite asignada al embajador, junto con un detective del Das escondido en el closet y un vehículo en el patio interior del hotel, para detener al embajador y conducirlo a las oficinas del Das, a donde yo llegaría en compañía del señor Coronel Enrique Millán con el objeto de interrogar al embajador. Este, al verme, en el Das, se asustó y me dijo: "¿usted otra vez?", y empezó a comentar que sus paisanos lo habían tomado del pelo casi por tres semanas diciéndole Embajador; que él realmente era un profesor de idiomas —opita— pero que no había suplantado a nadie. Previa consultas jurídicas fue puesto en libertad.

Los enemigos políticos del gobernador, que eran conservadores,

entre los que figuraban Jaime Ucrós García y Fabio Arce, resolvieron conseguir un carro de bomberos, hacer una tarima como un trono y disfrazarlo de Hindú, y sacaron al seminarista Jaime Torres a pasearlo por la ciudad.

Dentro de las cosas que le pregunté al personaje que cómo iba a hacer para pagar los gastos de una comida a la cual estaba invitando a muchas personas en la terraza del Hotel Plaza, y él me respondió que efectivamente tenía planeado ofrecer esa comida para corresponder a todas las atenciones que cuando llegara el momento del postre él iba a hablar para agradecer y para identificarse como Jaime Torres opita, ex seminarista de Garzón y sobrino de monseñor Félix María Torres, y solicitaría a los asistentes que cada uno dejara una contribución de 'equis' dinero para cancelar los gastos de la comida.

Mientras tanto empezaron a llegar mensajes al comandante del batallón, entre los cuales recuerdo el del Comandante de la Sexta Brigada, Coronel Francisco Gómez Laverde, quien autorizaba al señor comandante del batallón que viajara a la India y le encargaba unos colmillos de elefante. Sus compañeros y amigos enviaban notas y radiogramas haciendo chacota de lo ocurrido. Los subalternos le pedimos una noche a nuestro comandante, que se hiciera una cartelera en el casino y allí se expusieran todos estos mensajes, cuestión que se hizo y aplacó el temperamento de nuestro querido y apreciado comandante.

Días más tarde se realizó la tradicional fiesta de disfraces del club social en Neiva, asistiendo la mayoría de los socios con disfraces de la India, y se acercaban a la mesa de honor constituida para esa noche por el gobernador, el comandante del batallón y el presidente del club, a saludarlos con una inclinación y quemando incienso y mirra.

Como análisis de este episodio real, hoy, con mi experiencia y el correr de los años, con el conocimiento que me ha dado la vida militar, la feliz oportunidad de vivir por varios años en el Huila y haber contraído matrimonio con una huilense, puedo afirmar:

En el campo militar: que los acontecimientos involucran a un distinguido oficial de artillería que posteriormente llegó al grado de mayor general. Por la forma como ocurrieron los hechos y como participaron las diferentes autoridades y la sociedad, esto le hubiera podido ocurrir a cualquiera que estuviera de comandante y en cualquier guarnición.

General (r) Luis Eduardo Roca Maichel

OTRO QUE CAYO

Encontrándome de oficial de servicio en el Batallón "Tenerife" de Neiva, el señor Teniente Alvaro Herrán Baquero, me llamó y me ordenó que alistara un grupo de PM para hacer una calle de honor frente a la entrada del casino, a fin de rendir honores al Embajador de la India, que según él estaba

de visita en Neiva y que era muy importante darle realce a la fiesta de Santa Bárbara con su presencia. La actividad se cumplió, muy orgulloso saludé de mano al embajador y al día siguiente se estableció que era un seminarista de Garzón, quien aterrado de la chachara de dos importantes opitas, decidió no quedarse atrás y armó tremendo cuento, que le sirvió para burla de políticos y militares. Hasta una canción de Jorge Villamil, hace la descripción de los hechos en forma bastante jocosa, pues relata todos y cada uno de los aspectos vividos en esta fiesta artillera.

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

UN TANQUISTA KOREANO

Encontrándonos de planta en el Batallón "Tenerife" una noche, luego de unos tragos, salimos en un jeep con el Capitán Alvaro Herrán Baquero, quien lo conducía. Tomamos la carretera en dirección a La Cabaña, lugar muy agradable y de aceptación social para bailar con niñas de la sociedad. En el recorrido el Capitán Herrán empezó a "volar" con el jeep poniéndonos en riesgo de accidente.

Nos asustamos bastante y uno de nosotros le dijo "Mi capitán, por favor más despacio que nos vamos a matar" a lo cual respondió— Tranquilos muchachos que yo fui tanquista en Corea".

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

AHORA Y EN LA HORA

Estando recibiendo parte del Batallón "Tenerife" el coronel comandante del batallón, el Teniente Carlos Gil llegó retardado a la iniciación del servicio, a lo cual él le dijo: " Teniente Gil usted está retardado, son las siete de la mañana", ante lo cual el Teniente Gil respondió: "Mi Coronel en mi reloj faltan diez para las siete, usted trabaja por su reloj y yo por el mío ", lo cual obviamente trajo las sanciones correspondientes.

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

UN COMANDANTE MUY CABALLERO

Lo más simpático que me pareció en mi escasa experiencia como oficial de artillería, ocurrió a finales del año 1961 cuando los segundos comandantes del Batallón "Palacé" el señor Mayor Alvaro Carrillo González y luego, el señor Mayor Primo González Nieto, por razones que aún desconozco y que ellos seguramente no podrán olvidar, resolvieron "desertar" o abandonar el cargo y que dicho sea de paso fue encargado en su remplazo al capitán más antiguo, el señor Capitán Raúl A. Pulido Rozo.

Sigo relatando razones que desconozco y en esos momentos el señor General Quintero comandante de la Tercera Brigada, ordena que el señor Coronel Delgado Nieto, traslade el puesto de mando a Zarzal Valle donde operaba el, Destacamento Norte. Con esta orden

queda el Batallón "Palacé" sin comandante y para suplir este vacío el comandante de la brigada dispone que el señor Mayor Gustavo Matamoros D'Costa, quien era el S-3 del Grupo Cabal, asuma el mando del batallón.



Todavía estamos sorprendidos, pero con muy grata recordación los que tuvimos el honor de estar bajo su mando, y atoramos el saludo matutino "Grupo buenos días ", así como el término del servicio para departir en el casino de oficiales con tan gran caballero.

Mayor (r) Jaime Monzón Lozano

EL PILOTO DE LA NAVE ESPACIAL

Corría el año 1961, si la memoria no me es infiel y al Batallón "Tarqui", comandado entonces por el artillero que en grado de antigüedad le correspondía, había llegado un

teniente quien por su manera de ser tenía fama de loco. Esta situación hizo que con frecuencia tuviese que viajar a Bogotá a consulta con el psiquiatra. El tratamiento estaba un poco prolongado y el profesional veía con satisfacción que su paciente estaba presentando mejoría; infortunadamente su optimismo se fue al suelo en la última consulta con el siguiente hecho "Teniente —le dice el profesional—, usted está mejor, pero es necesario que se quede unos días en Bogotá, para ultimar algunos chequeos", "doctor: por favor! No puedo —dijo el oficial—, porque tengo que regresar de inmediato a mi batallón para conducir mi nave espacial y esto debo hacerlo mañana ".El psiquiatra muy preocupado y sorprendido pensó para sus adentros: "a este tengo que internarlo, porque está más chiflis ! "doctor —continúa el oficial—, no se sorprenda, no puedo demorarme; debo conducir la nave espacial; debo regresar"; el médico, muy sorprendido, le respondió: "voy a llamar a su coronel para informarle que usted va a quedar interno porque su estado de salud así lo exige"; efectivamente el médico tomó el teléfono y llamó. El comandante en vez de preocuparse por el estado de salud de su subalterno le respondió: "doctor, por favor envíeme al teniente cuanto antes, porque él es el piloto de la nave espacial y no puede faltar el día de mañana". Ya supondrán qué pensaría el médico; cuándo podre, internar al coronel y al teniente en un hospital psiquiátrico.

Realmente ni el teniente ni el coronel estaban locos pues al día siguiente, dentro de la programación del "Aguinaldo Boyacense" había desfile de carrozas y el Batallón "Tarqui" lo haría con una que representaba una nave espacial y el aludido oficial era el piloto.

Mayor (r) Isaias León García

NO HABIAN SABLES PEQUEÑOS

Controlando el aseo de la tienda de los cadetes, con el sable que sacaba chispas y viendo esa lucha entre el recluta por comprar su adobe, la mogolla o el Kumis y despejar el área de botellas y papeles; ordené a todo pulmón: "hacer aseo". No faltó el mamagallista y cual sería la pelotera que le armé. Al cabo del rato me dio la orden cumplida entre la ira y sumisión. Mirándolo arriba le increpé: " Cadete Arévalo, por qué llora". " Permiso para hablar mi brigadier mayor; (sin quitar la mirada al sable); es que no entiendo usted por qué me lo tengo que aguantar"! Años más tarde fuimos buenos amigos y me comentó que en es época tuvo la intención de regalarme unos rodachines para el sable, cogerme vara y no más la voz de aseo para él.

Coronel (r) Germán Castro García

CASI SALGO DE ROJO

No había en Puente Aranda, uniforme de gala para mí. El

almacenista tranquilo me comentó: "tallas no hay sino para como Pedroza, Hauseur o Durán" en fin. Yo no tenía hasta entonces idea quiénes eran. Ya al final y con afán, creyendo como solución final. "Mire, le va a tocar con uniforme de infantería de esos sí tengo para usted"

Comentario que no me demoré en dar a mi teniente Pradilla, oficial artillero de mi compañía. Ante esta anomalía no se despelucó pero sí gritó. (Usaba extremada y germánica Shuler) Tomó el teléfono, no sé lo que hizo para mi caso solucionar pero exclamó: "Eso le pasa brigadier mayor, por no crecer ni cuajar".

Coronel (r) Germán Castro García

LANCERO POBRE O POBRE LANCERO

Siendo alumno en el curso de lanceros en 1961 y casi en navidad, me pregunta curiosamente un capitán instructor de la escuela: "Lancero: ¿Cuánto gana usted?", con la energía propia del alumno le respondí: "\$900 mi capitán" A lo cuál me manifestó: "eso es mucho para un subteniente". Cual sería mi desilusión pensando que estaban haciendo un sondeo para aumentarnos el sueldo y no fue así. Fatigado y cabizbajo me requirió: "Qué le pasa lancero". " Mi capitán, yo pense que por la leche que aquí me sacan, usted una prima me iva a dar". Casi ofendido me contestó: "Pues búsquela con sus compañeros porque en mi familia no la hay".

Coronel (r) Germán Castro García

SARGENTO DE LA EPOCA

El señor Coronel Gustavo Delgado Nieto era el comandante del Batallón "Palacé" de Buga, mi primera guarnición como subteniente en el año 1961.

Encontrándome allí asignado a la batería de instrucción, en donde un buen día, como cosa muy simpática el señor Capitán Gamba le dijo al Sargento Luis Romero: "sargento lea la orden de día".

Un sargento veterano, con casi dos metros de altura, ascendido a dedo, con unos mostachos parecidos a los de Serpa y para completar con un sable que siempre arrastraba y con el cual perecía que lo arreglaba todo, se dispuso con gran estío a cumplir frente a la batería lo ordenado por el capitán.

Estando ya en el artículo quinto, fue interrumpido por el Capitán Gamba para que repitiera el artículo cuarto. El Sargento Romero en lugar de cumplir con este mandato, Inició nuevamente la lectura de toda la orden del día desde el principio. Un tanto contrariado y confundido, el capitán le insistió para que volviera a leer el artículo cuarto, y el Sargento como cosa muy extraña volvió a responder con la lectura de toda la orden del día. Ya furioso y bastante desesperado por lo que ocurría, el capitán le exigió que leyera el artículo 4o. y sólo el artículo 4o. a lo cual el sargento contestó,

"Mi capitán, no puedo repetirle el artículo 4o. y sólo el artículo 4o.,

si no me deja leerle toda la orden desde el principio, porque yo no sé leer”.

La realidad: el Sargento Luis Romero tomaba de memoria exacta nota de las instrucciones de su capitán para la orden del día y así se lo dictaba al soldadito escribiente. Luego se lo llevaba a casa, en donde su esposa se la leía tantas veces como fuera necesario para que se le grabara y el día siguiente podía recitarla en la formación.

Mayor (r) Jaime Monzón Lozano

1962

UN CEMENTERIO DESALINEADO

Cuando era ejecutivo del entonces Teniente Coronel Sarmiento en el Batallón “Tenerife”, recibí la orden de hacer el cementerio para que nuestros muertos “vivieran” decentemente en un rincón de la unidad, adornado por las arcadas del antiguo acueducto de agua de Neiva, acariciado por las brisas de la quebrada de Las Ceibas y bendito por el dominicano alemán Padre Muller porque el obispo de Garzón no quiso hacerlo, y cuidado por la inolvidable viejita Sildana. Después siendo comandante encargado, me correspondió el entierro de un soldado hijo de León antiguo trabajador de mi suegro en Santander, León llegó como a los cinco días a reclamar el cadáver de su hijo, cuánto trabajo me costó convencerlo de que era absurdo desenterrarlo,

que más bien hiciéramos un planito en donde quedará clara la fila y la hilera de la ubicación de la tumba para que pasados dos o tres años viniera por los restos.



No pense volver al Tenerife, pero a los dos años fui nombrado comandante titular. En posesión del cargo, un buen día pasando revista, encontré las cruces del cementerio desalineadas y torcidas, entonces llamé a mi ayudante el Teniente Eliset y le dije: “Teniente usted como jefe de personal es responsable de los vivos y de los muertos del batallón, el cementerio está en desorden, yo quiero que este sea una replica del Arlington en Estados Unidos’. Muy bien, a los tres días, el teniente con unos soldados habían desenterrado todas las cruces y en las intersecciones de unas cabuyas templadas simétricamente de norte a sur y de este a oeste con un intervalo de un metro, las estaba clavando. El cementerio quedó perfecto pero

debajo de las cruces no están los muertos. Y para desgracia apareció León y yo ordené: "Teniente entrégueme los restos del soldado al señor". Se trasladaron al cementerio, León sacó el planito, contó dos cruces a la derecha, cinco hacia el fondo y no encontró la cruz de su hijo, esta había quedado en un extremo. El cuento de que últimamente se habían presentado muchos muertos y el cementerio había cambiado, se lo comió León. Pero el problema siguió, Eliset con diez soldados, barra y pala, cavaron día y noche debajo de la cruz, sacando piedras y tierra, sin encontrar muerto alguno. Hubo que distraer como se pudo al buen León y en una cajita de madera taponada, le entregamos una calavera y unos huesos que nos **facilitó Sildana**, la linda viejecita cuidandera de muertos. León se fue con su muerto y Eliset recibió felicitación por su buen desempeño como jefe de personal.

Mayor General (r) José María Rivas Forero

DE LA VIOLENCIA A LA PAZ

A finales del año de 1962 fue creada la Octava Brigada del Ejército con su puesto de mando en Armenia, siendo su primer comandante el Coronel Omar Gutiérrez Ospina y Jefe de Estado Mayor el Coronel Armando Vanegas Maldonado que estuvo año y medio como segundo y año y medio después como comandante.

La actividad que se vivía bajo el punto de vista de orden público

era sombría y preocupante, por cuanto en el Quindío y norte del Valle, jurisdicción de la brigada deambulaban varios grupos de guerrilleros con un total de cuatrocientos hombres, aproximadamente.

Estos bandoleros entre quienes se destacaban Teófilo Rojas alias Chispas, Efraín González, Puente Roto, Patricortico, el Indio Guaré y Arturo, como cabecillas visibles que hacían con sus hombres mucho daño a la población civil. En aquella época el bandolerismo era diferente al actual en cuanto a los objetivos por alcanzar porque el motivo político no se ventilaba siendo casi todo desviado hacia lo económico, teniendo en cuenta que se trataba de despojar de sus tierras a los propietarios mediante ataques, ocasionando muertes y grandes traumas. No se contaba entonces con la injerencia de Fidel Castro, Cuba, Libia, Rusia, y otros países que fueron después tan pródigos en su acción proselitista en la acepción de la palabra.

De este grupo de bandoleros, entre los años 1962-1965, fueron dados de baja doscientos setenta hombres con cuya eliminación fue recuperada la paz y economía obteniéndose el restablecimiento de la normalidad, interrumpida desde mucho tiempo atrás.

Desde luego deben considerarse varios factores que ayudaron estos logros. A saber: total colaboración de la población civil, la no injerencia de la fiscalía y la procuraduría en operaciones de las tropas, y lo más importante: la gran colaboración y apoyo a las operaciones por parte

del Presidente de la República, doctor Guillermo León Valencia. Quien con su acción positiva imprimía eficacia en la acción estimulando siempre a los mandos y a las tropas. Por algo se le decía con justicia el presidente de la paz.

Con posterioridad, el suscrito fue designado Gobernador de Caldas, (1966) teniendo en cuenta que al Gobierno Nacional se le dificultaba esta designación en nombre de un ilustre civil caldense porque se agitaba de manera intensiva la creación de los departamentos de Risaralda, Quindío y Caldas como finalmente ocurrió mediante aprobación del Congreso de la República.

En desarrollo de esas funciones la experiencia fue diferente, sin embargo, vale traer a cuento algo que era de común ocurrencia cuando ejercía las funciones de comandante de la Octava Brigada y se producían bajas de bandoleros que para el gobernador de Caldas en esa época doctor Ramón Marín Vargas, se trataba de honrados campesinos como ocurre en la actualidad y que en ese entonces era motivo de controversia con el comandante de la unidad operativa con cruce de palabras fuertes de lado y lado. Una vez esto fue tan fuerte que el Gobernador sin miramiento alguno y sin pensarlo dos veces me envió a terrenos muy distantes y yo ni corto ni perezoso lo mande mucho más lejos. Acompañando mi comentario de adjetivos no publicables, colgándole finalmente el teléfono.

Consciente de que esto podría traer para mí dificultades mayores

me apoyé en el Comandante del Ejército, Mayor General Gerardo Ayerbe Chauz pidiendo además su consejo y respaldo. El me contestó preocupado y me dijo que pondría el caso en conocimiento del Ministro de Defensa General Gabriel Rebéz Pizarro y que me llamaría luego. Al día siguiente recibí la autorización para hablar sobre el caso con el señor Ministro, y así lo hice, dándole a la primera autoridad militar toda la información requerida.

El ministro me reprochó la colgada de teléfono, pero me prestó su apoyo para tratar todo el caso con el señor Presidente de la República. Dos días después me llamó el señor General Rebeiz, y me ordenó que debía viajar a Bogotá, porque a las once de la mañana del día siguiente debía estar yo en su compañía en el despacho del presidente, junto con el Gobernador Marín Vargas y el Ministro de Gobierno que el doctor Pedro Gómez Valderrama, esto ocurrió milimétricamente al día y hora de la cita, llegando todos puntuales para arreglar el incidente.

El presidente se retardó una media hora (como era costumbre) y cuando apareció ordenó servir tinto con coñac para todos. Se habló de deportes, de política internacional pero no se tocó el tema motivo de la cita. Al final de la reunión todos nos despedimos muy cordialmente y el incidente quedó finiquitado, sin volverse a tratar el tema posteriormente.

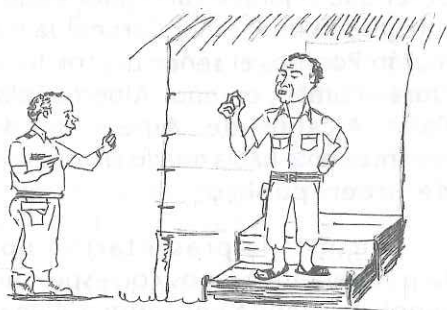
Moralejas: a los políticos experimentados es preciso considerarlos, pero atender la totalidad

de sus requerimientos, y en motivos políticos y administrativos es preciso tomarse un tiempo para tomar decisiones que en principio deber ser bien pensadas.

Brigadier General (r) Armando Vanegas Maldonado

COTIZAS COTIZADAS

Encontrándonos de planta en el Batallón "Tenerife" el Teniente Rodríguez Arango Augusto, con la anuencia del señor Coronel Corredor Pardo Gabriel - cariñosamente llamado "Remache" envía mediante oficio varias cotizas o alpargatas Luis Rodríguez quien se encontraba



de Comandante de la Base de Praga (Huila), en el que se ordenaba que debido a la situación crítica del ejército era necesario emitir un concepto sobre su calidad, duración, comportamiento en diferentes terrenos sustentación, comodidad, etc., pues se estudiaba el posible envío al ejército como dotación, para lo cual daba un plazo de tres meses. Con el profesionalismo que caracterizó a Luis Rodríguez, dicen que él se puso un par de cotizas y en forma muy puntual respondió a los interrogantes manifestando que él personalmente había vivido las

experiencias con su personal. Este hecho causó bastantes comentarios jocosos y obviamente una ponchera al Teniente Rodríguez.

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

LA REINA DEL ARROZ

Corría el año 1962, éramos integrantes del Batallón "Tenerife", en la agradable, coloquial, calurosa, amable y hospitalaria ciudad de Neiva, entre otros los siguientes subalternos Obdulio Moscoso, Augusto Rodríguez Arango, Manuel Martínez Pachón, Emeterio Puentes, Alvaro Castro García, Alvaro Bonilla López, Argemiro Cruz, que para esa época habían alcanzado los grados de subtenientes y tenientes y que gozamos además de estar bajo las gratas órdenes del señor Teniente Coronel Gabriel Corredor Pardo



Remache a quienes los subalternos llamábamos "el comandante amigo", pues con él manteníamos unas relaciones especiales de cordialidad, respeto y acatamiento. Estando la tarde de un sábado en el casino de los subalternos que disfrutábamos de una vida familiar muy agradable de compañerismo y hermandad envidiable hoy día, uno de ellos resolvió proponer que invitáramos a unas niñas del Batallón "Levante" hoy día "Bloque de Búsqueda" a comer empanadas con masato en un sitio que en esa época se denominaba Kilometro 14 y que era vía Neiva Campo Alegre, adelante del Club Campestre "La Espantosa" allí llegamos con nuestras amigas en el carro del Teniente Obdulio Moscoso quien era el único oficial que tenía automóvil y que se lo había dejado a cargo el Teniente Rodríguez Arango por encontrarse su dueño en el área de orden público.

Llegamos al kilómetro 14, comimos algunas empanadas y resolvimos seguir camino hacia Campo Alegre. Al llegar a este municipio nos dimos cuenta que se encontraban en fiestas del Reinado del Arroz en la cual participaban la mayor parte de los municipios del departamento del Huila. Al llegar a la plaza principal paramos el carro e invité a la señorita Nohora Rojas a descender del carro y nos dirigimos a un almacén de telas que estaba abierto y pedí una cinta ancha de color negro la compré y con una tiza escribí 'AYPE' la puse a Nohorita con un gancho, me compré un sombrero de paja para mí y le dije: a partir de este momento tú eres la Reina de Aipe. Nos reunimos

los subalternos y los otros amigos y le comentamos que íbamos a participar en el Reinado que en ese momento se llevaba a cabo en un estrado del colegio municipal. Mientras esto ocurría Alvaro Bonilla, Manuel Martínez Pachón y Augusto Rodríguez contrataron una pieza con la banda del Espinal que estaba en la plaza y la cual nos costo 25 pesos de la época que pagamos entre todos.

Y al son de la toque de la banda resolvimos entrar al colegio municipal haciendo algarabía de la llegada de la Reina de Aipe. Hice de parejo de Nohorita la entrada por la pasarela del estrado y cual no sería mi sorpresa al ver que el jurado calificador estaba integrado por el señor Coronel Jaime Durán Pombo, el señor doctor Julio Durán Pombo, el señor Alberto Falla Falla Alcalde de Aipe donde recientemente había estado en comisión de orden público.

Hicimos la presentación por la pasarela luego nos correspondió repetirla cuando volvieron a llamar a los candidatos por orden alfabético de los municipios.

Empece a darme cuenta que los jurados se hablaban entre sí y que el alcalde de Aipe les comentaba que no había mandando ninguna representación de su municipio.

Al observar esto, llamé a Augusto Rodríguez y le dije que preparara la salida o volada de aquí pues de golpe nos van a dar en la jeta. Así fue que cuando la banda del Espinal contratada empezó a tocar una pieza, tome a Nohorita Rojas del brazo y la saque del escenario a

una puerta donde encontré el carro que ya estaba prendido con sus ocupantes y partimos velozmente hacia Neiva, felices después contraería matrimonio católico con el Teniente Augusto Rodríguez Arango hoy brigadier general retirado y casado con Nohora Rojas la Reina del Arroz de Aipe.

General (r) Luis Eduardo Roca Maichel

EMPEZARON LAS SUBTENIENTADAS

Como subteniente en el Tenerife y oficial cantinero, a la hora ordenada no le presenté el libro del balance a mi Capitán Roca, presidente del casino.

A la una de la mañana por fin cuadró la cosa. " Mi capitán, aquí tiene el balance y centavos más" - Miro el libro y exclamó": sumas iguales pero con esos 6 centavos sobrantes; no sea bruto" "Bruto sí mi capitán pero honesto" - comprendió mi caso y él mismo firmó el libro, mientras al grill del Plaza me fui a bailar.

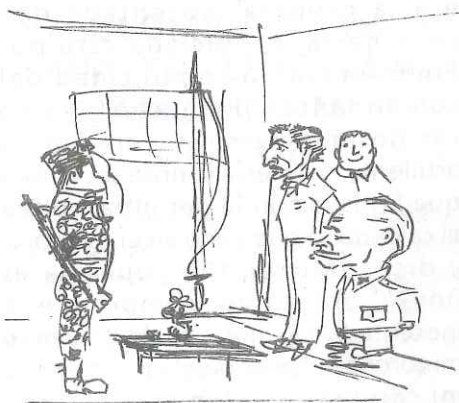
Coronel (r) Germán Castro García

1963

LA INOCENCIA MALA CONSEJERA

A pesar de los problemas de orden público, nuestro querido Comandante del Batallón "Tenerife", el Teniente Coronel Gabriel Corredor Pardo hacía del batallón una unidad

en donde se trabajaba con entusiasmo y profesionalismo y de los oficiales un grupo distinguido de caballeros, ligados a la sociedad de Neiva, por vínculos de familia amistad y especial cooperación; el compañerismo, camaradería y comprensión eran ingredientes de un buen pasar en nuestro batallón que tanto queremos quienes como yo, estuvimos allí en varias ocasiones. Dentro de este ambiente sucedió que, un capitán que había sido trasladado a Bogotá se ocupaba con una escuadra de soldados de cargar dos camiones con trasteo; el capitán muy activo, urgía a los soldados a cargar los vehículos porque debía partir cuanto antes para llegar el mismo día a la capital. De pronto una llamada telefónica de Pimpilín Rodríguez: "Mi capitán, la situación de orden público es muy grave; en el Pato, el Mayor Ciro (jefe guerrillero) se tomó un puesto militar y la situación es caótica. A usted se le ha suspendido su traslado y mi Coronel ordena debe presentarse de inmediato al comando; ¿le envío vehículo?" "No —contesta el capitán—, ya desempacaré el camuflado e iré



a trote para el comando". "Mi amor —dice el capitán a su esposa— la situación es muy grave, no hay traslado, por favor búsqume un camuflado"; luego dijo a los soldados: "Descargar los camiones; no hay traslado era muy activo, y salió al trote al comando; llega cuando iba a entrar a la oficina del comandante para presentarse, el ayudante, Teniente Augusto Rodríguez, dice: "mi capitán, por favor, no puede entrar". Por la mente del capitán pasaron muchos pensamientos: ¿qué habrá pasado tan grave que el capitán a quien se le suspende su traslado y además conoce a cabalidad todo el operativo militar de la jurisdicción, no puede entrar al comando en el momento en el que se le cita? Breves momentos transcurrieron sale del comando el Capitán Rodríguez dice al capitán con cierta sonrisa: "Mi Coronel Corredor lo está esperando":

Entra el capitán, saluda y se presenta a su comandante con acostumbrada energía informándole el motivo de su presencia en el comando, no obstante estar trasladado. El comandante, "Ese día el capitán cumplía años y no era la primera inocentada que se le hacía, propiciada esta por Pimpilín con la complicidad del comandante. "Remache", como cariñosamente se le llama en la artillería, con cierta sonrisa socarrona que la situación le permitía, voltea el calendario que tiene en el escritorio y dice: "Mi capitán ¿qué día es hoy?", el capitán, comprende la inocentada y le dice: "28 de diciembre mi coronel"; "pues pásela por inocente mi capitán; pueden ordenar que

vuelvan a cargar los camiones con su trasteo y que tenga buen viaje".

Ese día el capitán cumplía años y no era la primera inocentada que se le hacía, propiciada esta por Pimpilín con la complicidad del comandante.

Mayor (r) Isaías León García

MIS AMIGAS PISTOLERAS

Oiga teniente, emocionadamente me dice un oficial de alto rango (omito el nombre. Lleva casado medio siglo o más). "Necesito que me consiga radiola, trago y pasabocas; tengo unas amigas y nos vamos de "sandegá con Pol". Acuciosamente todo quedó dentro del Ford de comando. Al día siguiente mi coronel estaba enfurecido; pensando que era guayabo, se lo pregunté; y dice: "Vea Castrín esas viejas nos bebieron, nos bailaron, de todo pasó pero nada de Pol" - y "cómo se llaman mi Coronel, si se puede saber (en Neiva todo ya se sabía porque...qué chismosos) Ellas son A.. B.. Y C.. " Si usted mi coronel me lo hubiera dicho antes, le había evitado semejante pastel, a esas amigas más las llaman las pistoleras; no ve que yo llevo tres años acá!.

Coronel (r) Germán Castro García

LA SUPLANTACION

Mi teniente, dice el sargento radiooperador, qué hago que mi coronel no aparece para el programa con Ibagué y lo están "esperando

ya. Como ayudante lo consideré fácil. Pasé al radio Single-Band, imité su voz, sostuve más o menos la jerigonza que se usaba; y cuando el tigre 6 de la Brigada algo raro notó, rápidamente le comuniqué: "Este es talante 6 me retiro, quedo fuera por tormenta"

La tormenta no fue tanto por la mentira. El arresto que me podía ganar no por suplantar al comandante sino por no imitarlo ante su plana mayor y ante él.

Coronel (r) Germán Castro García

FIESTA DE GALA - OTRA SUPLANTACION

En artillería y por este caso quién no sabe en esta vida, como dice la canción el caso del señor embajador diez de la noche y yo de plantón esperando al "ilustre doctor", con un séquito y a la cabeza del gobernador, porque a nuestro amigo el suplantador, no le conseguían smoking ni pantalón. Mi novia de gala y yo con cordón, casi nos peleamos por tanto esperar. Por fin a la guardia llegó. Alarma, mucha fue la carrera y en fila de comitiva todo mundo quedó, para darle el saludo Hindú.

En el festín de la noche el whisky se me subió, bailé con Bety Prado hasta las tres. De pronto llegó mi mayor y ordenó: ayudante espante las vacas que están en el jardín; con mucho cuidado y que cuenta no se dé, nuestro ilustre embajador, así no den leche, sagrados son.

Abandoné a mi amor para cumplir la misión. ¡Hera, hera vaquitas! Con cualquier voz, menos de tenor; bajito y pausadito para no causar problemonón! ¡Vamos, vamos vaquitas! Y no se abría el portón. En medio de mis tragos pensaba: la novia desesperó o estas pendejas vacas quieren con la orquesta bailar un son. Por fin lo logré y oigan bien. A la mesa redonda de mi comandante llegué: cumplida su orden mi mayor, el grupo de vacas ya se fue. Lo de vacas el señor honor ni siquiera escuchó. Obispo, alcalde, personajes y gobernador se asustaron y casi me dicen bocón y miraron alrededor; después que hicieron sus gestos la rasca se me pasó; al día siguiente ni guayabo ni dolor.

Todo se supo; un seminarista aburrido de la vida, oriundo de Garzón que a todo mundo nos engañó.

Coronel (r) Germán Castro García

1964

"COLOMBIA PATRIA MIA TE LLEVO CON AMOR EN MI CORAZON"

En sana lógica podría esperarse que aquellos individuos que imprimieron alguna huella, o por lo menos legaron motivos para ser recordados, en la vida de las unidades artilleras, Ocuparon renglones del escalafón militar y lucieron

con orgullo en el uniforme "los cañones que se cruzan en el pecho", distintivos de la Divisa Negra, sin embargo, también dejaron su aporte actores que no tuvieron nexo formal o profesional con Ejército, cuyos lazos con la instrucción se tejieron con los hilos del afecto y el patriotismo.

Por los vericuetos de las memorias artilleras vagan difuminadas algunas figuras con perfiles fantasmagóricos, que exhibieron en vida características muy peculiares en su personalidad y su conducta, que las diferenciaron del común de las gentes en las unidades; ya en otros escritos en prosa y también en inspirada rima, como la del señor General José María Rivas Forero al hacer justo reconocimiento a Sildana, la abnegada servidora y apóstol del "Tenerife", se ha intentado rescatar de la penumbra a dichos protagonistas.

A la manera de los pacíficos poblados de antaño, donde cada uno contaba como parte de su patrimonio parroquial y exhibía como algo muy propio su personaje característico, también dicho fenómeno se repetía en los batallones del arma; en esta ocasión la reminiscencia se remonta a alguien que hizo parte de la pequeña historia del, en ese entonces numerado Batallón de Artillería No.4, "San Mateo", cuyo nombre de pila nadie conocía pero que todos identificaban como "La Pola", pues ella misma se presentaba, poniéndose firmes y con voz algo estentórea como "Policarpa Salavarrieta de Pereira".

Religiosamente, haciendo gala de la virtud de la puntualidad hoy tan en desuso. La Pola llegaba

a la guardia del batallón, sin importar el día de la semana o las condiciones del variable e impredecible clima pereirano, antes de que se diera inicio al cotidiano ritual de izar el pabellón nacional. Luciendo su "uniforme de servicio", extraña combinación de prendas pseudo-reglamentarias que se integraba con una gorra adornada con lazos bordados en su parte superior al estilo francés, con una guerrera prusiana de color azul, normalmente realzada con algunas medallas que contrataban con la abotonadura dorada, el cordón de ayudante y las presillas, breeches negros con franja lateral al estilo de un general de la Wehrmacht germana de la Segunda Guerra Mundial, botas altas de esmerado brillo; un cinturón universal y una especie de réplica de sable completaban el atuendo en el que se enfundaba aquella señora, de regular estatura pero bastantes carnes, que ya había superado el medio siglo de existencia.

Su rutina comenzaba con un llamado de atención al comandante de guardia, en el que a viva voz le decía: "Mi primero, para dejar constancia que empiezo a prestar mi servicio diario, solicito que se haga la anotación correspondiente en el libro".

Luego, ubicándose en la avenida 30 de agosto, adoptaba una rígida posición de firmes y saludaba con la mano en la visera, mientras se rendían los honores a la bandera; cumplido este ceremonial y acallados la banda de guerra y el disco del himno nacional, ella, con la mejor

fortaleza de sus pulmones, invocaba la oración patria, herencia del eximio capellán militar Pedro Pablo Galindo.

Allí, desde sus consuetudinarios lugar, momento, vestuario y actitud, La Pola, a voz en cuello y con el fervor nacionalista que la animaba, sin que la perturbara el tráfico de una vía tan concurrida ni las burlas que en veces suscitaba entre los transeúntes jóvenes que la desconocían o las molestias de algún comandante de guardia intransigente, recitaba el "Colombia patria mía, te llevo con amor en mi corazón, creo en tu destino y espero verte siempre grande..." hasta completar, sin interrupciones ni vacilaciones el rezo del salmo patriótico.

Luego de este protocolo, dedicada algún tiempo para hablar en tono didáctico, desde el lado externo de la malla, con los niños que salían al área verde de las casas fiscales porque se constituía en atracción cotidiana y después, por indicación del oficial de servicio o del comandante de guardia, se dirigía a prestar seguridad a algún sector externo del cuartel, tarea a la que dedicaba un par de horas, reportándose de nuevo a la guardia al término de dicha labor y dirigiéndose hasta el día siguiente hacia el centro de la ciudad a cumplir otras actividades de índole menos castrense.

En el centro de Pereira visitaba en sus recorridos rutinarios oficinas públicas y privadas, alcaldía, notarías, juzgados, bufetes y otras dependencias, donde era acostumbrada y tolerada su presencia; allí se le "seguía la corriente", elaborándole solici-

tudes y memoriales que dirigía a todas las instancias superiores, desde la Presidencia de la República, pasando por el Ministerio de Defensa, el Congreso o el Comando del Ejército, hasta otras dependencias privadas, mensajes cuya temática se refería a plantear problemas y pedir soluciones, en muchos casos de imposible o descabellada realización, en beneficio del batallón, de las instituciones o de algún sector de la comunidad local; nunca su motivación estuvo asignada por el propósito de una prebenda personal.

En los comienzos de sus exaltadas manifestaciones patrióticas, se le franqueaba sin restricciones el acceso al batallón; allí entraba y deambulaba por todas las dependencias y en su cruzada impartía órdenes, emitía conceptos y daba consejos, para mejorar lo que a su "juicio" merecía correctivos. Pero poco a poco, sus inoportunas y notorias intromisiones durante las ceremonias y eventos especiales, casi siempre atentatorias contra el estricto ceremonial castrense obligaron a limitar progresivamente sus diarios paseos por el cuartel, por lo cual su visita matutina llegaba hasta la guardia, desde donde asistía a la "iniciación del servicio".

Si de festividades patrias se trataba o cuando celebraciones cívicas, deportivas o religiosas se cumplían en la ciudad, no podía estar ausente La Pola, en tales calendas cambiaba el "uniforme" y el atuendo parco en colores de "diario" se transformaba en el abigarrado de gala, con guerrera blanca, con charreteras, breeches rojos, y con gorra de colores vivos y contrastantes; entonces calzaba

guantes de cabretilla para empuñar la bandera nacional que hacía ondear en la tribuna de las ceremonias o que portaba encabezando con paso marcial los desfiles.

Siempre estaba enterada de las actividades programadas en el batallón, y hacía presencia esporádica en las áreas donde se llevaban a cabo ejercicios de tiro de artillería o entrenamientos de combate, al igual que en uno de los eventos que más le atraían, las "jornadas de acción cívico-militar" en la poblaciones o caseríos cercanos, Allí, no desaprovechaba la oportunidad para tomar el micrófono, hacer la apología del Ejército, invitar a la ciudadanía a respaldarlo y para repetir su discurso patriótico, con repartición de mercados u obsequios y en la organización de las filas para la atención médica, odontológica, de peluquería y otros servicios que se ofrecían al público.

Nadie puede con absoluta precisión establecer quién o quiénes tuvieron mayor injerencia en crear en la mente de La Pola su obsesión cívica y su demencia mística; algunos de los tenientes y capitanes de esos años, quienes llegaron con el tiempo a lucir los soles de general, se encargaron de alimentar su febril patriotismo al igual que los libros de caballería le alteraron el seso a Don Quijote; le diseñaron y patrocinaron sus multicolores uniformes, le impartieron una instrucción elemental de orden cerrado y cortesía militar, la incentivaron a participar en los eventos ceremoniales y llegaron hasta otorgarle el reconocimiento

como la primera astronauta colombiana, con título y pase debidamente certificado en papel sellado, materializado en la construcción de su vehículo espacial, encargado a un sargento armero, quien entre latas, remaches y soldaduras daba figura al remedo de cohete, ingenio al que con alguna frecuencia pasaba revista el personaje de esta historia, para introducirle ajustes tecnológicos, durante sus recorridos rutinarios por el cuartel.

No obstante el mundo iluso donde actuaba, La Pola tenía una familia constituida, con esposo y descendencia; en una acción cívico-militar realizada en el municipio de Marsella, donde acudió a prestar su concurso, se hizo acompañar por un par de angelitos de cabellera rubia recogida con cintillas en dos moñitos laterales, de piel sonrosada y bellos ojos azules; al indagar por las niñas que no pasaban de dos años, orgullosamente las presentó como su nietas, a quienes deparaba toda su suerte de cuidados y mimos.

La prohibición de ingreso al batallón se hizo cada día más drástica y las llamadas de atención a los comandantes de guardia crearon un ambiente de agresión en algunos de ellos hacia la uniformada señora, que provocaba en ella desafueros verbales que excedían su original unción por la oración patria, el himno de la artillería y el himno nacional. Frecuentemente, a voz en cuello emitía su descarnado concepto y calificación sobre los del batallón, desde el comandante hacia abajo, evaluando las características que según ella los

desacreditaban o acreditaban para cumplir sus funciones castrenses; sobra decir que los calificativos no eran muy generosos para quienes, a su entender, le habían clausurado la entrada a la unidad.

Para deshacerse de ella, evitándose conflictos verbales, los comandantes de guardia empezaron a asignarle misiones de vigilancia y seguridad en lugares cada vez más distantes del cuartel, con lo cual se libraban de la presencia de quien se había convertido en un motivo de potencial sanción disciplinaria.

Alguno de ellos le informó con gran reserva que había conocido de un posible sabotaje a las instalaciones del acueducto municipal y que se requería de su frecuente presencia en ese sector, para prevenir cualquier atentado. A partir de aquel día se hizo más esporádica la visita del personaje al batallón y desde la calle anunciaba que "no había ocurrido novedad en el acueducto" y de su inmediata partida para tal lugar, objetivo inmediato de su misión de guardia.

Tal vez por esas ausencias más espaciadas las personas no extrañaron prontamente su falta reiterada a la rutina de la izada del pabellón nacional; sólo después de varios días se empezó a cuestionar su incumplimiento que se achacó a una posible dolencia física que la incapacitaba para acudir al "servicio", hasta que se conoció la verdad: su cadáver, luego de un tiempo, apareció en uno de los tanques del sitio de su última misión; allí había culminado sus

días "La Pola de Pereira", y todos los usuarios del acueducto habían estado consumiendo el agua donde había fallecido por ahogamiento este exótico personaje.

Uno de los comandantes del batallón que rechazaba la figura de esta señora, que definía como inaceptablemente ridícula y grotesca, intentó disuadirla de su atuendo y sus actitudes, citando a su oficina al marido de La Pola, para que este ejerciera su influencia de padre de familia y procediera a la "desmovilización" de su esposa.

El ayudante del comando que fue testigo de la audiencia, narra que el señor, quien se presentó con sus instrumentos de trabajo y subsistencia (canasto con dulces de confección casera para venta ambulante), fue reconvenido por el coronel, quien le criticó el permitir que su esposa anduviera con atuendos y manifestaciones tan estrafalarias, llamando la atención de la personas y convirtiéndose en el hazmerreír de los muchachos y lo instaba a que la mantuviera en su residencia, atendiendo sus obligaciones hogareñas y llevando una vida de normalidad como cualquiera otra ama de casa.

Luego de una larga exposición sobre la autoridad que correspondía ejercer al marido y la conducta a adoptar para regresar a La Pola a un comportamiento de normalidad, le preguntó el adusto comandante dio por única respuesta "que él no interfería en las decisiones de su mujer, que si a ella le había dado por la vida militar, esa era su vocación y él se la respetaba y que lo único que lamentaba era

que ella hubiera empezado tan tarde la carrera militar, porque se le iban a demorar los ascensos para llegar a Coronel”.

Como es de suponer de inmediato se dio por concluida la entrevista y el ayudante recibió orden perentoria de acompañar a la calle a este otro personaje, al parecer más distante de la realidad que su cuestionada esposa.

Fue La Pola una figura típica del Batallón “San Mateo” y de su ancestral y apreciada guarnición Pereira. A pesar de sus excentricidades, de su pintoresca apariencia y sus situaciones fuera de lo que puede enmarcarse en la sensatez y la cordura, se destaca su inmodificable mística patriótica, su constante devoción por los símbolos patrios y su profundo respeto por todo lo que representaba la nacionalidad y la institución militar, valores estos hoy relegados al olvido, considerados por muchos anacrónicos y reemplazados en el caso y confusión de los principios por el afán de rápidas riquezas, por el facilísimo en todas las tareas y por la ausencia de compromisos con la sociedad, la Nación y sus instituciones.

Ojalá perdurara y se imitara por muchos en su esencia esta vocación nacionalista de lo que en una forma tal vez histriónica y folclórica pero sincera mostró con creces La Pola como expresión de su amor por Colombia.

General (r) Armando Arias Cabrales

MULAS ACONDUCTADAS

Un día en la Escuela de Artillería el segundo comandante señor Mayor Hernán Córdoba Franco, de muy mal genio porque el palafrenero de servicio había dejado salir las mulas y los caballos, con toda la escuela reunida a la hora de iniciación del servicio, en fogosa observación dijo: “Los servicios de la escuela no funcionan, no sirven para un *?+!*#% ... anoche los caballos y las mulas salieron por las calles de la escuela como Pedro por su casa y entraron al sector de casas fiscales cagándose en todas partes ... y fue tal el descaro de los cuadrúpedos que una mula golpeó la puerta del segundo comandante de la escuela a patadas, para pedir papel toilette”.



Coronel (r) Alvaro Bonilla López

RECIBO DEL COMANDO

El día 25 de julio de 1964, en presencia de casi todos los del Grupo Santa Bárbara y de gran parte de los de la Escuela de Artillería,

el señor Javier Tovar y Tovar hizo entrega de la unidad al señor General Ricardo Bayona Posada. Bellas y muy sentidas fueron las palabras del General Tovar al entregar el comando del grupo; a ellas contestó, improvisando, el General Bayona.

En el camino de regreso entre la Escuela de Artillería y la casa del General Tovar, este le pidió al comandante entrante que reconstruyera las palabras que había pronunciado, pues juzgaba que, dada la definición de algunas de las cosas que él había tratado, era muy conveniente que esa primera entrega del grupo quedara escrita, como un documento del mismo. El General Bayona, le ofreció al General Tovar que iba a reconstruir sus palabras y así lo hizo. Esa reconstrucción durmió cerca de veinte años en mi escritorio y ahora la voy a transcribir, porque verdaderamente define, como lo apreció entonces el General Tobar, más o menos, que es el Grupo Santa Bárbara. Las palabras fueron las siguientes:

"Señor General Tovar, señores: he experimentado, ya en el ocaso de la vida, la satisfacción más grande de mi carrera militar, al recibir, como acabo de hacerlo, el comando del Grupo de Artillería "Santa Bárbara" para el cual fui elegido por espontánea, generosa y unánime votación de mis compañeros.

Honor altísimo para mí, reemplazar al General Javier Tovar y Tovar; distinguido oficial, noble compañero, gran señor y respetado jefe, que supo en el poco tiempo que ejerció el comando, granjearse

el cariño y la estimación de los que no lo conocían, ya que los que militamos con él años bien sabemos quién era y quién es.

El artículo primero del reglamento o estatuto define claramente que el Grupo Santa Bárbara es una unidad de carácter sentimental. Luego, si no tenemos cañones, si carecemos de partidas presupuestales, si no tenemos tropa, ni uniformes, ni proyectiles, entonces ¿qué es el Grupo?

El Grupo Santa Barbara, es esta reunión de artilleros que no tenemos armas, pero que tenemos nobles sentimientos; nuestro Grupo se deriva del recuerdo de los artilleros de ayer: de Duarte, de Ramírez, de Neira, de Solano y de tantos otros que carecieron de elementos materiales para enseñarnos, pero que en cambio, grabaron en nuestros corazones un verdadero espíritu de compañerismo, de estudio, de caballerosidad y de hidalguía.

Nuestro Grupo es esta reunión de artilleros de diferentes edades y de todos los grados, que nos congregamos aquí, no para contabilizar dividendos de acciones, o ganancias de comisariato, sino para olvidar con generosidad los pequeños resquemores que pudiéramos tener algunos de nosotros, y abrazarnos todos como amigos, como compañeros, como artilleros.

Nuestro Grupo es esta reunión de los artilleros en servicio activo, con los de la reserva, para añorar las épocas de los Maxin y de los Erhardts y de los Skodas; para rememorar anécdotas; para acordarnos

de las novias que dejamos en lejanas guarniciones; para que los artilleros que hoy están en servicio activo, sepan que nosotros fuimos como ellos, y que ellos serán como nosotros.

Nuestro Grupo, es aquella reunión de niños, hijos nuestros, que cuando deambulábamos por las guarniciones de Caldas, Neiva, Buenaventura, Buga, Chinácota o Pamplona, jugaban ingenuamente con las vainillas de los cañones en los almacenes de las baterías y que hoy, son, muchos de ellos, competentes profesionales y no pocos, jóvenes y distinguidos que llevan con honor y con orgullo esa divisa negra que sus padres supieron amar y enaltecer.

Nuestro Grupo, es la reunión de nuestras esposas que alegres y cariñosas compartieron con nosotros las incomodidades de malsanas guarniciones, estimulándonos con su ejemplo, ayudándonos con su consejo, organizando nuestras reuniones de casino, y que hoy como ayer, se unen a nosotros para volver a sentir el calor de este hogar artillero.

Nuestro Grupo Santa Bárbara, es ese espíritu de la artillería patrimonio de las almas nobles, que nos hace sentir la satisfacción de haber sabido corresponder a las enseñanzas que nos legaron los que nos precedieron en los viejos cuarteles de la Huerta de Jaime y de San Agustín, y el orgullo de ver cómo los que nosotros formamos en Loyola y aquí, no solo asimilamos nuestras enseñanzas y siguieron nuestros ejemplos, sino que con creces los han superado.

Nuestro Grupo, reza su estatuto, es sentimental, es simbólico. La bandera de la Patria, materialmente es pedazo de tela de poco valor, y sin embargo, es el símbolo ante el cual nos descubrimos con respeto, al que le rendimos nuestros mayores honores y por el cual hemos jurado ofrendar hasta nuestras propias vidas.

Nuestro Grupo, es también un símbolo, y así como la bandera es el símbolo de la Patria, que nos reúne sin excepción a todos los colombianos, nuestro Grupo Santa Bárbara, es el símbolo de la artillería que nos reúne sin excepción a todos los artilleros.

Al prometer, como acabo de hacerlo, cumplir lo mejor que pueda los deberes de mi cargo, solicito a los artilleros que por mí votaron su cooperación y su consejo. Espero de los artilleros en servicio activo, que nos sigan brindando su apoyo y su confianza. Pido a la mártir de Nicomedia, que ya que es nuestra patrona nos dé su protección y ruego al Todopoderoso, me ayude y me ilumine para poder corresponder a la confianza que en mí han depositado los compañeros. Gracias señores, gracias".

General (r) Ricardo Bayona Posada

Tomado del libro "Recuerdos de un ochentón".

UN BUEN GORDO RECORDADO

Jamás se terminará de hablar —siempre bien— de un personaje

de nuestra artillería, no solo de sus demostradas virtudes militares y cualidades personales, sino por esa simpatía innata en él, que le hacía el centro de toda reunión ya fuera seria o informal para escucharle o pontificarlo sobre artillería, o contando el chiste de moda; una de sus aficiones más conocidas era su gusto por la buena mesa la que lo condujo a un estado físico de mediana obesidad y le confirió el título cariñoso del Gordo Vallejo.



Siendo comandante de la Escuela de Artillería, llegaba antes de la iniciación del servicio al casino y habiendo impartido la orden de que el oficial de servicio, debía comer en el rancho con los soldados preguntaba: Salvadora: El teniente (el de servicio) desayunó? no, mi coronel; entonces tráigame el jugo del teniente, pero que no esté tan aguado — claro mi coronel, aquí está —. Chucha, ¿ hoy dieron, huevos o carne? huevos mi coronel; bueno entonces tráeme el bistec

que le iban a dar al oficial de servicio; antes de darlo totalmente de baja, preguntaba: Carlina, ¿ Quedó chocolate? —Sí mi coronel— y entonces tráemelo con pan y mantequilla, porque apuesto a que no hay mermelada. — Sí mi coronel, aquí hay de todo — Y así doblemente abastecido, a prima hora, en el dulce hogar y luego en el área de combate, cumplía como el mejor, sus funciones de comando por ahí hasta las once horas, cuando se escuchaba en todo el pabellón de comando un rugido leonino: S-4, — ese cuatro o o o o —. Este modesto teniente de poca antigüedad, mediana preparación profesional y desconocidas acciones de orden público, pero dizque excelente administrador de las finanzas de la escuela durante cuatro años, salía despepado y quedaba firmes ante él, quien en tono severo y algo amenazante, me decía: Vamos al Rancho a ver como es la comida de los Soldados. — Como ordene mi coronel—. Y unas veces en el flamante Mercedes BIM - 0141 y otras en el 'Divino Rostro' o jeep del S-4 (por el aceite que consumía), llegábamos al reino o dominio del inolvidable 'Viejo Lino', quien con la complacencia del señor Corzo (el ecónomo), le daban parte militarmente de los rancheros, destapaban las marmitas y fondos en que se hallaba el almuerzo y le mostraban, cómo se cumplía el menú ordenado por el comando de la escuela. El miraba con aire escéptico lo que se le exponía y de pronto gritaba: ¿Y es que hoy no mataron, o qué? (En la escuela se sacrificaba ganado todos los días); Como por arte de magia, el viejo Lino aparecía con una lata

de hornear el pan, en la que rechinaban gozosos, trozos de chunchullo, de corazón, de hígado, de ubre y otras menudencias igualmente gratas a cualquier paladar que se estimara; yucas de Armenia totalmente doradas y papas de Boyacá con el hollejo crocante (como ahora se dice) completaban el imprevisto banquete; Mi coronel suavizaba un poco su aire de inspector y dejando a un lado la gorra, hacía honor a lo allí expuesto, a su calificación y sentencia gastronómica. A mano limpia' comían, él, el S-4, el Ecónomo y obviamente los de inspección y de servicio, —muy espiritistas— que llegaban a pasar revista de la alimentación de los soldados. El, paternalmente los dejaba participar y de pronto adoptando un aire severo, casi terrible decía: Viejo Lino o o o. ¿Yo ordené que no se podía tener cerveza helada en el Rancho de Tropa? Y el viejo socarronamente y mirando al señor Corzo, desde la posición de firmes contestaba: Sí mi coronel, pero se me olvidó sacar tres bavarias del cuarto frío. Y haciendo otro milagrito, le pasaba una a mi Coronel, otra al sufrido S-4 y la última al señor Ecónomo. Salomónicamente el señor comandante, disponía: déle al capitán de inspección y al teniente de servicio un jarro de aguapanela, porque los servicios no pueden ingerir. Después de las obligantes abluciones en los grifos del rancho, mi Coronel salía y mirando la hora, se despedía diciendo: Bueno, me voy ahora a casa, porque Gloria me mata si no almuerzo.

Mayor (r) Luis Humberto Sandoval
- Numpaqué

UNA VERGÜENZA

Corría el año 1964 y había yo terminado el curso para ascenso de capitán en la Escuela de Artillería, y recibido en aquella época la distinción de ser comandante de la batería de 105 mm por entonces única de ese calibre en el Ejército.

Para celebrar la tradicional fiesta de Santa Bárbara, como es costumbre, se había preparado una demostración de tiro de artillería en la finca. "La Australia", al final de la cual se sirvió un succulento almuerzo a los asistentes, el cual había sido pedido a un importante hotel de Bogotá.

Como era natural todo estaba preparado para que el pedido hecho de viandas fuera suficiente para la totalidad de los invitados pero en atención a la aparente sobrestimada cantidad de asistentes y el retardo en pasar a tomar los alimentos, fue necesario establecer un rígido control para distribución.

Las filas eran largas y en consecuencia se facilitaba descubrir la posible indisciplina en ellas el intento de algunos de pasar dos veces, lo que en el lenguaje de cuartel se conoce como "doblar", picardía frecuente en la tropa.

Como responsable del control de dicha distribución con los de mi batería, fui advertido del hecho de que un oficial se había colocado para "doblar", me acerqué al sitio y sin hacer nada distinto a mirar a la persona que resultó ser un oficial superior invitado de otra unidad de la brigada, pude claramente oír a un empleado del hotel que tomaba parte de la

distribución, cuando duro y en forma desconsiderada al hacer notado lo que ocurría le dijo para su vergüenza: "tranquilo que yo también fui policía, y sé el hambre que aguantan".

La mortificación y angustia de la víctima fue espantosa y no encontró otro camino que retirarse profundamente apenado del lugar, con la comprensible preocupación mía por lo ocurrido.

Coronel (r) Gentil Almarío Vieda

MARRANADAS DE LOS JEFES

Todo transcurría normalmente en la jurisdicción de la Batería Destacada en Guaduas, noroccidente de Cundinamarca. Como era frecuente en esa época, se programó una acción cívico-militar en la golpeada población de Guaduoero, moribunda estación del igualmente moribundo ferrocarril de Cundinamarca. Juan Salcedo Lora, oficial ejecutivo de la batería, había coordinado todo a la maravilla, pero a última hora se me comunicó la asistencia del General Alberto Ruiz Novoa, Ministro de Defensa Nacional. No se cambió el programa previsto, pero se incrementó el entusiasmo por la presencia de tan distinguido personaje.

Cuando se acercaba la hora del almuerzo, preparado dentro de la informalidad y la modestia propia de la vida en campaña, un político de la región, inoportuno y metiche invitó al Ministro a almorzar en Guaduas y este aceptó. No tuve

tiempo de desconcertarme, afortunadamente, porque cuando comencé a sentir los primeros síntomas, se escuchó la voz del comandante de la brigada, General Omar Gutiérrez, que ordenaba "Coronel Vallejo: almuerzo en Guaduas" y la de este que a su turno dispuso: "Capitán Alvarado, almuerzo en Guaduas".



Cuando me disponía a hacer lo propio, ya Juancho Salcedo, salía para aquella población, distante una hora, con el propósito de coordinar el almuerzo, que por supuesto seguía siendo de nuestra responsabilidad. Viajó Salcedo en el viejo y destartado "weapon" conducido por el Cabo Pinzón, llevando el plato fuerte del día: lechona tolimense. No llevaron ni escolta, ni pasajeros, para evitar la tentación de tan apetitosa viajera, que dulcemente reposaba en una rústica bandeja en el platón del vehículo.

Por el espejo retrovisor, Pinzón vigilaba permanentemente la preciosa carga, observando sí que se paseaba de un lado a otro, según el sentido de las curvas, pero ahí iba, no vivita

y coleando, pero sí coleando fuertemente por el mal estado y las curvas de la vía.

A mitad del recorrido, el vehículo fue sobrepasado, en desigual competencia, por el helicóptero en donde el ministro y su comitiva se desplazaban. ¡Quién dijo miedo! Pinzón no era menos, ni se dejaba echar vainas de un helicóptero, por muy moderno que este fuera, pisó el acelerador con el correspondiente bamboleo de teniente, chofer y lechona. Cuando Salcedo le advirtió "despacio maestro" todo se había consumado. Pinzón miró por el retrovisor y la lechona había volado con bandeja y todo.

Bajarse, buscar, recorrer quinientos eternos metros y al fin, dulcemente recostada en un rastrojo apareció la difunta con una sonrisa llena de ironía, de sarcasmo, de pasto y tierra, como queriendo hacernos una marranada.

Cuenta Juancho que Pinzón emocionado, lleno de felicidad la sacudió, la tomó en sus brazos, la acarició y hasta la besó tiernamente antes de colocarla nuevamente en su bandeja y emprender la marcha hacia Guaduas. A pesar del percance del desliz de la lechona y de otros que en el afán se presentaron, llegaron a tiempo. Los invitados degustaron tan exquisito plato sin sospechar las peripecias del desplazamiento, ni identificar las pequeñas porciones de pasto dentro del arroz y menos, sin darse cuenta que ciertas manchas oscuras en el chicharrón no eran salsa negra, sino rastros de propia tierra, por el efecto de la arrastrada.

El político de marras nunca apareció. Los jefes regresaron contentos y satisfechos a Bogotá, en cambio, el comandante de la Escuela de Artillería al despedirse, me dijo: "capitán, al almuerzo le faltó un poco más de organización", yo no podía creer lo que estaba escuchando y pensé más bien que me estaba tomando del pelo (en ese tiempo tenía) y solamente vine a darme cuenta que la cosa era en serio cuando al final del año firmé el folio de vida. ¡La marranada se había consumado!

Brigadier General (r) José Alirio
Alvarado Hernández

1965

UN CHIVO CHIVEADO Y UN MARRANO FRUSTRADO

El señor Coronel Armando Orejuela Escobar, brillante oficial de artillería y místico del arma, odiaba, por decirlo menos a los de inteligencia, quizás porque esta nació con mayoría de artillería o por cualquier otra causa que no nos atrevemos a especular; pero por aquello de las paradojas de la vida, el Ministro de Defensa señor General Gabriel Reveiz Pizarro dispuso que el señor Coronel Orejuela fuera como representante de Colombia a analizar varios cursos de inteligencia en Alemania, para lo cual con su agudo timbre de voz característico en reunión con todos los de planta de la Escuela de Artillería, nos

dijo: "señores hoy en charla sostenida con el señor Ministro de Defensa Nacional me ha enviado a Alemania a analizar y conocer unos cursos de inteligencia..." este honor no es para Armando Orejuela sino para los artilleros... para el comandante de la escuela del arma, por lo cual debemos sentirnos orgullosos". Luego nos brindó unos whiskys y nada más. El Capitán Alvaro Bonilla deseoso de hacer una chanza a su compañero de curso Luis Rodríguez, quien era el ayudante de comando, le colocó el siguiente radio: comandante Esart - Bogotá- acuerdo lo hablado verbalmente Mindefensa, disponga alistamiento oficial ayudante fin acompañelo realización cursos Alemania. Firmado. Omar Gutiérrez Bricom.



Luis, emocionado, coloca el radio sobre el escritorio del comandante de la escuela, ordena alistamiento de los mellizos (sus queridos hijos) y el Coronel Orejuela al recibir el radio que según él no entendía, llama al señor comandante de la brigada, quien dice: No he ordenado esa #\$, quizás Matallana - El Jefe de Estado Mayor pudo ser. Lo llama por citófono y se entera, que tampoco había sido ordenado por el General

Matallana. A todas estas, Mariela Villamizar la secretaria de comando, me cuenta del problema y que el Sargento Buitrago, quien supuestamente había recibido el radio, pues al final estaba su nombre, por estar de radioperador de servicio, estaba listo para ser arrestado. Ante la situación me presente al Coronel Orejuela, le conté el porqué del chiste, a lo cual el contestó "Ah, usted es el del chiste cu, cu, lo, lo? - sí mi Coronel contesté - y obviamente fui premiado con veinticuatro horas de arresto.

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

HASTA LA PREGUNTA ERA NECIA

Estando de planta en la Escuela de Artillería, el señor Coronel Cadete de la Escuela Armando Orejuela Escobar exigía que en nuestras piezas tuviéramos las fotos del papá y la mamá y un día de revista de piezas, luego de recorrer varias piezas llevo a la del Teniente



Hernández López Rafael cuyo arreglo y presentación no eran los mejores y le pregunto con su voz aguda y especial - Hernández y dónde es, es, ta, su, su papá y

su mamá? - a lo cual el Teniente Hernández le responde: "¡en España Mi Coronel", lo que originó tremendo genio y regaño del comandante de la Escuela de Artillería y risas contenidas del resto que lo acompañábamos en la revista.

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

ME SUBI AL BUS QUE NO ERA

Después de tres años en el Batallón "Tenerife" salí hacia la Escuela Militar. Al presentarme ante el director, tal vez porque un homónimo mío era palafrenero civil, me miró detenidamente y luego manifestó: mire teniente yo creo que usted se equivocó, vio un bus que decía Suba y se subió. Usted es un subteniente y ha debido tomar para el sur. Su traslado debe ser para La Picota (los cafuches le decían así a la Escuela de Artillería). Vaya al Ejército, aclare y venga después.

Hasta yo mismo con las deudas me quedé; nunca había visto tan de frente y extrañado a un General. Volví al día siguiente y tres años en la escuela me quedé.

Coronel (r) Germán Castro García

¿AL FIN QUIEN MANDA?

Estando en el Batallón de Artillería "Tarqui" en la ciudad de Sogamoso en el año de 1965, pasó algo especial.

El padre Adolfo Corredor, quien recientemente ingresaba como capellán, quería dictar una conferencia a los soldados y pensó en principio que el señor Coronel Jesús Santamaría Vargas, comandante del batallón, le organizara el salón para tal fin. Su sorpresa fue grande porque el coronel le dijo que esas cosas eran del resorte del segundo comandante. Pensó en voz alta "este señor no manda".



Acudió al segundo comandante Mayor Francisco Robayo Machado, quien le dijo que esos asuntos los manejaba el S-4. Para sus adentros dijo: "este tampoco manda".

El señor Capitán S-4, Luis Díaz Pinzón le dijo que el salón se lo podía arreglar el oficial de servicio. "Tampoco manda" - pensó el Padre.

Acudió al oficial de servicio, no recuerdo quién era, pero le dijo que debía presidir la formación para el almuerzo y que el suboficial de servicio le arreglaría el asunto. "Este sí que menos manda".

Se dedicó a buscar al suboficial de servicio y en el camino encontró unos soldados descansando y el más atento le dijo al Padre yo le acondiciono el salón con unos compañeros y no se preocupe. En segundos quedó listo.

El Padre Corredor, sigue pensando todavía - Aquí, el que manda es el soldado -.

Mayor (r) Jaime Monzón Lozano

1966

CAPITANES MUY BRAVOS

Transcurría el año de 1966, en el Batallón "Tenerife" a órdenes del señor Teniente Coronel Rivas y en esos momentos en que la situación de orden público era más difícil por tener la «suegra» en casa, como nos lo decía mi Coronel, por aquello de que el señor Coronel Alfonso Velázquez Mazuera, comandante de la Sexta Brigada, tenía el puesto de mando en Neiva y acosaba más que "Tirofijo" en el Pato y el Guayabero.

Se presentó el caso urgente de abastecer un pelotón que estaba en Mesones (Guayabero) y por razones de mal tiempo el helicóptero con mi Coronel Rivas abordo, no podía aterrizar en dicha zona. Un buen día que al fin logró aterrizar pero los abastecimientos no estaban completos.

Cuál sería la furia del señor Coronel Rivas, que se estrelló contra

el S-4, Capitán Ezequiel Llanez Ruiz y este contra el S-1, Capitán Diego Rojas Basto, por no tener datos actualizados de personal o enviar los víveres incompletos, y el enfrentamiento fue tal entre los dos capitanes que cuando llegó al rancho de tropa el Coronel Rivas, encontró frente a frente a Rojas y Llanez, ensayando las posiciones de kung-fu, karate-dó y todas las artes marciales adornadas con palabras alusivas al acto, para definir el problema, a lo cual y haciendo uso de su estilo exclamó " ¡Así es que funciona esta vaina, con los capitanes bravos!".



Mayor (r) Jaime Monzón Lozano

1967

A TODO SEÑOR, O COCINERA, TODO HONOR

Al activarse el Batallón "La Popa" en montería, el Batallón

"Tarqui" de Sogamoso, por desdoblamiento entregó parte del personal administrativo y de combate, para lograr la estructuración inicial. El desplazamiento se organizó, con todas las de la ley: tablas de marcha, organización en el avión y demás arandelas; Montería estaba engalanada para recibir el batallón y las autoridades departamentales y municipales esperaban a los integrantes de la nueva unidad de artillería con banda de músicos y tropas de una compañía del Batallón "Nariño" para hacer honores.

Al llegar el avión al aeropuerto colocaron la escalerilla y el señor Coronel Bernal Angel comandante, ordenó desembarcar y en cambio de salir de primero para recibir los honores, dispuso que salieran las cocineras del casino, quienes alcanzaron a recibir parte de los honores, ante la sorpresa de las gentes y las autoridades civiles y militares, todo se corrigió minutos después.

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

POR EL BOLO ME ROMPO EL COCO

En mi primera guarnición un joven subteniente con cuarenta y ocho kilos y ejemplar chuler, me apresuraba a cumplir mi edad para obtener la cédula y cobrar mi primer sueldo de seiscientos pesos (\$ 600,00), todo marchaba bien en la batería de la instrucción, con la recreación en Cali y en las área de combate social en Buga en 1967.

Bajo la excelente conducción del comandante de batallón un opita magistral, un "lor de lores", empecé a sentir lo que era la artillería al lado de un excomandante del Ejército, todo iba bien hasta que terminaron las canchas de bolo y se programó el primer campeonato en el casino de oficiales.

Este comando nunca había tocado una bola, entonces recordé, no importa para eso estoy sardino voy a aprender pero cuándo, si los capitanes y tenientes tenían siempre ocupada la cancha, entonces será por la noche.

Conseguí al soldado y me levantaba a las 2 a.m., y en medias empezaba a lanzar desde la mitad de la nueva y esplendorosa cancha, la constancia y el deseo de aprender me hicieron campeón individual y la mejor línea en el primer campeonato de oficiales en el Batallón Palace en 1967.

Capitán (r) Jaime Rizo Cifuentes

INSTRUCTOR RECURSIVO

Era el año 1967, en la ciudad de Montería donde se encontraba acantonado el Batallón de Artillería "La Popa".

Un caluroso día de instrucción el señor Teniente Cristino Alvarez Torregrosa, no podía que sus soldaditos se aprendieran el orden de las piezas del cañón de Skoda de 75 mm ni apelando a las repetidas vueltas con cañón al hombro.

Para hacer memoria a mis amigos artilleros el orden de las piezas

era "Testera, ruedas, contera, camisa, cuna, tubo y culata."



El señor Teniente Alvarez, se las ingenió de una manera que no me lo van a creer. Con su acento costeño, que solamente le entienden sus coterráneos, les dijo: "Eche dejémonos de vainas, esto es sencillo y apréndanselo así: Teresa Ruedas Contreras se quita la Camisa, se acuesta en la Cuna y se mete el Tubo por la Culata".

Sobra decir que aquellos soldados, pasados los años, aún saben el orden de las piezas.

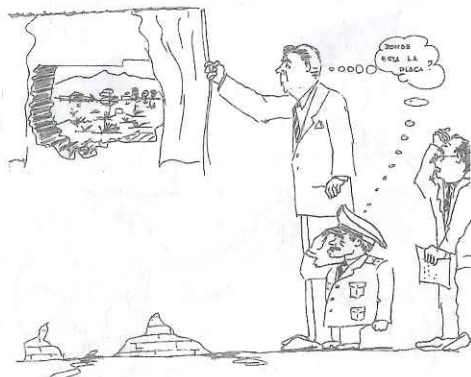
Mayor (r) Jaime Monzón Lozano

1968

UNA PLACA EN NEIVA SIN PARED

Este episodio, lo recuerdo como si fuera ayer, pues ese día 19 de julio de 1968 nació Mauricio el último de mis hijos, era Teniente Ejecutivo de la Batería "A" del Batallón "Tenerife" y encargado de la unidad fundamental y me

correspondió participar con mi unidad en una parada que se desarrollaba en la plaza principal de Neiva con motivo de los doscientos cincuenta años de su fundación y se había dispuesto por parte de la alcaldía y la gobernación del departamento, la colocación de una placa conmemorativa a esta efeméride. Hacían presencia en la plaza principal de la ciudad escuelas, colegios, autoridades civiles, militares y policiales, miembros de la Academia de la Historia, la banda departamental y la Batería 'A' comandada por el suscrito, el señor Gobernador Max Duque Palma, el Alcalde doctor Julio García, el Comandante del Batallón Teniente Coronel Gabriel Corredor Pardo y algunos de la plana mayor. Inició el acto con los honores a la autoridad, y luego con el discurso del doctor Vargas Motta, Presidente de la Academia de Historia del Huila.



Al tercer acto, la develación de la placa, en una edificación diagonal al Hotel Plaza y cubierta con el Pabellón Nacional, cuando la banda inició el toque y las tropas permanecían firmes, se acercó el gobernador con el comandante del batallón al sitio donde se

encontraba el tricolor, lo corrieron, y apareció un hueco en la pared, que daba contra un lote.

Los encargados de la alcaldía habían olvidado colocar la placa.

General (r) Luis Eduardo Roca Maichel

ORGANIZACION IMPROVISADA

El 24 de diciembre de 1968 aterricé por traslado en el Batallón de Artillería No. 2 "La Popa", con sede en montería. Era época de cambios y muchos habían salido de la unidad y muy pocos, habíamos llegado, lo cual significaba que teníamos que recibir muchas unidades y dependencias mientras se completaban los traslados y la unidad táctica se organizaba en forma definitiva.



Una mañana, a mediados del mes de enero, en la formación general para iniciación del servicio, el cabo primero tambor mayor de la banda de guerra, le solicitó al

señor Mayor Cristino Alvarez Torregrosa, Ejecutivo de la unidad, que le informara a quién debería entregarle la banda de guerra; este respondió sin pensarlo dos veces que al Capitán Zafra.

Realmente, abrumado por la cantidad de cargos que venía acumulando y con el ánimo claro de que se nombrara otro responsable con menos "chicharrones" le dije: "mi mayor, yo tengo bajo mi responsabilidad la batería de comando, la A, el S-4, la ayudantía, el casino y la sección de transportes.

Frente a esta petición, con la misma rapidez con la cual me nombró para el cargo, con una risa socarrona y una mirada llena de picardía me respondió: "la banda de guerra toda la vida ha pertenecido a transportes."

Quedé, aterrado, atareado y sin capacidad de respuesta, en tanto que la tropa formada soltaba una sonora carcajada.

Coronel (r) Orlando Zafra Galvis

1969

ESTATURA Vs. LORO PARLACHIN

En el mismo batallón estaba mi compañero Orlando Zafra cuan largo es, a quien siempre se le olvidaba mi nombre y enano me dice aún.

Para desquitarme, adiestré a un loro que había en el patio del

casino (era un depósito de latón): y no fue muy difícil pues todo los días a la izada y arriada de la bandera, gritaba como si tuviera un ají allí: Zafra, Zafra, ola largo Zafra, largo Zafrita".

Por su puesto la risa del batallón era incontrolable tanto que, el segundo del batallón, Mayor Cristino Alvarez, con esa lora sancocho recomendó.

Un buen día a Orlando observé y llevaba como dos horas mirando hacia abajo dando instrucción... pero a la lora, con leche en una mano y en la otra el pan.

Me di cuenta que pretendía él y tanto era el sudor bajo el sol, que le recomendé: - Oiga Zafra, no se mate - en primer lugar la lora no aprende a decir enano por que no tiene R y en segundo lugar porque usted es tan alto que el animalito no lo alcanza a escuchar -.

Imagínense la carrera que me tocó dar, al tanque del acueducto me tocó ir a parar.

Coronel (r) Germán Castro García

1970

EL GENERAL CHARRY SOLANO Y EL SENTIR DE SU GALLADA

Cuando no hay alegría, el alma se retira a un rincón de nuestro cuerpo y hace de él un cubil. De cuando en cuando da un aullido lastimero". (Ortega y Gasset.)

"Dígale a ese gallo que me envíe el trabajo pendiente". "Prepare la Sala de Guerra porque mañana hay reunión con toda la gallada". En esa forma se refería constantemente a sus subalternos y a las personas a quienes estimaba.

Por eso, y por autodenominación orgullosa, los miembros su estado mayor y en general todos los componentes de la Brigada de Institutos Militares nos habíamos constituido en "su gallada".

Algunos tuvimos la inmensa fortuna de palpar y compartir con él en buena parte sus intimidades profesionales, las cuales, por la prestancia del personaje, no se pueden mantener simplemente en el recuerdo particular. Se deben exteriorizar para conocimiento de quienes verdaderamente reconozcan la trascendencia de su obra y calidad humana.

Nació un 18 de mayo y en un 18 de octubre entregó su alma a Dios. Alguna vez nos reunimos para celebrar en medio del mejor compañerismo, medio siglo de su vida y con esa simpatía atrayente y sincera que lo caracterizaba agradeció la ocurrencia de una tarjeta de felicitación jocosa firmada por toda la "gallada".

Por fortuna y con merecida justicia, la prensa nacional consignó el sentir de las distintas esferas sociales del país por la prematura, irreparable y sentida desaparición de nuestro jefe insuperable señor Brigadier Ricardo Charry Solano.

Estas deshilvanadas y modestas líneas, escritas bajo los efectos de la amarga tristeza, se proponen materializar el leal cariño de cuantos dependían de su acerada dirección, como tan apropiadamente lo han traído a cuento, quienes a él se han referido en los medios de información pública. Para nosotros no ha muerto. Su recuerdo orientará el mejor llevar de nuestras vidas.

Incontables son sus méritos como exponente del hombre colombiano. De ello podemos dar razón los que tuvimos el inmerecido honor de laborar bajo sus órdenes directas y convivir con él momentos cruciales de intimidad, aunque el destino, por desgracia, no nos haya permitido la prolongación de esa altísima distinción.

"Su gallada" sabe muy bien de sus desvelos en el cumplimiento del deber. En días críticos y delicados permaneció en forma continua en su comando por más de quince días sin otra comunicación con su hogar que la que le permitía la línea telefónica, muchas veces sin tomar alimentos y cuando no pasaba la noche en claro (recluido en la soledad de su oficina o intercambiando ideas con sus subalternos inmediatos), alcanzaba a reposar tan solo una o dos horas, reiniciando con vitalidad, sobreponiéndose con hombría a su ya avanzada enfermedad.

Desarrollaba el ejercicio de su autoridad: escuchar, resolver, ordenar, decidir, supervigilar. Trabajaba y dejaba trabajar.

En una oportunidad siendo yo su ayudante ocasional, con rostro demacrado, repercusión de un insospechable malestar físico, me encareció la consecución inmediata de una droga para contrarrestar los terribles dolores que le causaba la afección orgánica, avivada por el exceso de trabajo, de preocupaciones, de responsabilidades y por los ataques injustos y mordaces de sus enemigos gratuitos ganados exclusivamente por el estricto cumplimiento del deber, por la lealtad a las instituciones legítimas y por su extremado amor a Colombia.

Le hice conseguir el medicamento y al verme entrar a su oficina, se levantó, suspendió lo que estaba haciendo y tomándolo con honda satisfacción y alivio me manifestó: "Gallo, usted me ha hecho un gran bien con esta droga que me calmará los dolores y me permitirá trabajar y estar al pie de mi Brigada por otro tiempo".

Entre sus muchas cualidades profesionales podríamos destacar: tremendamente nervioso, lo que exigía que todo se le presentara correctamente para evitarle contrariedades; el don de "saber escuchar y dejarse aconsejar" (tan poco frecuente en quienes llegan a ocupar altas posiciones) sin importarle de quién viniera la insinuación; verdadero ejecutivo, un auténtico comandante y líder que tomaba determinaciones inmediatas, sin titubeos, inteligentes y acertadas. Un característico 'Jefe Militar'.

Su sencillez era extrema y admirable si se tiene en cuenta la jerarquía del cargo que ocupaba.

La habitual seriedad y severidad de su rostro era engañosa pues al tratarlo, con esa misma seriedad que en el fondo le daba un aire de bondad, hacía ameno el intercambio de palabras, pues todo lo saturaba, aun en los momentos más difíciles, con la charla cordial, alegre y sincera, que le irradiaba confianza a su interlocutor y le permitía llegar con positiva extroversión al auténtico superior que tenía ante sí.

"Gallo, necesito que me hagas este trabajo". Después de indicar en qué consistía, casi siempre se quedaba mirando fijamente a quien le impartía la orden o instrucción, como tratando de transmitirle seguridad en sí mismo, le preguntaba amigablemente - ¿sí puede hacerme ese favor? - ¿Quién le decía que no? - Imposible, porque la misma forma de emitir las órdenes obligaba intrínsecamente a cumplirlas con especial satisfacción y además, porque admitía objeciones y sugerencias, pero no toleraba negativas.

Absolutamente ajeno a la publicidad. Así me lo manifestó en más de una ocasión cuando en los momentos más difíciles del país pudo haber figurado como un personaje nacional (aunque sin publicidad lo fue, lo es y lo será a través de la historia y así lo reconoce precisamente uno de nuestros más ilustres ex presidentes).

Disciplinado y respetuoso, de la jerarquía militar. Siempre consultó con sus superiores antes de dar a conocer a la opinión pública cualquier aspecto propio de su cargo y los periodistas salían satisfechos de su comando y se regocijaba

por la deferencia y cordialidad con que los recibía.

En una ocasión, un periódico quiso, por sus méritos, destacarlo como la "figura del día" pero él encareció que no fuera así y que más bien se hiciera aparecer al soldado o al suboficial que pasaba las noches en las calles o en el campo o que ofrendaba su vida para permitirle tranquilidad a sus compatriotas.

Sin bien sólo en su muerte consintió ser la "figura del día", con seguridad en la eternidad lo habrán visto con pudor.

Preocupado por todos los problemas nacionales, especialmente en el aspecto castrense, estaba empeñado en la presentación de un proyecto sobre "reestructuración del servicio militar en Colombia".

Esposo, padre y amigo inmejorable y leal. Su hogar, modelo de rectitud, de unidad inalterable y especialmente de deferencia con cuantas personas llegaran a su seno; su esposa y sus hijos ejemplos, de afabilidad y sencillez, reflejo explicable de la sociabilidad del jefe de ese hogar.

Lo efímero está íntimamente ligado al ser humano. Todo viene, llega y pasa, más el olvido no siempre puede salir airoso. Los hombres nacen, se forman y producen, pero sólo se glorificaba cuando sus merecimientos, son indiscutibles y aceptados sin vacilación por la sociedad a la cual entregaron lo mejor de sus existencias.

El señor General Charry Solano ha desaparecido físicamente de su patria colombiana pero en toda ella y con especialidad en su "gallada" perdurarán eternamente su nombre y sus obras, que servirán de guía y tatuaje a las generaciones venideras por las cuales luchó y que mantendrán en alto lo que él con tanta fe y honra defendió y cultivó.

El timbre enérgico y varonil de su voz, resonará en nuestras conciencias cuando equivocadamente se presente la posibilidad de desviarnos de la senda del bien y del deber por él trazada con tanta autoridad.

Mayor (r) Fabio Toro Arango

Artículo de prensa de la época.

1971

UN PROYECTO 007

De acuerdo al Diccionario Larrouse "ANECDOTA", es relación breve de algun rasgo o suceso particular curioso.

Con una relativa pero escasa antugüedad con la única palanca mi hoja de vida, felizmente casado a pesar de ser subteniente fui seleccionado para adelantar el curso 040 en Fort Gulick en la Zona del Canal de Panamá " UNO PARA TODOS Y TODOS PARA UNO". En la excelente bienvenida del señor Coronel Nair, Comandante de la Escuela de las Américas, nos solicitó a los integrantes del curso internacional, que les informásemos cualquier novedad o le suministráramos cualquier información útil para la seguridad de la escuela.

Como mi adorada esposa no había viajado (no había recibido la prima de instalación) mis días en la escuela eran de estudio intenso y de observación, un buen día me llamó la atención unos paquetes que sacaban la mayoría de los soboficiales del Ejército americano y que no eran revisados en la guardia después de varios días de observación y seguimiento discreto comprobé que lo que salía eran repuestos de campero M151A1; justamente la marca del vehículo del cual yo estaba haciendo curso; como el trabajo era individual llamé al señor Coronel Nair y le informé, el cual se mostró muy agradecido solicitándome que dejase que él continuaba con el trabajo pues ya tenían información al respecto, después de treinta días. En el comando me felicitó y me comentó que gracias a mi información se había neutralizado un hurto continuado de piezas de reparación por un valor de más de US 500.000,00.

Capitán (r) Jaime Rizo Cifuentes

1973

NOTAS A LA CARRERA

Cuando se trasladó el Batallón "La Popa" de Montería a Valledupar, una de las pretensiones desde luego, era ganar el apoyo y la simpatía de la gente de Valledupar, para lo cual el comandante del batallón, señor Teniente Coronel Hernán Hurtado Vallejo dispuso un almuerzo de compañeros, ternera a la llanera para ser más exactos, invitando a miembros de la sociedad y a

las autoridades. Desde el día anterior ser habían conseguido dos novillas, que de paso sirvieron para que los soldados hicieran una corrida improvisada. En la madrugada, como a las tres y media, las novillas desaparecieron, seguramente retornando a sus hatos de procedencia.

Cuando se acercaba la hora del almuerzo, el comandante le preguntó al ejecutivo, por el desarrollo del importante evento, dirigiéndose ambos hacia el área de preparación de las llaneras. Solamente encontraron unos soldados rancheros tristes y compungidos, y unos fondos llenos de papa y yuca.

Formación inmediata del batallón, armado y equipado, material de artillería y municiones incluido y marcha precipitada hacia Patillal, dejando previamente una nota en la guardia, en donde se informaba a los distinguidos invitados que por orden superior, se debía desarrollar un ejercicio táctico de tiro sobre el área descrita.

En la costa todo se sabe después con pelos y señales. Cada vez que uno se encontraba con invitados al famoso almuerzo le preguntaban: "Eche, ¿y que hubo de la novilla?".

En otra oportunidad, se planeó una comida solemne, sentados a la mesa y en presencia de los distinguidos invitados, el Cheff, quién había estado ingiriendo licor toda la tarde, comenzó a discutir con uno de los sirvientes auxiliares, aumentó el calor de la discusión y remató esta con la persecución

del Cheff, cuchillo en mano, del respectivo contrincante alrededor de la mesa de honor, que como es de suponer estaba integrada por el comandante del batallón, el gobernador, obispo, alcalde, otras autoridades y señoras.

Otras notas curiosas de esta y otras unidades del arma, brevemente relatadas son las siguientes:

La del oficial agradecido que se despidió con el arrollador discurso que textualmente reza: "Gracias, muchas gracias, pero muchas gracias". Sobrado el señor capitán en la oratoria.

Otro avivato capitán que escondió la batería, a tal punto, después del RSOP que el TETO no la pudo encontrar.

En lo personal, la del suscrito, que en alguna oportunidad salió por la guardia del San Mateo diciéndole al comandante de guardia: "salgo a Telecom a hacer una llamada". El regreso, presenciado por el Comandante del Batallón señor Teniente Coronel Mazuera, fue a las 05:30 horas. Sobra hablar del regañito y demás consecuencias.

Notas finales y a la carrera, como parte del anecdotario artillero: El equipo de sonido del Capitán Neira consistente en un transistor con diez pilas amarradas con cabuya. El equipo de salto del San Mateo encabezado por el Mayor Baquero en mulas con enjalma. Como detalle final: el excelente genio del General Zúñiga.

Brigadier General Eduardo
Santos Quiñones

PIROPOS AL INSPECTOR

En 1973 fue anunciada la visita de inspección al Batallón de Artillería No. 8 "San Mateo", inspección que llegó efectivamente al día siguiente de su anuncio encabezada por el titular del cargo señor General José Joaquín Matallana Bermúdez, de quien se tenía el concepto de ser una persona muy exigente.



Iniciada la revista, se informó por parte del inspector que se desarrollaría un ejercicio de alarma por cualquier causa; ataque al cuartel, incendio, etc., el cual se desarrollaría en las horas de la noche. El Comandante del Batallón Teniente Coronel Fernando Mazuera Rodríguez reunió, en las últimas horas de la tarde al personal de ejercicio de la noche se cumpliera con la mayor prontitud, disciplina y acorde a lo contemplado en el plan de defensa y contraataque. Dentro de las misiones a unidades subordinadas, a la Batería "A". Integrada por soldados pastusos, con un mes de antigüedad, se le asignó como reserva y sitio de

concentración cancha de ubicada a la entrada de los alojamientos de soldados. Efectivamente a las 24:00 fue accionada la sirena tres veces, colocando en ejecución el plan de defensa del cuartel; todo el personal se desplazó en el menor tiempo a los sitios asignados a cada unidad fundamental. En la batería "A", Se entregó un proveedor a cada recluta para que lo colocaran en el fusil en caso de tener que emplearse la reserva Como uno de los aspectos que se había recalcado era la disciplina y en razón a que la confusión y el temor reinaban en los soldados, los cuadros repetidamente insistían en que hiciera silencio.

Estando en esta actividad, diez minutos más tarde en medio de la oscuridad, se acercó sin ser detectado un coronel inspector por la parte posterior del cuarto pelotón, le preguntó a un soldado de la cuarta escuadra: "¿Que está pasando lanza?"- el soldado sin mirar de quien se trataba "Cállese la jeta que por ahí hay unos hijos de ... inspectores y nos van a "joder" por estar hablando".

Posteriormente en la crítica final, el inspector insultado relató la carcajada, lo que originó que el propio General Matallana se disgustara más y llamara la atención duramente, calificando este acto como el punto más negativo de la inspección.

Coronel Humberto Plata Cabarique

1974

DEL NEGRO Y DE LA ARTILLERIA

Para escribir una anécdota artillera, de verdad creo que primero hay que ambientar el medio y al lector: año de 1974, Batallón de Artillería No. 5 "Galán", situación crítica con la hermana República de Venezuela por la delimitación de áreas marinas y submarinas, toda la instrucción de mi batallón giraba alrededor de la guerra regular, era comandante de brigada el señor Brigadier General Efraín Horacio Vallejo Ardila. Se respiraba artillería las veinticuatro horas del día, se aprendía y se sentía, nuestro comandante de batallón era el Teniente Coronel Angel Elías Gamboa Carrero. Capitanes de lujo, todos sabían que había qué hacer y cómo se debía hacer. En la información de comando para mi General Vallejo se dijo que el batallón tenía tres baterías de 105 mm, tres baterías de morteros de 120 mm y tres baterías de 75 mm, que no había munición para los 105, sólo unas pocas granadas que se podían emplear a orden, que había algunas pocas de mortero que permitían entrenamiento restringido, pero que había cerca de ocho mil granadas de 75 mm, entre PZ, MZ Y DZ.

Mi General Vallejo dijo: con esas granadas tenemos más que suficiente para mantener en el máximo grado de entrenamiento las baterías para dar apoyo de

fuego a las unidades de maniobra orgánicas de la brigada, dijo también, que había que acabarlas ese año, antes de que sacaran algún informe técnico, prohibiendo su uso y ordenando su destrucción.

Quien dijo miedo; si desde los dos años anteriores ya estábamos en la misma situación de entrenamiento, con unos ejercicios de tiro mensuales, con esta orden pasaron a ser semanales. Teníamos tres polígonos para tiro en los cuales continuó el entrenamiento real intensivo. Hasta aquí la ambientación.

Llegó al batallón un nuevo ejecutivo, persona o más bien personaje que será el motivo de mis anécdotas, llegó Gustavo Adolfo Monroy Salas, (con todo mi respeto: el negro Monroy) oficial distinguido y también por muchas personas discutido, braveno, francote, frentero y sin agüero para pelear o discutir lo que hay que pelear o discutir, muchos lo tenían para esa época como poco prudente.

El día de su posesión como ejecutivo, por la noche en el casino hubo unos tragos, para la época le gustaba el traguito a mi mayor. Como ya lo anoté, los, especialmente los capitanes, sólo respiraban Artillería y se mantenían a toda hora haciendo alarde de sus conocimientos y de sus experiencias en el último ejercicio de tiro, anécdotas, chistes y poncheras iban y venían por involuntarios errores en el levantamiento topográfico, en la observación adelantada o en el CDT y porqué negarlo, también en el escalón piezas.

Después de los primeros tragos se nos salió el artillero a los capitanes y le contamos a mi Mayor Monroy como era la cosa con el entrenamiento de artillería en el Batallón "Galán". Sabíamos de antemano que el nuevo ejecutivo sabía de artillería, pero también sabíamos que en ninguna unidad del arma, con excepción de la escuela y en el Batallón "Galán", se estaba practicando con tanta intensidad la instrucción y el tiro de artillería en los últimos veinte años.

Cada capitán pedía la palabra y hablaba como todo un sabio, el nuevo ejecutivo escuchaba y nos miraba, esperando el momento en el cual nos podía bajar esas ínfulas de sabiondos de la artillería, hasta que uno de los capitanes, el pastuso Grijalba, explicó a mi mayor como era que allí se superaba al problema de los aparatos de puntería, los cuales se encontraban fuera de servicio. Ahí fue la de Troya; levantó la mano como pidiendo la palabra, pero no era para eso, era para golpear la mesa y nos dijo: señores capitanes, veo con gran preocupación como en esta unidad se está jugando con la artillería. ¿Cómo es que si los aparatos de puntería están fuera de servicio no los han arreglado o mandado a arreglar? - y siguió diciendo y desdiciendo como ustedes ya lo conocen y se podrán imaginar, cada segundo se ponía más irónico y más hiriente. En mi calidad de oficial de operaciones, instrucción y entrenamiento del batallón, me sentí aludido y con la responsabilidad de defender el espíritu que allí respirábamos, le explique que esos aparatos

de puntería los habíamos mandado a la escuela y varias ópticas en Santafé de Bogotá, buscando su reparación y puesta en su servicio con resultados negativos; cuando trataba de terminar mi explicación me interrumpió y desde luego con el estado de sarcasmo en que estaba, nada me aceptó y reinició su diatriba contra el sistema que estábamos empleando para el empleo de las piezas, especialmente en los ejercicios de tiro. Ya dándome por ofendido al extremo, le dije, no nos contemos mentiritas mi mayor que esos aparatos de puntería están fuera de servicio desde cuando usted era capitán en este batallón, entonces, ¿por que no los arregló o los mando a arreglar?. Acto seguido me dijo: lléveme esos aparatos de puntería mañana a la oficina para arreglarlos.

Al otro día recibí el material, se lo lleve a la oficina y para sorpresa nuestra a los dos días me llamó y me entregó los aparatos de puntería en buen estado. El nuevo ejecutivo los había arreglado.

De esta anécdota principal se pueden desprender otras no tan artilleras pero sí con el mismo personaje y en el mismo Batallón "Galán", veamos.

Una noche estábamos trabajando en la oficina y como a las 23:00 horas llegó mi mayor, nos pusimos a conversar, más o menos a los treinta minutos cuando yo veía que no se iba, le dije: mi mayor, lo invito a mi casa a que se tome un trago, me dijo que sí y en el Jeep del Ejecutivo, nos fuimos a mi casa, llegamos allí y yo le serví

un aguardiente, se lo tomó, y como yo lo había invitado a que se tomara sólo un trago, esperé a que se fuera, pero no se iba, le ofrecí otro y ahí me quede, dije no más, o si no, no se va, esperó como treinta minutos a polo seco y se despidió. Al otro día averiguó con Bogotá que oficial de artillería era amigo mío, ojalá fuera compañero de curso y desde luego habló con Alberto Mora González quien me llamó al Socorro y me dijo, hermano, ¿es verdad que usted invitó al negro Monroy a su casa a tomar trago y sólo le dio dos tragitos?, le conteste que yo no lo había invitado a tomar trago, que lo habla invitado a que se tomara un trago. Imagínense Ustedes lo que me dijo el viejo MORA y las recomendaciones que me dio.

En otra ocasión nos tomamos unos tragos con mi mayor el miércoles y otros el jueves (atendiendo las recomendaciones del viejo Mora González), y cuando llegué a mi casa, encontré a mi señora llorando, muy preocupado le pedí disculpas y le prometí que eso no volvería a suceder. Al otro día en un momento oportuno busqué a mi mayor y le dije: mi mayor, no más trago entre semana, me dijo: ¿qué le pasa tocayo? - yo le conté lo sucedido y me dijo, Esperancita estaba llorando? - yo le digo que sí y me dijo: eso no es nada, Stelita estaba con las maletas en la puerta, yo le dije: ¿y usted que hizo? - y me contestó, le pregunté, ¿Stelita en qué se va a ir, en Copetrán o en Omega?

Brigadier General (r) Gustavo Pardo
Ariza

1975

MIL PERDONES MARIANA

En la Escuela de Artillería, en el año 1975, siendo comandante el señor Teniente Coronel José Alirio Alvarado, era obligatoria la clase de equitación y todos los jueves teníamos que estar en el picadero.

Al señor Capitán Rivera Pacheco, que siempre había sido flaco, desde la Escuela Militar de Cadetes le decían "Refrigerio" porque cuando estaba de brigadier de servicio se comía los refrigerios de los cadetes, y mi Coronel Alvarado, dispuso que le dieran o asignaran el caballo llamado "repelo", por lo cual, se imaginan el pésimo genio en que andaba a toda hora (además siempre era malgeniado) y a uno de subteniente, ni pensar en arrimársele.

En otra ocasión, mi coronel Alvarado, en una prueba física, nos llevaba a los cerros que están detrás de la cárcel de la Picota; era un recorrido de por lo menos una hora al trote, por lo cual llegábamos extenuados. Después de terminar el recorrido en la plaza de armas, nos dijo que la prueba era deficiente por el mal físico, y dispuso que nuevamente hiciéramos otra vuelta. Salimos en dirección a las casas Fiscales, todos de mal genio porque además ya eran las 17:00 horas y nos alistábamos para la parranda

de los viernes. Al pasar por la casa de mi coronel, ordenó hacer conversión a la izquierda y para nosotros fue sorpresa que nos hiciera entrar en su casa a donde nos invitó a un trago de aguardiente, transformándose el mal genio en risas y agradecimientos para nuestro gran comandante. Antes de la invitación era el peor.

Vinieron las risas, los chistes y entre trago y trago nos fuimos entonando. A eso de las 22:00 horas cuando ya se había pasado de copeo fuerte a la exaltación de la amistad, y de este al último estado, que era la destrucción del establecimiento. Sólo que no estábamos en un establecimiento, sino nada más y nada menos que en la casa de nuestro comandante.

Doña Mariana, muy solícita, nos atendía, cuando de pronto el Bocachico, hablando con Pacho Díaz, se recostó contra un biombo que separaba el comedor de la sala, cayendo los dos sobre una porcelana muy fina, que habían traído del exterior y que para la fecha ni siquiera nuestro sueldo de subtenientes, nos daba para adquirirla.

La rotura de la porcelana derivó en que uno de los dos, no me acuerdo, se cortara un dedo de la mano y lógico, la alfombra que era muy limpia y blanca se manchara de sangre. Se formó la de Troya en la casa de nuestro estimado comandante. En el segundo piso Carlos Velásquez, hacia de las suyas en el baño regando por toda la pared, unos talcos que encontró, sin que supiera dar explicación de porqué lo hizo.

Total, al fin y al cabo, mi coronel, creo, salió regañado por tener de subalternos a todos esos trogloditas, dona Mariana furiosa y triste por su porcelana y la alfombra, nosotros los subtenientes a mandar arreglar la figura con descuentos de sueldo y por último, ni una invitación más a la casa de comando con la salvedad, de que veíamos a la señora de mi coronel y agachábamos la cabeza de vergüenza.

Creo al final sin temor a equivocarme que fue la mejor época que viví en la Escuela de Artillería, donde comandante, superiores y nosotros subalternos, formamos un equipo genial de trabajo acorde con las circunstancias. Nos enseñaron muchas cosas, entre ellas, la lealtad, la sinceridad, el amor por la artillería y sobre todo, el sentido de la amistad y camaradería. Hoy después de veinticinco años, sólo puedo decir, muchas gracias.

Teniente Coronel (r) Alberto Morales
Piedrahíta

CON CAÑONES COMANDANTE DE INFANTERIA

Por circunstancias de la vida, asistí como comandante encargado de la Escuela de Infantería a una reunión en la Brigada de Institutos Militares. Verificada la asistencia por el jefe de estado mayor, sorprendido pero con respeto, expresó "Cómo es posible que la infantería no tenga un mayor para inspector de estudios y ahora de comandante,

nada más y nada menos que del alma máter de la Infantería, está bien que de pronto quede encargado pero de otro batallón".

"Permiso mi coronel, para su información yo no me autonombré por una parte, además en el 1972 siendo capitán fui también comandante encargado del No.1 en Tunja, Boyacá". Por circunstancias de fuerza mayor la reunión se terminó. Buen amigo ahora, escribimos para Acore y aunque más se enfurezca, le dicen "the doll".

Coronel (r) Germán Castro García

UN ALUMNO CANIBAL

Llevé mis alumnos a Panamá. En el aeropuerto y mientras esperábamos los buses para el traslado a Fort - Gulick dispuse que el monitor del curso los llevara a desayunar, Noté que uno de ellos difícilmente pasaba una hamburguesa y casi no podía masticar. Al observar el emparedado vi que la carne estaba cruda y le explique: "Vea, la máquina de acá le dispensó su hamburguesa cruda, pero después con otra moneda ha debido meterla a cocinar. Ante la mirada de sus compañeros se obligó a decir: "Gracias mi mayor. Es que a mí me gustan así".

Coronel (r) Germán Castro García

UN EJECUTIVO BIEN EJECUTIVO

Por honrosa invitación que se le ha hecho, el autor de estas

líneas se propone aquí aportar como anécdota inédita el siguiente episodio: ocurrió que en las postrimerías del año de 1975, cuando me desempeñaba como auditor principal de guerra de la Novena Brigada en Neiva, Huila mi tierra querida, de improviso me llamó telefónicamente el comandante del Batallón "Tenerife" y me pidió que si podría colaborar como ejecutivo para recibir un grupo de subtenientes recién destinados a esa guarnición", batallón este al que también asesoraba el suscrito. Necesario es aclarar que el ejecutivo titular se hallaba en vacaciones, según se me informó.

Con gusto asentí, aunque sin saber qué podrá inventarme para misión tan incómoda por decir lo menos, pero tenía mucho ánimo de hacer las cosas lo mejor posible para quedar bien "sin ser descubierto, y colaborar con los comandos. Para esos fines se me envió un Jeep de campaña y con su conductor el vestuario completo de "mayor del Ejército en mi condición de ejecutivo del batallón" dizque era el "coco" por lo terrible y exigente (sin que fuera mi propósito). Y así me acicalé el uniforme completo, y el conductor me llevó hasta donde estaba el grupo de frente al comando de aquella unidad táctica.

Un teniente se me presentó y puso a mis órdenes al grupo de doce recién llegados con la discreta advertencia de que había un oficial que tenía problemas de salud por afección de columna vertebral (lo que me indicaba cuidado). Presentado el saludo en posición

fundamental y luego a discreción, les di la bienvenida, motivándolos con lo bueno de la institución, así como otras advertencias y recomendaciones que consideré oportuno hacerles, además, de que era zona de orden público, por lo que deberían estar listos para desplazarse al área con su equipo de campaña completo.

A propósito, pregunté: ¿cómo están sus equipos de campaña, todos lo tienen? Respuesta al unísono: "sí mi mayor". Entonces tienen cinco minutos para traerlo; media vuelta, carrera marr i . Y todos salieron disparados hacia el dormitorio que estaba ubicado a pocos metros; algunos de ellos regresaron con su equipo bien empacado, otros aún colgándoles objetos que afanosamente echaban en las talegas porta equipo, y como era de presumir por lo recién llegados no todos iban a reunir lo necesario a pesar de haber echado mano de lo que hallaron de otros en las habitaciones para cumplir con "la ejecutiva orden superior" A continuación ordené al teniente que los comandaba, que pasara revista y ocurrió lo presumido. "Incompletos los equipos mi mayor", fue el parte. Entonces ordené levantar la mano al oficial que presentaba el problema de salud. Levantó la mano uno de ellos. "Fuera de la fila el oficial". Y agregué: "Como ven ustedes aquí no mandan sino enfermos a esta unidad. Y como no tienen equipo completo, atención Firrr, vuelta A la plaza de armas, carrera marrrr".

Fueron y volvieron, pero como hubo retardados, más el equipo

incompleto, entonces di la orden al oficial que los comandaba: "Teniente Lombana: mañana a esta misma hora y este mismo lugar recibo parte de que tienen su equipo completo. Respuesta: Como ordene mi mayor". Puede continuar, y me retiré.

Hasta aquí este histórico episodio en el que se me fue más o menos hora y media. Creo no haberme "rajado" en ese ejercicio, acto seguido, abordé nuevamente el Jeep sin carpa y bien presentado como para un buen ejecutivo y me dirigí nuevamente a mi comando en la brigada, distante como a un kilómetro.

Como no hallaba más que hacer, queriendo rematar con algo simpático y jocoso, penetré a las instalaciones ante la mirada atónita del personal militar y civil que se hallaba en los pasillos. Un comandante de guardia, me dio parte sin novedad, en el cuartel general los soldados se me cuadraban y yo saludaba militarmente. Pero, uy, que sofoco por dentro, diría un gomelo. Empero, yo serio y con paso marcial me dirigí al comando de brigada para presentármele al comandante, Brigadier General Guillermo de la Cruz Amaya. En la ayudantía como es de suponer quedaron extrañados al verme uniformado, tal vez creían que me había escalafonado y las secretarías simplemente reían. Había personal esperando audiencia ante el comando, pero como yo tenía entrada franca al despacho, me cuadré en la puerta y con fuerte taconazo, me le presenté al comandante: permiso sigo, mi general,

pero sin dejarme terminar, sorprendido, levantó la mirada y al verme estalló en carcajadas, para luego salir corriendo por un lado, muerto de la erre por los pasillos... Y por el paso de los años, ya ni recuerdo ese final. Después regresé a mis actividades, no sin antes despojarme del uniforme que lucí con decoro, orgullo y buena representación de la institución así hubiera sido por pocas horas.

De todo esto, lo mejor que me ocurrió radica en que no habiendo prestado servicio militar ni haber recibido entrenamiento previo, a decir verdad supe desempeñarme, porque el porte militar lo asimilé a través del tiempo de servicio, mucho espíritu militar de mis ancestros y que adquirí de los altos comandos donde tuve la fortuna de iniciar mi "carrera de civil" y también el temple militar posiblemente heredado de mi padre quien fue general del Ejército, me dieron improvisado ánimo para cumplir ese inolvidable acaecer de mi vida que marcó en mi trayectoria un feliz episodio, inolvidable para mí por la osadía al ejecutarlo. Todo lo aquí narrado lo recuerdo como si fuera ayer, aunque debo confesar que faltaba el final, como sigue: al día siguiente hubo una ceremonia en el campo de paradas para despedir al Coronel Chamorro, quien se retiraba del servicio activo y fue algo más bien triste que no lo había presenciado. Lágrimas y mucha nostalgia, luego de marchas propias del acto y discursos. Al otro día, domingo, hubo paseo, con ternera a la llanera y asado huilense ¡tan rico! a la orilla del río Baché, en la hacienda "La Brigada",

con toda la oficialidad y señoras, como remate de despedida al oficial que dejaba la carrera de las armas. Allí hallándonos reunidos y aún vestidos, cuando menos me di cuenta sufrí una pequeña "emboscada" (casi estoy seguro, a instancia de algún comando que les insinuó algo así como: "¿Y no se van a vengar del doctor Silva?"), fui levantado en hombros sorpresivamente por algunos de los "swiches" que antes había "recibido" y claro, al agua fui a dar con ropa y todo, gracias a Dios suavemente, previo saqueo por parte de mi señora Clara, quien le echó mano a la billetera, contra el forcejeo de otras señoras que trataban de evitar que ella impidiera la lavada. En medio de las risas se había propiciado el desquite de los subtenientes contra el ejecutivo bien ejecutivo.

Los nombres de los recibidos, los omito por consideración y gran estimación que les profeso, además porque la mayoría de ellos actualmente desempeñan cargos superiores y pueden molestarse. Aunque ya después de mi retiro y a mis años, me he encontrado con varios de ellos y hemos recordado histrionicamente esa fase de la vida militar, hoy tan bonita para mí, porque al fin y al cabo hice algo inusitado, sin tener mucha "garra" para ello ni experiencia, realmente fue algo improvisado que no podría repetirlo por el paso de los años que a todos nos determina un obrar menos jocosamente juvenil guardadas las proporciones, así las cosas, para después de mi retiro de la institución, cada vez que asisto a los actos

militares o reuniones sociales con la oficialidad y amigos con quien tuve la oportunidad de compartir cada acto del servicio, trabajo o ajetreos castrenses, revivimos aquellos célebres momentos que como el aquí relatado, es de aquellos del pasado, que junto a la labor desarrollada dejan la impronta en el afecto y la amistad que como todas las deidades no fenecen. Al dárseme la oportunidad de relatar esta anécdota no puedo más sino dejar constancia de mi especial gratitud con la institución militar y brindar simbólicamente aquí por mi querida y respetada artillería, arma que tantas glorias ha dado a la patria.

Angel María Silva Durán

Ex Auditor Principal de Guerra del Ejército

LA OPERACION CEDRAL

En diciembre de 1975 fue secuestrado por el VI frente de las FARC, en el norte del Cauca el Cónsul de Holanda en la Ciudad de Cali, señor Erik Leupin, los subversivos lo trasladaron cruzando la cordillera Central a la zona de El Pato y el Guayabero en el departamento del Caquetá.

La familia inició negociaciones y buscó la ayuda del doctor Jorge Villamil Cordobés, quien poseía una finca, Andalucía, en los límites del Huila y Caquetá que era el camino de acceso a la región de El Pato por la población de Vegalarga, y las veredas de Piedra Marcada y Yucales.

El 24 de abril de 1976, la Novena Brigada Comandada por el señor Coronel Guillermo De La Cruz Amaya, recibió la información en el sentido que el doctor Villamil y la esposa del cónsul entregarían el dinero producto del pago del rescate del cónsul, en la finca "El Cedral". En la madrugada del 25 de abril, la Brigada ordenó al Batallón "Tenerife" al mando del Teniente Coronel Luis Eduardo Roca Maichel, casado con opita, adelantar una operación en el área y evitar la entrega del dinero. El comando del batallón designó al Capitán Orlando Tovar Trujillo, opita por cierto, para que con su batería cumpliera la misión y para tal efecto se dio un golpe de mano en la finca la Reserva, que hacía parte de la vieja Hacienda de El Cedral, de propiedad de la señora Graciela Villamil de Corredor, hermana del compositor, allí se capturó al médico Villamil, la esposa del cónsul y el dinero convenido del rescate. Una vez producida la captura, los retenidos, fueron llevados en helicóptero al Batallón "Tenerife".

Fue una noticia de impacto nacional e internacional esta retención y ocho días después, el doctor Villamil fue dejado en libertad en el municipio de Santander de Quilichao, Cauca, donde fue remitido desde Neiva, porque allí se adelantaba el proceso por el secuestro. No sobra advertir, que como suele suceder, el Presidente López sabía de la acción "humanitaria" que realizaría Villamil y también lo sabía el Gobernador David Rojas, quien sí estaba en la obligación de hacérselo saber al comandante de la brigada.

Un tiempo después el doctor Villamil compuso la canción "El detenido", que fuera un éxito en las fiestas de San Pedro del Huila en 1976 y cuyo texto se transcribe a continuación:

El Detenido

En abril fui detenido
al realizar una buena acción,
porque fui a salvarle la vida
al secuestrado de Tacueyó,
aflójeme usted la soga
pues ya lo sabe el Gobernador,
llego a cumplir una acción,
pronto seré remitido
con Roberto el mayordomo
a órdenes del batallón.
Adentro mi coronel,
yo también soy como Roca,
por la fuerza de la Cruz,
démeme cambiar la ropa,
y pronto fui conducido
ante Camacho juez militar,
me dijo pase al banquillo,
saque la lengua, venga a cantar.
Por ahí andan los rumores
que lo agarraron en El Cedral,
con un poco de millones
porque quería liberar a Leupin,

el secuestrado por las Fuerzas
de las Farc;

adentro mi general,
yo también soy como Roca,
por la fuerza de la Cruz,
démeme que abra la boca.
Por ahí corre la noticia
que detuvieron a Villamil,
se formó una llamarada
allá en la corte del Rey David,
luego lo sabe Cornelio
porque le avisa el Tuerto Gentil,
dígamele a Villamil
que se enteró el presidente,
y que le manda a decir,
que tiene que ser prudente.
Adentro amigo Camacho,
ahora que más le provoca
si quiere vuelvo a cantar
y me voy para la guandoca.
Con mi defensor cicuta
Raúl Trujillo buen abogado,
fui remitido una noche
por Valle y Cauca hasta Quilichao,
me enfrenté con guillotina
que tiene fama de ser templado,
me dijo se puede ir,
usted queda liberado,

mientras gritaba la gente,
que suelten al secuestrado.
Ahora sí mi general,
terminé con mi relato,
de todo lo que pasó,
yo vine a pagar el pato...
pagar el pato... pagar el pato.

1976

CORONEL SUBALTERNO

Corría el año de 1976, ya con el grado de mayor en Pereira como comandante de la intendencia local nombrado por decreto ejecutivo y ejerciendo las funciones de comandante de guarnición y a su vez comandante del Centro de Instrucción de la Octava Brigada, debido a que el Batallón "San Mateo" con su efectivos estaba en Tarazá, Antioquia.

Un buen día se presentó el señor Teniente Coronel Alvaro Sanabria Rojas, quien era el B-3 de la Octava Brigada, en uniforme No. 3 y con sable, acompañado del señor Coronel Manuel Uribe Ardila, jefe de estado mayor, quien venía a presentarlo para que controlara las tropas de instrucción "al otro lado", los artilleros sabemos en el San Mateo que quiere decir "al otro lado", ya que el comando queda "a este lado"

Por razones que sigo desconociendo, el señor Teniente Coronel Sanabria, una vez hecha

su presentación "al otro lado", se presentó a este lado, para exigirme que le entregara la casa de comando, el mercedes, que le abriera la oficina de comando para despachar desde allí y otra serie de atribuciones e inquietudes propias de su supuesta condición.

Muy comedidamente le expliqué que la casa de comando la tenía ocupada el señor Coronel Iván Rodríguez Muñoz y su familia, el Mercedes lo tenía la esposa del señor coronel y que para abrir las oficinas de comando se requería autorización del comandante titular.

A su vez le expliqué que el Reglamento de Servicio de Guarnición me daba una serie de facultades y atribuciones que no le podía delegar.

No contento con esto mandó timbrar con su propio peculio, tarjetas con el título de Comandante del Batallón "San Mateo" y repartió con notas de su estilo a las autoridades y personalidades de Pereira. Obtuve una de esas famosas tarjetas y se la envié al señor Coronel Rodríguez a Tarazá, informándole que le acababan de dar un "golpe de estado".

Se pueden imaginar la situación que se originó con el comando de la brigada y el comando del batallón para explicar y resolver tal situación.

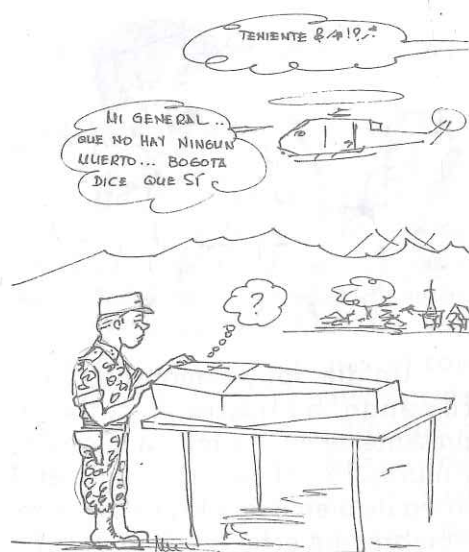
Me queda la satisfacción de haber tenido, siendo mayor, un teniente coronel como subalterno, y que afortunadamente esta situación no duró mucho tiempo.

Mayor (r) Jaime Monzón Lozano

1977

MISION IMPOSIBLE POSIBLE

Después de recuperarme de dos años en orden público en el Batallón "San Mateo", trasladado al Batallón "Galán" por segunda vez y destinado a la Batería "C" de orden público con la jurisdicción de Campo Seco, San Fernando y Dos Hermanos. El desprestigio del Ejército era evidente las guerrillas transitaban por el área como Pedro por su casa. La misión deducida era restablecer la seguridad y mantener el orden público por hechos y acciones hacer respetar la autoridad.



Una noche después de interrogar a un detenido por más de setenta y dos horas (cumpliendo con los Derechos Humanos) este al parecer con complicidad del centinela se fugó. Ante el resultado obtenido en el

interrogatorio y el hecho de que siempre burlaban al Ejército. El suscrito decidió montar una rápida operación de acción psicológica y de inteligencia partiendo del supuesto que la gente supiera que un sujeto se había evadido y había muerto en su intento, y que no podían seguirse burlando del Ejército.

La acción siguiente fue suplantar al guerrillero por un soldado de parecidas facciones y colocar el cuerpo en una cañada con maquillaje de herido y (vísceras al descubierto) y cara pálida en posición para que los otros bandidos pasaran y lo reconocieran, después de pasar unos veinte al reconocimiento, nadie lo reconoció lógicamente, me comuniqué con el comandante del batallón, como estaba el S-3 recibió la información donde se le explicó que era una operación psicológica que me enviará un vehículo para sacar al supuesto muerto (valdría la pena \$30.000 de gasolina por recuperar el área). Le repetí que no fuera a enviar helicóptero e hizo todo lo contrario y envió un helicóptero con el S-2 que no tenía ni idea de la operación y al ver que el soldado se movió, casi se muere del susto (bueno se gastaron \$500.000) en gasolina valdría la pena por recuperar el área) no obstante el error del S-3 que esperaba méritos. El hecho imposible de la misión posible es que ningún mando se preocupó por conocer la esencia del trabajo una llamada del comando de la brigada fue suficiente para terminar una misión aprendida en operaciones sociológicas y en inteligencia militar

y soportada por "la bendita iniciativa" y así se aceleró mi solicitud de baja (dos años esperando) la vida militar de un artillero seguramente General de la República.

Capitán (r) Jaime Rizo Cifuentes

OJO POR OJO - CAFE POR PLUMILLAS

Después de dos y medio años en la Escuela de Infantería y en parte por la incomoda situación que me tocó, me trasladaron cuanto antes a un batallón. Llegué a Barranca como ejecutivo del Antiaéreo.

Un día el comandante, amablemente me dice en buen tono quindiano:

— ¿Hola, ejecutivo, vos de dónde sos?

— De Bogotá mi coronel.

— Sonrió muy ufano y prosiguió:

— Ah, en cambio, so soy de la, la tie, tie, rra, donde me, me, tocó pe, pe, pepiar café, ca, caminar mu, chocho, le, levantar, tarme a las cua, cuatro, de la ma, mañana, no con re, reloj bogotano de mú, música sino con, con los ga, gallos. Se, seguro, que, que na, naciste en la pla, plaza de Bolívar -.

Me quiso mostrar que los cachacos éramos cómodos y buena vida, así que le respondí": tranquilo mi Coronel que mientras usted pepiaba café, para ganarse la vida, a mí me tocaba robar limpiabrisas no en la plaza de Bolívar sino en la Caracas con 13.

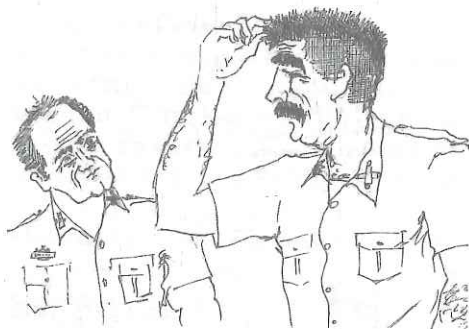
Le dio el último sorbo a la taza de café, botó el cigarrillo y se fue.

Coronel (r) Germán Castro García

1978

EJECUTIVO REPLICON

Por el año 1978, me correspondió en suerte, tener como ejecutivo (JEM), en el comando de la Quinta Brigada, con sede en Bucaramanga, al Lancero José Alirio Alvarado Hernández; oficial inteligente, activo, exigente, un tanto silencioso, pero con unas salidas propias de su oportuno ingenio.



Un día, muy temprano, en el comando, mi ilustre ejecutivo al presentármese, me miro a la cabeza y murmuró: mi general, como está usted de bien peinado. Yo contesté: Hombre, me eché un poco de jugo de limón para tratar de dominar estas mechass hirsutas. El lancero replicó: con razón, mi general que tenga esa cara tan agria.

Mayor General (r) José María Rivas Forero

JUSTICIA CASTRENSE

Un ilustre político de Santander, apodado 'El Pato', se puso de coqueto a enamorar a una dama que tenía marido; este enfermo de celos, atalayó a "El Pato" y a la dama a la salida de un elegante bar, y sin pensarlo una vez, le hizo al "Pato" una cortada como de una cuarta por debajo del ombligo. Conmoción política, social, umbilical en la ciudad de los parques. Comentábamos el caso con el doctor Gómez Gómez, dirigente político provincial y nacional quien opinó que se trataba de un problema de faldas, a lo cual replicó el Lancero Alvarado, mi jefe de estado mayor, pero doctor si fue un problema de faldas, pero que por poco se vuelve un problema castrense'.

Mayor General (r) José María Rivas Forero

EL GENERAL TURBAY

Para mejorar las relaciones militares con Venezuela, invité a mi guarnición en la ciudad bonita, al comandante de la Primera División de Infantería con sede en San Cristóbal. El general, asistió con una elegante comitiva, embellecida con la presencia de su dignísima esposa y de su hija. Dentro de las atenciones al general y a su comitiva, programé una comida en la casa de comando, con una selecta representación de la sociedad bumanguesa y los de mi estado mayor, con sus señoras en traje de gala, civiles smoking, militares uniforme No. 2; para después asistir a una recepción en el casino del



Batallón "Ricaurte". Organicé a mis compatriotas y nombré una pequeña línea de recepción tres y el gran señor y amigo Jorge Turbay, quien con su ceremonial traje parecía un pingüino de casi dos metros de altura. Bajé al Hotel Bucarica, recogí al general venezolano y a su comitiva, con derroche de carreño, los hice seguir a la sala, presentando al general la línea de recepción. El general saludó a uno, dos, tres y cuando Jorgito extendió la mano, el general quién sabe con quién lo confundió y le entregó el bastón de mando y la gorra. Jorgito colocó los arreos militares sobre una consola y pasó a manteles ocupando el puesto de honor que le correspondía. El general, yo noté, que tenía dificultad para comer, posiblemente no entendía cómo quien le había recibido el bastón y la gorra estaba a su lado.

Terminada la comida, todos los asistentes, nos dirigimos al casino del Batallón "Ricaurte". Ya en el salón yo noté que el venezolano hablaba con su ayudante y miraba mucho a "Jorgito", quien hacía alarde de su simpatía en el medio militar donde tanto se le ha estimado.

Pero cual sería el asombro cuando Jorgito se cuadró frente al general venezolano y le dijo: "permiso para hablar mi general, le pido excusas por no haber venido uniformado, estoy de visita en mi ciudad natal, y mi compañero de curso Pepe Rivas me ha invitado a estos actos sociales. Soy el comandante de la segunda división de paracaidista del Ejército de Colombia y mi guarnición está lejos de aquí".

Se dañó el orden de batalla del enemigo en el servicio de inteligencia militar venezolano y Jorgito empezó a ser mi General Turbay.

Mayor General (r) José María Rivas Forero

¿GALLINA O MAESTRA?

Durante mis tres años de comando en la Quinta Brigada con sede en Bucaramanga, me correspondieron sucesivamente tres gobernadores, con los cuales trabajé muy coordinadamente, gracias a que ellos no sólo me brindaron su colaboración sino que me dieron su amistad. Fueron en su orden, Oscar Martínez, joven esbelto, buen político, carismático, comilón y bailarín; Rafael Ortiz, anciano venerable, poeta y periodista,



y Pepo Montoya, joven ejecutivo, arquitecto, admirado por muchas.

A estos hombres de estado les fascinaba acompañarme en las revistas, muy frecuentes, a las regiones del Opón y del Carare. Pero como caso curioso a Oscar, le gustaba que nos cogiera la noche, para dormir donde el cura, generalmente su amigo y correligionario. Una tarde, nos oscureció temprano en Santa Rita del Opón y no quedó más remedio que pedirle posada al curita; Este muy afectivo saludó a Oscar diciéndole: "señor gobernador aquí está su posada, pero quiero que esté usted a gusto. ¿Qué le provoca esta noche gallina o maestra?" El carismático Oscar respondió: "Si no es molestia, señor cura, puede darme una alita de gallina y traerme una apetitosa rabadilla de maestra".

Como se puede comprender, los bumanguenses se dieron cuenta que en el primer año con Oscar me engorde horriblemente, como él era joven siempre me dejaba la gallina. En el segundo año con el poeta, entrado en años casi me

muerdo me tocó la maestra. Y en el tercer año con Pepo el joven arquitecto retorné a mis carnes, nuevamente me tocó gallina.

Mayor General (r) José María Rivas Forero

CHALECO LARGO

Entregaba el comando de la brigada, al General Zamudio; Pepo Montoya, Gobernador de Santander, nos ofrecía una atención social. Yo llegué con mi vestido gris y mi corbata de colores, pero la reunión era en mangas de camisa, con aguardiente, carne, yuca, tiple y guitarra, la sincera sencillez santandereana. Por insinuación del oferente, me quité el saco, tomé mi corbata y le dije a Zamudio.- "Rafael, te entrego la corbata de la Quinta Brigada". El lancero me miró y replicó: "mi general, por casualidad no me trajo el chalequito que me puso por más de un año".

Mayor General (r) José María Rivas Forero

LA PINTA ERA LO DE MENOS

Encontrándome de alcalde de Barranca además de los problemas normales de orden público que debía controlar, tenía los del jefe militar señor General José María Rivas Forero Comandante de la Quinta Brigada en Bucaramanga, quien debido a mis continuas apariciones en el periódico Vanguardia Liberal, que por mi labor me resaltaba en fotos de dos y tres columnas, me llamaba permanentemente la

atención. Un día salí en primera página con la secretaria de gobierno a dos columnas y el mismo día en el mismo periódico el comandante de la Quinta Brigada, General Rivas, salió en una foto tamaño cédula en la última página.



La copa se rebozo y telefónicamente me dijo, con su peculiar tono de voz- ¿"mi coronel a usted lo nombraron de vedette o de alcalde, que es esa vaina de aparecer todos los días en la prensa? ... dedíquese más a su labor y menos prensa". Algún tiempo después me contaron algunos amigos que el General José María Rivas Forero, conocido como "Pepe Rivas", les había dicho que un día subiendo las escaleras de la gobernación con el Alcalde de Barranca la gente preguntaba ¿Quién es ese viejito GX.X!* que va con el alcalde de Barranca?

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

UN MAYOR CON PLUMAS

El inglés después de tanta trashedada me alcanzó hasta San Andrés vía Fort Sill, Normalmente

transcurría el curso en las materias propias de la artillería, Un buen día, mi compañero de viaje me invitó a un evento especial en un resguardo indígena Oklahoma.

"Negro" le agradezco pero usted sabe que aparte de este curso tengo que prepararme para los exámenes de ingreso a la Escuela Superior de Guerra y los presentaré tan pronto llegue a Colombia" —" Mi mayor, vamos que la cosa es interesante". Desistió de llevarme y se marchó.

Días después me mostró: plumas, collares. Chucherías y alguno que otro pendón. Fue en ña reserva Siux lo que el jefe le entregó. Como él me lo contó, le dijo: "de Colombia y de sus tribus vengo en representación". Gran ceremonia con todo y pipa de la paz. Desde entonces su primer apodo de "negro" lo cambió. Ahora le dicen "chibcha" a este amigo señorón.

Coronel (r) Germán Castro García

1979

LA BUENA VIDA CANSA Y LA MALA AMANSA

Estando de Comandante del Batallón "Palacé" en Buga, el señor General Armando Orejuela Escobar, quien regresaba del exterior decidió visitar sus familiares en Cali. De paso por Buga, tuvo problemas mecánicos con su vehículo y llamó al comando del batallón, para pedir ayuda de

un mecánico. Le manifesté de inmediato que ya lo enviaría. Debo hacer un paréntesis para explicar que era un día miércoles, y estaba ordenado que cada miércoles todos usaran botas altas, para buscar mantener nuestra mística artillera. Obviamente no envié solo al mecánico, sino que en el carro de comando llegué a saludarlo y al hacerlo, con su voz aguda característica me dijo- "Bonilla voy a llorar, voy a llorar, si, voy a llorar" yo me confundí y le dije "¿Por qué mi General? - "Sí hoy me doy cuenta que no aré en el mar, sí, qué emoción verlo usar botas altas como todo un artillero " .

Coronel (r) Alvaro Bonilla López

1980

STREAP - TEASE EN ORDEN PUBLICO

Ascendido a teniente coronel, póngase tenis, vístase de paisano, móntese en un bus y preséntese en Cimitarra. Llegué como segundo comandante y jefe de estado mayor. Una casona vieja, sin luz, la única distracción era correr la pista de aterrizaje todos los días para quemar los excesos de grasa de la comida que preparaba el soldado "Pambelé"; y además disfrutar las caricaturas del Coronel Salcedo, comandante del Galán y sus figuras de madera hechas a mano con una fina navaja.

Pese a todo. Tratamos de hacer amena la vida que hasta él cocinaba la arepa de huevo y yo sopa de Bogotá.

El comandante del comando operativo tenía su avioneta y por lo menos servía para alguna emergencia o botar la correspondencia en las bases de todo el Magdalena Medio, desde Yacopí hasta el San Vicente del Chucurí.

Esa avioneta era forrada en lona tan liviana que en una tormenta casi Puerto Berrío va a parar. En una oportunidad regresaba el comandante piloteando su apreciada nave y cuando hacía la "final", vi mucho movimiento en sus alrededores, tabaco y flaps. ¡Sorpresa! La cubierta frágil, presentaba rotos, colgaba en tiras como ropa tendida en Panamá.

Días más tarde, me invitó a que lo acompañara como copiloto; comedidamente le agradecí y le expresé " Mi coronel excúseme pero yo no tengo experiencia de montarme en una "striptisera" y menos en el aire." Eso es un insulto; se puso más colorado y me dijo irrespetuoso. Menos mal pronto salió con su nave ya bien vestida al curso de altos estudios, para General.

Coronel (r) Germán Castro García



1981

EN JUEGO LARGO HAY DESQUITE

(Copias de las fotos estén en archivo y omito los nombres por seguridad). Vea monseñor, no admito que usted crea todos esos chismes

del cura. Esa es una persona que esté de parte de la guerrilla y odia a mis soldados; suspende la misa porque ellos van los domingos a escuchar (así era una forma para evitar que aprovechara el pálpito para envenenar mentalmente los feligreses). Viaja hasta el Putumayo a darle conferencia a los "muchachos y a llevarles drogas también. Sobre mi tropa pregunte a cualquier persona y le informará toda la verdad.

Era el apogeo de la guerra política y psicológica de la subversión. Era para mi batallón el mayor problema. Un día pasaba este personaje en su jeep acompañado por una dama vestida de Jean. Insultó al sargento mayor y le gritó que si pensaba que dentro de las frutas llevaba granadas o munición, bien podía abrirlas y comprobar. Ni corto ni perezoso el sargento abrió. Pidió presencia mía y también me insultó. "Por favor, padrecito no sea grosero delante de la señorita" a lo cual ella contestó "No soy señorita, yo soy sor, una monja y voy para Bogotá" — excúseme le contesté: " es la primera vez que veo una monja así, — déme sus documentos y se negó.

Para evitar problemas y discusión se dejaron marchar. Dispuse su seguimiento a cubierto por parte de un oficial. En un bailadero se le sacaron fotos a los dos, desde su llegada con la fachada del establecimiento la pista de baile, la mesa y hasta la marca del ron.

A monseñor se las mostró. "Me saca este cura de acá de la región o saldrán en primera página allá en la capital".

"Coronel, no. Ese no es un cura; es un impostor y ella, no sabemos de dónde salió." A los pocos días, la capilla el curita la desocupó. De todas maneras la situación mejoró. Hice amistad con el señor obispo, le pedí gestiones ante la Gobernación, coordinamos obras en beneficio de la comunidad pero el cura al pueblito no volvió. Supe más tarde que a las europas viajó, solo o acompañado eso lo sabe Dios.

Coronel (r) Germán Castro García

LA PRIMERA MAQUINA DE ESCRIBIR EN EL GRUPO

Por algo hay que empezar, y el Grupo. Por los años de 1981 aún no tenía máquina de escribir. El ayudante, muy amigo del Capitán Laureano Barón Ortega quien era el jefe de la Aduana de Bucaramanga, insistió mucho ante su amigo, en que le enviara una máquina de escribir de las muchas que decomisaban. Todo se iba en promesas pero de aquello nada.

Un sábado, en el programa de Sábados Felices, contaron el siguiente chiste enviado por el Capitán Barón: "Un campesino llegó a un Baco con un bulto a la espalda y con sorpresa de la secretaria, fue pasando y llegó hasta la gerencia y lo descargó sobre el escritorio del gerente; este, sorprendido le preguntó al campesino ¿qué es eso? . Este le dijo: es un bulto

de maíz para que le eche al gallo que me está mamando usted con el préstamo que le estoy solicitando desde hace varios meses".

El cuento anterior, dio motivo para que el ayudante del grupo le enviara, de inmediato el siguiente telegrama:

Capitán Barón Aduana de Bucaramanga

¿Cuántos bultos de maíz quiere que le envíe para que le eche al gallo que me está mandando con la máquina del grupo?

El telegrama produjo resultados inmediatos porque el martes siguiente, un suboficial de la aduana llegó al grupo trayendo una máquina nueva para nuestra unidad, que nos sirvió mucho, y fue la primera con que empezó a tener elementos de su propiedad.



Mayor (r) Isafías León García

1988

LA CUESTION DIPLOMATICA

Era el Embajador, Don Hernando Pastrana, amable, cordial y buen señor con el militar, me "arrastraba" a todas partes antes que a otro asesor. Un buen día me llama a su salón": Germán, tú qué dices sobre quién ganará como presidente de la Nación". "Mire Hernando, he tenido información que el pueblo ha tenido desilusión. La gente está cansada de esta situación. He sondeado a toda la opinión, desde los lustrabotas, taxistas y médicos amigos y de cualquier otra profesión, Carlos Menem es el ganador".

"Hernando, ilustre embajador págume la apuesta porque como yo dije así salió" "Germán a mí se me olvidó que fue de mentiras la apuesta que se acordó". "No sea incumplido", le recordé. Desde entonces ya no me decía Germán, sino señor coronel.

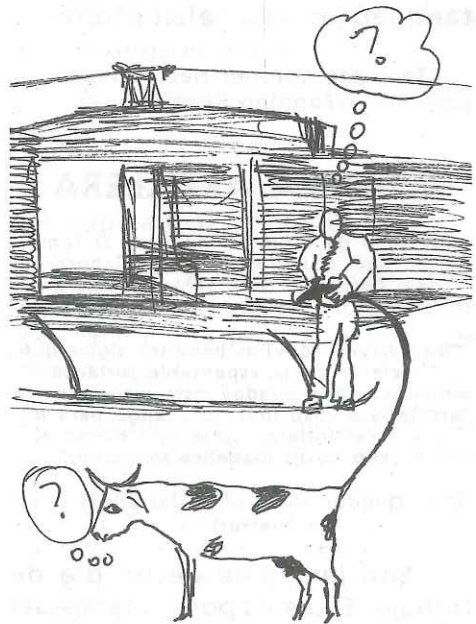
Coronel (r) Germán Castro García

1997

HELICOPTEROS DE MALA LECHE

En el mes de septiembre de 1997 en el desarrollo de la operación "Halcón Negro" con participación de tropas de la Tercera División y Quinta División,

Batallones de Contraguerrillas No. 3 "Numancia", No. 6 "Pijaos". No. 8 "Quimbaya", Batallón de Fuerzas Especiales No. 3, Batallón de Infantería de Montaña No. 17 "General Domingo Caicedo" y Batallón de Artillería No 3 "Batalla de Palacé" en el área general del cañón de las "Hermosas", donde este último, dio apoyo de fuego con un pelotón de morteros de 120 mm los cuales fueron helicoportados desde el corregimiento de Barragán hasta la parte alta de la cordillera Central donde quedaron ubicados a una distancia de cinco kilómetros del objetivo, para obtener los datos de tiro se utilizo el GPS y el observador dirigió con exactitud el tiro desde un Helicóptero de la fuerza aérea.



El puesto de mando del batallón se ubicó en el corregimiento de Barragán, a las cinco de la mañana llegaron los carrotanques de Bogotá,

Ibagué, Cali y Popayán con el combustible los doce helicópteros que fueron utilizados en la operación, la región es un sector ganadero y se produce leche la cual es transportada en vehículos carrotanques hacia la cabecera municipal, el comando del batallón ordenó inmovilizar estos vehículos desde las primeras horas para evitar que se delatara la operación, el oficial S-4 organizó los carrotanques en los sitios dispuestos para el abastecimiento; se dio inicio a la operación y en el momento de requerir el tanqueo de los helicópteros los pilotos se percataron de que salió leche y no el combustible JP4, se verificó y fue que uno de los vehículos carrotanques lecheros por equivocación había sido ubicado en los sitios dispuestos para el tanqueo de los helicópteros.

Teniente Coronel Héctor Jaime
Fandiño Rincón

LA PEPA ARTILLERA

Tomando de Crónicas Militares, II Tomo del Coronel Guillermo Plazas, colaboración del Coronel(r) José Salomón Rivera Pacheco.

"Bien hayan aquellos benditos siglos que crecieron de la espantable furia de aquellos endemoniados instrumentos de la artillería a cuyo inventor, tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención"

(Don Quijote. Discurso de las armas y las letras).

Son las 10:00 de un día de trabajo. Estamos por los lados del polígono de un Batallón de Artillería, precisamente en el centro director de tiro.

La central telefónica no descansa

Misión de fuego
Regla pieza base
Granada DZ
Lote X
Carga 4
Espoleta instantánea
Pieza base un tiro
Dirección 2.850
Nivel 280
Elevación 228

Pero para llegar a pronunciar estas voces de mando u órdenes, pues no está muy clara la cosa, los artilleros han pasado muchas horas de aquel día trabajando.

A las cuatro de la mañana las notas agudas de la corneta levantaron a "ñor Raimundo y a todo el mundo"; los soldados atalajaron mulas y sobre los pesados albardones colocaron las piezas desarmadas en la forma más difícil que imaginarse pueda: entre los sirvientes, que utilizan palos a manera de parihuela, levantaron sobre brazos y hombros con la siguiente corvatura de la columna vertebral (escoliosis); luego se acercaron al híbrido, bailando twist para guardar el equilibrio, siguiendo la línea que de la cola va a la crín, rezando con devoción para que el bruto no los recibiera con patadas aprovechándose del estado de "indefensión".

Gritos, voces de mando, formaciones, inspecciones, conversiones, marcha al polígono y piezas en posición!

¡Ya determinaron el punto de no sé qué y el de sí sé cuándo! Fueron tendidas líneas telefónicas por soldados de carpa terciada, carabina y carretel. Los amunicionadores han limpiado granadas y graduado espoletas; se han esfumado conductores y mulares, han sido enterrados los arados de las conteras y dirigidas las bocas de fuego de los cañones. Los sargentos, llenos de brújulas, maletines, reglas, linternas cantimploras y binóculos, escudriñan el valle y las colinas.

El centro director de tiro es un mundo nuevo de formas y emociones desconocidas de los civiles, de trabajos abigarrados y multiformas, no siempre comprensibles para los militares ajenos a las disciplinas artilleras. Allí, nuestros Einsteines han desplegado cartas topográficas, colocando abanicos, manipulando reglas de cálculo, utilizando lápices bicolors, sincronizando relojes, observando cronómetros, mirando goniómetros, apuntando el antejo de antena, desenfundado prismáticos. El marinero made in USA, que anda tomando informaciones por los lados de Venus y del Sol, con equipos electrónicos y microlaboratorios, es un aprendiz o un "patinchao", en comparación con este CDT, pleno de escalas coordinadas, transportadores, papel milimetrado, compases, curvímetros, podómetros, altímetros bajímetros y vainómetros empleados para llenar de impactos los blancos (sábanas), que, en la loma pelada esperan con impaciencia la función.

Por fin ordenan: ¡Fuego! y cuatro proyectiles, rompen el aire tibio de la mañana, silbando amenazantes hasta estallar entre revueltos torbellinos de polvo, trescientos metros más acá de la loma.

- ¡Tiro corto! advierte un observador adelantado.

- Descubrió la pólvora, dice para sus adentros un espectador de infatería.

- ¡Que la alarguen!

- ¡No sea bruto! que le acorten para que baje el tubo y se estire la parábola...! discusión que no tomamos en cuenta, sostenida por dos "swiches" recién salidos que están de mirones.

El radio 812 lleva órdenes y trae comprendidos:

¡Torre de lanza, torre de lanza, siga...!

¡Lanza de torre, lanza de torre, mi capitán al aparato...!

¡Toda la batería, más diez, más cinco. menos tres, multiplicado por ocho, menos cuadrado de menos b...!

Después de cinco ráfagas, de tiros que sobrepasan la cresta lejana o que se quedan por el camino, que se cargan a la derecha o a la izquierda sin tocar una sábana, se declara con satisfacción que todo salió a las mil maravillas:

Zona batida, ¡alto el fuego!

Visnú, Dios de la guerra socórrenos...!

Artillero Marchad corajudo.

¡Nada importa la cruel explosión!

Indudablemente, si los impactos quedaron retirados, la culpa fue de la maldita dispersión, del telémetro desarreglado de la carga impulsora que estaba pasada de los bestias apuntadores que no oyeron bien a los telefonistas.

Porque, ¡cálculos más exactos ni en Cabo Cañaveral...!

El oficial de infantería sigue pensando en sus morteros de 60 y 81mm.

La artillería es hija legítima de la pólvora negra; de ahí su colorcito! sus primeros proyectiles fueron peloticas de fierro o piedra calcárea. Luego complicáronse las cosas más y más hasta llegar hoy a unos enredijos de espoletas cuya nomenclatura y composición no la entienden ni en la fábrica.

Una de las características de la artillería es que siempre está en la retaguardia, asunto que no deja de tener unas ventajas, sobre todo en la guerra.

A pesar de que el noventa y cinco por ciento de piezas en arrastre, frente a la tribuna presidencial cuando la mula le da por votar de su organismo las materias sobrantes. Como si estuviera con purgante, va rociando el pavimento con un líquido verdoso, sin que el soldado conductor, cabo o teniente puedan hacer otra cosa que maldecir pasito.

El lema, Deber Antes que Vida, al cambiarle la puntuación, se convierte

en lamentación y por asociación de ideas nos vamos a los Bancos y Sears: deber antes; que vida...!

Las matemáticas aplicadas a la ciencia de la guerra, han dado origen a un personaje famoso en la milicia, conocido con el nombre de La Pepa Artillera, porque pepa, no solo es cariñoso remoquete que se da la Josefa, ni a almendra de un fruta, ni canica para jugar sino colombianismo de los buenos, que denota inteligencia superior, selección cualitativa, niño prodigio, gráfico del Papayo Sánchez, anteojos hexagonales, calvas reverendísimas, en fin, cabeza de artillero.

No son muy numerosos los oficiales de la divisa negra, circunstancia que les permite desarrollar el espíritu de compañerismo en alto grado, en tal forma que constituyen una masonería. Todos se ayudan, todos cooperan y todos se alegran con los éxitos de sus compañeros. Con sobrada razón el folclor cuartelario ideó estas dos frases:

No hay artillero mal colocado,
ni mucho menos sin chicharrón!

Pregunte usted, por curiosidad, a un oficial de artillería por el teniente tal de la logia y la respuesta será esta:

¿El teniente tal...? ¿el experto en horquillas y logaritmos...? ¿el que sacó el primer puesto entre noventa y ocho alféreces y eso que el comandante de la escuela era infante...? es el mejor alumno de la Universidad de los Andes, habla tres idiomas, traduce seis, está inventando una tabla de tiro simplificada, tiene cinco medallas,

está casado con una multimillonaria y lo mandan a especializarse a los Estados Unidos. Además, bla, ble, bli, blo, blu...

La fiesta patronal celébrarla los artilleros el 4 de diciembre con pompa y esplendor, para recordar aquellos rayos y centellas, truenos y relámpagos que cayeron sobre el padre desnaturalizado, verdugo de Santa Bárbara.

Barbaridad y barbarismo nada tienen que ver con esta santa; en cambio, "bárbara", a secas, era un sartal de cálculos despellejados dos horas antes de disparar las piezas, que llevaban a conclusiones siempre idénticas: en Bogotá: mucho frío, llovizna, cielo nublado, viento del norte, poca visibilidad, humedad la macha...

En barranquilla: mucho calor, cielo despejado, viento del sur visibilidad ilimitada, sed de camello...

Siendo verdad inobjetable que todas las armas utilizan la milésima para sus cálculos, los artilleros han resuelto, a la brava, apropiársela. La milésima, afirman con satisfacción es negra como el arma sagrada! la tal milésima es para ellos pedazo de su propio ser, carne de su carne y hueso de sus huesos, como la fusta para el jinete, el breviario para el capellán, el bastón para el tambor mayor. Milésima para calcular distancias, medir ángulos, determinar alturas, transportar el tiro, etc. Milésimas en los binóculos, en los aparatos de puntería, en el telémetro, en las brújulas y en las uñas de las manos. Los refugios

o bares íntimos de sus batallones se llaman "milésima" y hasta el subteniente recluta se jacta de que a su menudita y graciosa amiguita la apelliden ¡"milésima"!

La milicia, como agrupación humana que da de vez en cuando, personajes sobresalientes por el lado artillero, a más de ministros de despacho, ha proporcionado a la patria presidentes de la república. Pero además de sus filas han salido figuras como el "Tigre" Restrepo, "El loco" Rubiano y "Muelenganzo", para hablar en pretérito.

"El Tigre", de la crema de sociedad de Bogotá, fue comandante de la batería en la Escuela Militar en 1937, sus "relaciones" eran dignas de ser oídas y aun de publicarse. Los capitanes del escuadrón y de la compañía procuraban despachar a prisa sus negocios, para saborear esos veinte minutos diarios que "El Tigre" convertía en delicioso pasatiempo. Porque el gesto, el ademán, el chiste a flor de labio, las miradas amenazantes, los gritos, las palabrotas, convidaban al auditorio a desternillarse de la risa. Y conste que jamás fue su bandera ni la grosería ni la chabacanería.

El cadete: mi capitán, citado a relación por pegarle a mi brigadier mayor!.

El tigre: cadete, ¿cómo se atreve a presentarse ante su comandante sin afeitarse...? ¡puerco, sin salida el domingo...!

Y lo de la trompada propinada al brigadier mayor quedaba en el olvido para siempre.

Una tarde, ocurriósele al "tigre" explicar la primera lección de ingeniería sanitaria básica, en los precisos momentos en que entraba al patio principal de la Escuela una candidata al reinado de belleza acompañada de sus damas de honor. "El tigre", sin darse cuenta, seguía su explicación:

Señores cadetes: unos aparatos de porcelana, ovalados, son para sentarse en esta forma (aquí demostración exacta), luego, se utiliza papel muy fino, teniendo cuidadi de... etc., etc.

Los oficiales subalternos tocían, carraspeaban los alféreces, imploraban misericordia con los ojos los cadetes, y rojas como tomates aparecían en el cuadro las preciosas muchachas.

Cuando "El tigre" Restrepo comprendió lo difícil de la situación, puso pies en polvorosa.

El "loco" Rubiano gastó una fortuna acompañando a todas partes al equipo millonarios. Sus ocurrencias merecen capítulo aparte.

El capitán Gómez Cadena dirigía a dedo el tiro de sus cañones y siempre daba en el blanco. ¡Todo un Bárbaro!.

De mis lejanos tiempos de cadete artillero guardo gratos recuerdos. Los tenientes García y Ortega Bernal eran inteligentes, justos, amenos y sabían enseñar. Claro que me tocó echar mucho escobillón y mucho trapo impregnado en petróleo cuando manifesté mi decisión irrevocable de ser infante. Mulas cerreras y mañosas fueron mis comañeras

por los caminos de Tunjuelito y Meisen. A los goniómetros y aparatos de alto turmequé, nunca puede llegar, pues estaban reservados para los futuros miembros de la logia, vale decir para un José del Carmen Gómez y un Armando Vanegas.

Cierto día, cuando mi Teniente García se esforzaba por enseñarnos el delicado mecanismo de la espoleta, yo, cansado de oír tantos enredados, sin poder comprender lo de las esferitas que caían cuando el proyectil iniciaba su viaje, resolví "diagramar" los apellidos conocidos. Estaba en Caparro Efraín a quien representé por una enorme chapa de cementerio, cuando cayó sobre mí la mirada relampaguente de mi superior. Cuaderno y monos fueron arrebatados con furor!. Mis compañeros me miraban asombrados y no daban cinco por mi futuro en la milicia. Ocho días estuve esperando el castigo, que, afortunadamente no vino, ya por magnanimidad del oficial, ya porque lo trasladaron a otra repartición.

Tuve otros contactos con la artillería: en neiva, en mis tiempos de teniente sin que nadie me lo ordenara, por iniciativa propia y por "dármelas" fui a presenciar un tiro y estuve a punto de perecer insolado. En Melgar, un proyectil juguetón, cansado de seguir el mismo camino de sus compañeros, resolvió caer a inmediaciones del CDT. (Allí estaba yo de carambola). No hubo muertos ni heridos, pero el Fondo Rotatorio del Ejército dio de baja por picadura de culebra un toro, dos vacas y un ternero.

Es la artillería una de las armas de combate cuya importancia, lejos de disminuir con el progreso de armamento, va aumentando día a día.

Hace su aparición hacia 1331 en los ataques de los moros Alicante y Orihuela, bajo el reinado de Mohamed IV de Granada. De ellos la tomaron los cristianos a mediados del siglo XIV.

Gustavo Adolfo fue el primero en llevar consigo un número relativamente grande de piezas (de tres a cuatro cada mil hombres).

Con Napoleón Bonaparte se iniciaba un nuevo período, fecundo para el desarrollo del arma, al distribuir normalmente parte de sus baterías entre las divisiones, conservando un fuerte núcleo para utilizarlo en el momento crítico, que "nadie supo conocer como él". El ideó el empleo de masas de artillería hasta cien piezas.

Por miles se contaron los cañones de todos los calibres en la Primera Guerra Mundial y perfectamente no son conocidos los adelantos de la artillería en la última conflagración universal.

En la colonia para circunscribirnos a nuestro territorio, las baterías defienden nuestros puertos contra la ambición de piratas y aventureros. En la guerra de la independencia, Nariño fue decidido admirador del arma que llevó con gran cuidado, en algunos sitios a brazo de indio, hasta el mismo páramo de Tacines. Infortunadamente, con la orden

del Coronel Rodríguez José Ignacio de clavar la artillería, se perdió el esfuerzo de muchos meses, se anularon los efectos de las victorias de Palacé, Calibío y Juanambú y se abrieron las puertas para la reconquista española.

Defensores ardosos e impugnadores, ha tenido la artillería. De endemoniados instrumentos tildó a los cañones el Ingenioso Hidalgo y Cristóbal Virues en Egloga de la batalla naval, afirma:

¡Oh cruel invención, fiera humana!

¡Oh máquina infernal de artillería!

En cambio Gerardo Lobo (1679-1750) dice en una octava descriptiva de los cañones que bombardearon a castromayor:

Llegan a impulso de los tardos bueyes, sobre fuertes cureñas sustentadas, las últimas razones de los reyes.

En el seno de Etna fabricadas.

La artillería francesa del tiempo de Luis XIV llevaba esta inscripción en los tubos: Ultima Ratio Regum.

El progreso de nuestra artillería es sorprendente. Ciertamente que todavía siguen en su puesto los Skoda. Pero a su lado está el material nuevo, ajustado a la técnica y a las necesidades del momento. Unos y otros vigilan nuestros cielos o escrutan el horizonte como símbolo de soberanía nacional. Honor a los viejos soldados que a través de los años forjaron el espíritu de cuerpo e impulsaron el arma

a la conquista de su destino histórico. ¡Honor y reconocimiento para nuestros artilleros que desde la época de la independencia han dado días de gloria a la patria y escrito páginas inolvidables de heroísmo!

Coronel (r) José Salomón Rivera
Pacheco.

A MANERA DE EPILOGO SE INSERTA UN ARTICULO TOMADO DEL LIBRO "RECUERDOS DE UN OCHENTON" DEL SEÑOR GENERAL RICARDO BAYONA POSADA. PARA SU LIBRO FUE LA INTRODUCCION, PARA NOSOTROS UN RECONOCIMIENTO A SU MEMORIA

Cuando uno se encuentra retirado de la actividad a la cual ha dedicado la mayor parte de su existencia, y cuando esos años pasan y pasan, los recuerdos van acudiendo a la memoria, unas veces llamados por uno, y en otras ocasiones llegan, aún sin haber sido invitados.

Generalmente, en reuniones familiares, o con amigos íntimos; al calor de un whisky o cuando se va de viaje en un avión o en un automóvil, los temas de la conversación o el paisaje, son propicios para que los recuerdos se hagan presentes.

Preguntas come estas:

Usted, General, ¿cuando el Centenario de la Independencia ya había nacido? ¿Usted alcanzó a conocer el almacén del Día de los señores Liévanos? ¿Cuando usted estaba en servicio activo le tocó actuar alguna vez en zonas de violencia? ¿En dónde se encontraba usted el 9 de abril y qué le tocó hacer?

Ante estas y otras muchas inquietudes por el estilo, formuladas por familiares y amigos o compañeros, funciona la memoria y a la mente llegan muchas historias, agradables unas, tristes otras, pero verídicas todas.

Evidentemente, en algunas reuniones íntimas de amigos, o en las agradables charlas con los compañeros artilleros del Grupo de Artillería "Santa Bárbara", pongo a funcionar mi buena memoria y les relato entre chiste y chiste algunos de los hechos por mí vividos, o de los cuales he sido fiel testigo; y tanto los unos como los otros, siempre me comentan... General, ¿Por qué no escribe esto que nos ha contado? - y yo también siempre les contesto a esa pregunta: Porque yo soy muy perezoso para escribir. Lo cual es cierto.

En la Nochebuena del año 1981, algunos de mis buenos oyentes, me obsequiaron de Pascuas una grabadora con la petición de que grabe lo que cuento, ya que no lo he querido escribir ni dictar.

Ante ese detalle de mis amigos, y aún contra mi voluntad, tuve que convenir. Es decir me ganaron la parada. Sí, me la ganaron y mientras mis hijos se reúnen en la sala de mi casa, para programar los festejos con los cuales me piensan sorprender en el próximo julio cuando cumpla ochenta años de existencia, y cuando dos meses después cumpla medio siglo de matrimonio; mientras, como digo, mis hijos se reúnen para convenir la manera como nos van a festejar

a mi esposa y a mí; yo me encierro en mi escritorio y haciendo de cuenta que mis diplomas, condecoraciones y retratos de familia colgados en las paredes son mis oyentes, conecto la grabadora y voy contando mis impresiones y recuerdos; unas veces serio, y en otras, riéndome yo solo de lo que estoy contando. Cuando termino de grabar un cassette, lo pongo en la misma grabadora y como es lógico, al oírlo, noto los errores gramaticales y la falta de concordancia de muchas de sus frases; las repeticiones, que en la conversación son naturales pero que al escribirlas o grabarlas en un disco, no suenan bien... Pero al mismo tiempo, cabalmente, veo que todas esas cosas, es decir, esos errores están demostrando la sinceridad del pensamiento, la verdad de los

recuerdos y la veracidad con que he contado las anécdotas, y eso para mí es lo importante y esencial. Así he grabado muchos de los recuerdos y aun cuando estoy completamente seguro que los que los oigan, si son jóvenes no gustan de ellos por ser cosas pasadas de moda, y si son viejos, sí los aprecian; pero desgraciadamente ya son muy pocos los que están en ese caso pues la mayor parte de los que los vivieron y conocieron ya han muerto. Mas sin embargo, los he grabado y para que coincidan con el momento los he bautizado "Recuerdos de un Ochentón", y de los cuales uno de mis hijos quiere sacar copia.

General (r) Ricardo Bayona Posada

Tomado del libro "Recuerdos de un Ochentón", Introducción.



REMEMBRANZA ARTILLERA

Anhelo condensar sin mayor poesía
algunas enseñanzas que tengo en mi cerebro,
que recibí de hombres honestos de conciencia
que inclinaron mi pasión de artillero.

Al ingresar al oficio de las armas,
un joven camarada por siempre me enseñó,
el bello lema que mueve nuestras almas,
que en San Mateo Ricaurte esculpió.

Anteponer la vida por servir a Colombia
volando en átomos como allí ocurrió,
es herencia sembrada en osadía
que a corajudos por siempre nos dejó.

"Como forma elegante de servir a la patria"
mi gran maestro así lo definió,
a misión de cañones en pechos enclavada
que desde el cielo en trueno se escuchó.

"En casa siempre lavar la ropa sucia",
es inculcar por el hombre gran respeto
sin demostrar de autoridad carencia
es sancionar sin el escarnio público.

"Ser muy fuerte en la contienda
y muy dulce con el ser querido",

es señalar que en el campo siempre queda el fragor del combate, el rencor, el odio.

"Un descanso buscar en la guerra si el entrenar es duro y riguroso", es mejor gozar de la victoria que llegar sin honores al cadalzo.

"Con cordura, entusiasmo y con mucha prudencia, alcanzar la victoria en la mente primero"; es principio invariable de ganar una guerra que irregular se encara con ardor cimero.

"Observar adelante con juicio y persistencia" descubriendo con tiempo al leve enemigo; "escuchar muy atento con cautela y paciencia" al desplazado, al informante, al pobre y al mendigo.

"El no ensillar primero sin coger al alfano es el viejo refrán que siempre se ha enseñado; "estudiar, estudiar con empeño y constancia" es el hábito en que nos han educado.

"Desconfiar de la mula y del ave de rapiña" es legado que se ha señalado evitando de repente recibir la patada y que saque los ojos por haberla criado.

"En ojo ajeno jamás mirar la paja", significa mirar la biga del ojo propio, es no lanzar juicios cuando el hermano falla, es consolar la aflicción en su desmayo.

"Impedir que el honor jamás se ofenda"

que honestidad se ponga en entre dicho;
es mejor ver un hombre en la pobreza
que arrastrado en el fango como un bicho.
"Elegir con gran tino la amistad y la valija"
por ser la base de la honra del pasajero,
es mejor dejar el fardo que indigno se atraviesa
y andar en soledad que viajar con mal amigo.
"Mantener la armonía en familia y milicia"
por ser estas soporte del orgullo artillero,
inculcando en las mentes sin ninguna malicia
que la meta se logra si se llega primero.
Con apoyo de obuses afrontando la lucha,
"el triunfo se logra con valor y tesón";
adalid de patriotas de una causa justa
arrastremos peligros bajo el bello pendón.
Si pudiera expresar el querer cuando muera
soñarla tener: un cañón de cortejo,
una bestia atalajada, una cama de cureña,
una pleya de amigos, camaradas artilleros.
"A la artillería no se le pertenece, se le sirve con honor y honestidad".
Coronel Héctor José Corredor Cuervo

INDICE

	Página
A manera de prólogo.....	5
Reconocimiento.....	7
Primer consejo de guerra (1920).....	11
Breve reseña de la vida militar del Padre Pedro Pablo Galindo (1924).....	13
Para todos los tiempos o mi reino por un caballo.....	20
Mulas, cañones y tiple.....	25
Recordar los cañones es vivir.....	26
Si en póker quieres ganar, no te canses de pasar (1943).....	26
Primera batería: a lomo cargar.....	27
Sargentos de verdad.....	31
Chanzas de Pacho.....	32
Sargentos de mentiras.....	33
Lo que va del Pibe al Pote (1944).....	34
Arde el Ariari (1945).....	36
Artillería: logia y mística.....	37
Artillería con mano de obra y carpintería criolla.....	38
Simpática frescura (1946).....	39
Caballero de fina estampa.....	40
Caballero artillero (1947).....	41
Defensa del honor militar (1948).....	43
Salvando democracia sargento.....	44
De las efusivas líbrame, un poco (1952).....	47
Me ganará en inteligencia pero no en fuerza.....	48
Un infante entre los artilleros.....	49
Las cosas dependen del cristal a través del cual se miran.....	50
Celebración y sorpresa (1954).....	50
Piedad, piedad de nosotros.....	51

De los actos políticos	52
Un loco genial (1955).....	53
Cenizas al viento (1956).....	54
Los hijos de tigres salen pintados	56
Los pollitos	56
Fuego sin responsabilidad	58
Relevo de un batallón y organización del baile	58
Alféreces voladores (1957)	60
De locutor a canciller	60
El Señor echa a los mercachifles del templo	61
No se cómo me admitieron	62
Político-militar	62
La pola II (1958).....	62
Armar pabellones	64
A todo señor todo honor	68
Un "motoso"	69
Ni idea de papagayos	70
Alabada sea la artillería (1959)	70
La artillería es fácil	71
Don Matías.....	72
La imaginación cuesta mucho	72
Una revista de inspección.....	73
De los opas y los opitas	73
Señora, tenga su parte	75
Telefonazos	75
Zanahoria y artillería.....	77
Pavimentar con ajíaco (1960).....	77
Dieciséis caballos, cuarenta y ocho mulas, una yegua... y a pagar "poncheras"	78
Chatos artilleros	81
Batallón levante.....	82
La tortuga artillera	83
Los riesgos de un oficialato de servicio.....	84
El embajador de la India (1961).....	86
Otro que cayó	92

Un tanquista coreano.....	92
Ahora y en la hora	93
Un comandante muy caballero	93
El piloto de la nave espacial.....	93
No habían sables pequeños	94
Casi salgo de rojo.....	94
Lancero pobre o pobre lancero	95
Sargento de la época	95
Un cementerio desalineado (1962)	96
De la violencia a la paz.....	97
Cotizas cotizadas	99
La reina del arroz.....	99
Empezaron las subtenientadas.....	101
La inocencia mala consejera (1963).....	101
Mis amigas pistoleras	102
La suplantación	102
Fiesta de gala - otra suplantación	103
"Colombia patria mía, te llevo con amor en mi corazón" 1964 ..	103
Mulas aconductadas	108
Recibo del comando.....	108
Un buen gordo recordado.....	110
Una vergüenza	112
Marranadas de los jefes.....	113
Un chivo chiveado y un marrano frustrado (1965).....	114
Hasta la pregunta era necia.....	115
Me subí al bus que no era.....	116
¿Al fin quién manda?	116
Capitanes muy bravos (1966)	117
A todo señor, o cocinera, todo honor (1967).....	117
Por el bolo me rompo el coco.....	118
Instructor recursivo.....	118
Una placa en Neiva sin pared (1968).....	119
Organización improvisada.....	120
Estatura vs. loro parlachín (1969).....	120
El General Charry Solano y el sentir de su gallada (1970)	121

Un proyecto 007 (1971).....	124
Notas a la carrera (1973).....	124
Piropos al inspector	126
Del negro y de la artillería (1974).....	127
Mil perdones Mariana (1975).....	129
Con cañones Comandante de Infantería	130
Un alumno caníbal	131
Un ejecutivo bien ejecutivo.....	131
La operación cedral.....	134
Coronel subalterno (1976).....	136
Misión imposible posible (1977)	137
Ojo por ojo-café por plumillas.....	138
Ejecutivo replicón (1978)	138
Justicia castrense.....	139
El General Turbay.....	139
¿Gallina o maestra?	140
Chaleco largo	141
La pinta era lo de menos.....	141
Un mayor con plumas	141
La buena vida cansa y la mala amansa (1979).....	142
Streap-tease en orden público (1980)	142
En juego largo hay desquite (1981).....	143
La primera máquina de escribir en el grupo	144
La cuestión diplomática (1988)	145
Helicópteros de mala leche (1997)	145
La pepa artillera.....	146
A manera de epílogo	152
Remembranza artillera	155

